



H. Lavilla

Miguel Luis Amunátegui

DON

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

1828-1888

INTRODUCCION

Dieziocho siglos há Cornelio Tácito sentó el siguiente aforismo al comenzar la biografía de Julio Agrícola : « es antigua usanza transmitir a la posteridad los hechos i virtudes de los varones ilustres. »

La simple costumbre, andando los tiempos, se ha convertido en sagrado deber.

La nocion de Patria se ha engrandecido i ha cesado de confundirse con la nocion de territorio del Estado. Todo pueblo, en el curso de su desarrollo social e histórico, atesora las memorias de aquellos de sus hijos que descuellan por el ejemplo, las hazañas o las luces, iniciadores o colaboradores de los esfuerzos de la colectividad por elevarse a mas altos destinos.

En esa falanje de nobles patricios que ilustra el pasado forman ciudadanos de todos los órdenes, i

es justo que así sea, porque los espíritus superiores que han sembrado ideas i popularizado doctrinas por medio de la palabra i de la pluma han sido la inteligencia de la Patria, así como sus heroicos i armados defensores en mar i tierra han sido su brazo.

La enseñanza de justos principios dada desde la cátedra, su propaganda por el libro i por el diario, su preconización elocuente desde la tribuna, su aplicación política en los consejos del Estado transforman la entidad moral de un pueblo i deciden de su destino. Los que a tan alto majisterio se consagran son fundadores de la Patria con tan buen título como los que aseguran su autonomía combatiendo.

Mas que el territorio i el clima, meros accidentes materiales, i mas que la raza i la lengua que nos son comunes con naciones limítrofes, esas proezas de todo linaje i esas memorias sagradas constituyen el verdadero patrimonio nacional, objeto de orgullo i estímulo ardiente para los ciudadanos i sólida i gloriosa base de la noción de Patria.

Trasmitir a la posteridad los hechos i virtudes del docto maestro, fidedigno historiador, culto literato, orador persuasivo i distinguido i liberal estadista don Miguel Luis Amunátegui, que durante ocho lustros i en sazón decisiva para nuestros destinos, ejerció su múltiple majisterio con elevación, constancia i éxito reconocidos, es enriquecer el patri-

monio de la Nacion, i mas que ceñirse a una antigua usanza, cumplir con un noble i patriótico deber.

Tal es el propósito del presente libro.

C. MORLA VICUÑA.

BIOGRAFÍA

DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

I

Nació don Miguel Luis Amunátegui en la ciudad de Santiago de Chile el 11 de enero de 1828. Fueron sus padres don José Domingo Amunátegui i doña Carmen Aldunate.

Don José Domingo Amunátegui, nacido en la ciudad de Chillan, e hijo de un negociante vizcaíno que habia adquirido una modesta fortuna durante los últimos años de la dominacion española, hizo con raro lucimiento sus estudios en el Instituto Nacional hasta obtener el título de abogado en abril de 1826. En el curso de su corta carrera se distinguió como profesor del Instituto, como abogado elocuente en el foro chileno, como prosecretario en el congreso de 1828, como defensor de menores en la administracion de justicia i finalmente como vocal de la corte de apelaciones de Santiago en la majistratura. En todos estos puestos dejó un nombre respetable por el celo en el cumplimiento de sus obligaciones i por su probidad nunca desmentida.

Habiendo pertenecido al bando liberal que fué vencido en 1830, don José Domingo Amunátegui estuvo alejado del gobierno durante el resto de su vida; pero, como patriota, se injirió siempre con ardor en las luchas políticas de los diez años que se siguieron a la derrota de su partido. Se hizo notar especialmente por varias defensas de algunos correligionarios políticos que fueron procesados como reos de conspiracion. Estos servicios, mui comprometentes en aquella época, eran prestados con el mayor desinterés. Entre estas defensas merece un recuerdo particular una pronunciada ante la corte marcial de Santiago en noviembre de 1836. El acusado era uno de los mas gloriosos jefes de nuestro ejército, el capitan jeneral don Ramon Freire. Don José Domingo Amunátegui, sin tomar en cuenta los peligros que en esos momentos envolvía el papel de defensor, desempeñó su encargo con toda valentía; i contra la prevision unánime de sus colegas del foro, logró salvar al ilustre reo, de una condenacion capital.

En medio de los trabajos profesionales a que tenia que atender para servir a su numerosa clientela, don José Domingo Amunátegui no descuidó un instante la educacion de su familia. Descubriendo en su hijo mayor las notables dotes de intelijencia que mas tarde han hecho de él una de nuestras mas encumbradas ilustraciones literarias, se encargó él mismo de comunicarle los conocimientos que adquiere en la escuela el mayor número de los niños. Para desarrollar las dotes intelectuales de su hijo, le hacia leer sucesivamente en alta voz ya la *Historia universal* de Segur, traducida por Lista, ya las novelas de Walter Scott, ya la *Historia de Carlos V* escrita por Robertson, ya las *Leyendas españolas* de don José Joaquin de Mora, de quien, como libe-

ral de 1828, era admirador i amigo. El padre queria realizar en la educacion de su hijo el precepto de Horacio de mezclar lo útil con lo agradable. La lectura variada de esas obras i de otras análogas, estaba calculada para fecundar el entendimiento sin esterilizar la imaginacion.

Esta tierna paternidad intelectual, bien superior por cierto a la material, debia cesar mui pronto. Don Miguel Luis Amunátegui contaba apénas catorce años cuando el 27 de setiembre de 1842 su padre falleció repentinamente. Cuando llegaba a su casa de vuelta del tribunal de que era miembro, se le rompió un aneurisma de que padecia hacia tiempo.

El fallecimiento de don José Domingo Amunátegui sumerjió a su familia en una pobreza mui parecida a la miseria. Despues de una vida tan honrada como laboriosa, legaba a sus hijos un nombre puro; pero en materia de bienes de fortuna, les dejaba ménos que nada, porque dejaba créditos pasivos superiores a su escaso haber. Contando con el fruto de su trabajo, don José Domingo Amunátegui habia otorgado varias fianzas que fué necesario satisfacer despues de su muerte. Para cubrirlas, su familia se vió forzada a vender desde los libros de su biblioteca hasta los cubiertos de la mesa.

Refiriéndome las angustias de ese período de su existencia, don Miguel Luis Amunátegui recordaba con profunda gratitud, que una de las personas que acudió al auxilio de su apurada familia fué el jeneral Freire. El padre de Amunátegui que habia ido a buscar a aquel a una prision para ofrecerle sus servicios profesionales en 1836, cuando el carácter de defensor i de amigo del héroe desgraciado acarrea mui sérios compromi-

sos, habia hecho la defensa del jeneral Freire por puro patriotismo i sin querer recibir ningun honorario. Pero este célebre patriota, obligó a la familia de su abogado a aceptar por el honorario insoluto, una cantidad de dinero, espresando con voz conmovida que lamentaba en el alma el que su situacion pecuniaria no le permitiera ser tan largo como lo deseaba su corazon.

II

La repentina muerte de don José Domingo Amunátegui ocurrió precisamente en los momentos en que la vida de éste era mas necesaria a su familia. El mayor de los hijos que dejaba, tenia entónces catorce años, como ya dijimos; i sobre él iba a recaer la obligacion de hacer de jefe del hogar, de dirigir la educacion de sus hermanos, de pagar por medio de su trabajo, i a fin de conservar a su familia la casa que habitaba, las fianzas que su padre habia dado para servir a algunos amigos, i sin calcular en la situacion embarazosa que su temprana muerte iba a crear a sus hijos. Vamos a ver cómo don Miguel Luis Amunátegui, niño todavía, acometió esta empresa que habria arredrado a muchos hombres, i cómo se inició en esa vida de labor i de sacrificios que acabó por formar de él uno de los tipos mas completos de abnegacion i de virtud.

Hemos dicho ya que don Miguel Luis Amunátegui no concurrió nunca a la escuela. Cuando su padre le hubo enseñado todo lo que podía aprender en su casa i

en la primera edad, lo colocó en el Instituto Nacional al abrirse el año escolar de 1840. El mismo día también entraba al colejo su hermano segundo, don Gregorio Víctor, que iba a ser el compañero inseparable de toda su vida, el colaborador de la mayor parte de sus trabajos literarios, i el auxiliar constante en todos los afanes que iba a crearles su temprana horfandad. En esa época, los estudios obligatorios de instrucción secundaria estaban reducidos al latín i a la filosofía. Era entonces opinión jeneral que el conocimiento de aquella lengua daba el del idioma patrio, i por eso eran muy pocos los alumnos que concurrían a una clase libre de gramática castellana; pero don José Domingo Amunátegui, era demasiado ilustrado para participar de semejante error, i había determinado que sus hijos aprendieran prolija i particularmente no solo la gramática castellana, sino la jeografía i los elementos de cosmografía que se enseñaban en el Instituto como clases sueltas.

Afortunadamente, para don Miguel Luis Amunátegui i para sus condiscípulos, el 25 de febrero de 1843 fué dictado un nuevo plan de estudios secundarios que importó una reforma trascendental en la enseñanza pública. Ese plan fijaba un orden obligatorio de estudios, i comprendía, junto con el latín, la gramática castellana, el francés, la jeografía, la cosmografía, la historia, las matemáticas elementales, la filosofía i la literatura. Recuerdo todavía la impresión que produjo esta reforma entre los estudiantes i el mayor número de los padres de familia. Lamentaban la obligación de estudiar aquellos ramos que la ignorancia vulgar calificaba de innecesarios, como más tarde han calificado del mismo modo el estudio de la física, de la química i de la historia natural. Decíase jeneralmente que habiendo en



Chile demasiados abogados, el gobierno habia ideado esta innovacion para reducir el número de los jóvenes que llegasen a la posesion de ese título.

Don Miguel Luis Amunátegui perteneció al primer curso que hubiese sido sometido al nuevo plan de estudios. Es curioso observar que hasta ahora no ha habido en Chile ningun curso del cual hayan salido tantos escritores mas o ménos sobresalientes. Baste recordar que junto con él estudiaron su hermano don Gregorio Víctor, don Eusebio Lillo, don Guillermo, don Alberto i don Joaquin Blest Gana, don Santiago Godoi, don Ramon Sotomayor Valdés, don Floridor Rojas, don Pio Varas, don Pedro Pablo Ortiz, don Ambrosio Montt, don Ignacio Zenteno, don Pedro Leon Gallo i varios otros que, aunque dotados de verdadera intelijencia, no han seguido mas tarde una carrera propiamente literaria.

Entre todos nuestros camaradas, don Miguel Luis Amunátegui descollaba en primer lugar. No solo estudiaba los textos con incansable teson i dedicaba sus ratos de ocio i de pasatiempo a la lectura de todos los libros que llegaban a nuestras manos, sino que discutia sobre historia, literatura i filosofia con todos nuestros compañeros, algunos de los cuales habian adquirido desde temprano conocimientos mui superiores a su edad. La supremacia de don Miguel Luis Amunátegui se revelaba por muchos hechos. Obtuvo el premio en todas las clases que cursó en el Instituto Nacional, i nunca se levantó entre nuestros camaradas una sola voz para decir que habia injusticia en aquella designacion. Cuando se acercaba la época de exámenes, don Miguel Luis Amunátegui era el repetidor obligado para repasar las nociones adquiridas a un número considerable de nuestros discípulos.

Pero el 19 de diciembre de 1846 recibió Amunátegui un premio mas precioso que las medallas de oro o de plata que se dan a los estudiantes distinguidos. En ese dia rendíamos, en la capilla del antiguo Instituto, el exámen de latin final; i el sábio rector de la Universidad, don Andres Bello, quiso presenciar esos exámenes i aun examinar al mayor número de los alumnos. Cuando llegó su turno a don Miguel Luis Amunátegui, el eminente humanista le pasó un volumen de Horacio, i le mandó que lo abriera en una de las odas, en la que comienza *Sic te Diva potens Cypri*. Amunátegui leyó admirablemente, cosa que no siempre pueden hacer aun los estudiantes mas distinguidos, i en seguida tradujo aquellos versos encantadores con tanta elegancia como exactitud, recibiendo casi despues de cada frase un signo de aprobacion del ilustre examinador. Don Andres, aunque de ordinario indulgente en esta clase de pruebas, halló en esta ocasion campo abundante para ejercitar sus gustos de latinista; i queriendo calcular hasta dónde llegaban los conocimientos del alumno, le hizo todo jénero de preguntas sobre la analogía, la sintáxis, la prosodia i la métrica del idioma de Virjilio. A todas contestó Amunátegui con precision i con lucimiento. Cuando llegó el caso de tomar la votacion, el ilustre rector de la Universidad declaró con verdadera efusion de sentimiento, i delante de los examinadores i de los alumnos, que el jóven que tan lucida muestra acababa de dar de su competencia, se hallaba en aptitud de ser uno de los mas distinguidos profesores de nuestra patria i que estaba destinado a ser mas tarde una de las mas brillantes glorias de nuestra literatura. Nuestros lectores podrán juzgar si se ha cumplido o nó aquel vaticinio.

En los momentos en que obtenia un triunfo tan espléndido, don Miguel Luis Amunátegui, en vez de destinar al descanso o a las diversiones las pocas horas que le dejaban libres sus tareas de estudiante, trabajaba sin cesar en procurarse recursos por los medios mas honrosos para subvenir a las necesidades de su familia. Su intelijencia, los conocimientos que habia adquirido, i hasta la suavidad de su carácter, lo inclinaban irresistiblemente a la carrera del profesorado. Pero como era demasiado jóven todavía, no podia aspirar a una cátedra en ningun colejio, i se vió reducido a dar lecciones en clases privadas. Cada una de éstas le procuraba una entrada de cuatro pesos mensuales, que era la tarifa comun i corriente para este jénero de servicios. En esta forma, Amunátegui enseñó la gramática castellana a don Manuel Pardo, jóven intelijente que fué mas tarde presidente del Perú. Esta circunstancia relacionó a Amunátegui con el eminente literato don Felipe Pardo i Aliaga, entónces ministro plenipotenciario del Perú cerca del gobierno de Chile. Don Felipe Pardo le manifestó mucha estimacion, i le pagó como honorario de la clase hecha a su hijo una onza de oro, precio que en aquella época parecia extraordinario i exorbitante.

Para llenar los compromisos de maestro i para cumplir a la vez sus obligaciones de alumno, Amunátegui estaba obligado a estudiar hasta media noche, i a vivir léjos de todo pasatiempo i de toda distraccion. A pesar de esto, la escasez de la familia era tan grande que don Miguel Luis i su hermano don Gregorio Victor, estaban en la necesidad imprescindible de estudiar sus lecciones en un solo libro, por carecer de recursos para comprar dos. En las clases del Instituto, ambos atendian de

ordinario la traduccion del latin o del francés en un solo testo. Así se comprenderá el afecto filial que don Miguel Luis Amunátegui ha profesado siempre a aquel establecimiento. El, como muchos otros hombres mui distinguidos de nuestro país, es una prueba evidente de que, si el Estado abandonara la instruccion a manos mercenarias, los pobres quedarian desheredados de todos los beneficios de la civilizacion, la patria perderia muchos de sus mas elevados talentos, i la sociedad se veria privada de los elementos de progreso i bienestar que todo hombre educado esparce en ella.

Como su padre habia sabido despertar desde temprano la aficion a la lectura en el espíritu de don Miguel Luis Amunátegui, éste estaba mui léjos de limitarse al aprendizaje de los testos. Por el contrario, leia en compañía de su hermano cuantos libros podian facilitarles aquellos de sus compañeros que por ser mas favorecidos por la fortuna, tenian medios para proporcionárselos. Desde esa época tambien, Amunátegui era uno de los mas asíduos asistentes a la Biblioteca Nacional. Los directores de este establecimiento, don Francisco García Huidobro i don Vicente Arlegui, maravillados de la estremada aplicacion de ese jóven tan pobre como modesto, infringieron en su favor la regla que prohibia a otros que no fueran los empleados, la entrada a los salones en que se hallan colocados los libros.

III

A los conocimientos que Amunátegui recojia en la lectura, vinieron a agregarse los que pudo adquirir en el trato de dos de los sábios mas eminentes que hayan pisado nuestro suelo.

En los primeros meses de 1847, se hallaba don Andres Bello en Peñaflores, pasando la temporada de vacaciones. Los hermanos Amunáteguis habian ido tambien a ese lugar en compañía de unos parientes suyos. Allí llevaban la vida retirada i de estudio que observaban en Santiago. Don Andres Bello, sabiendo que esos jóvenes no concurrían por modestia o por contracción al trabajo, a los frecuentes paseos que tenían lugar en aquel sitio, fué en persona a invitarlos para que visitasen su casa. Aquella distinción honraba tanto al ilustre sábio como a los jóvenes en quienes habia descubierto algunos meses ántes, en los exámenes de latin del Instituto, las dotes que caracterizan a los hombres distinguidos.

Desde esa fecha empezaron las relaciones que existieron siempre entre don Andres Bello i don Miguel Luis Amunátegui. Se sabe cuán estrechas vinieron a ser esas relaciones. Don Andres Bello llegó a contar a los hermanos Amunáteguis, en el seno de la mas íntima amistad, todas las incidencias de su vida accidentada. Los Amunáteguis pagaron esta confianza con una infidencia de que se han felicitado las letras americanas. El día que ménos lo esperaba, Bello vió con sorpresa que sus

jóvenes amigos habian escrito un grueso volúmen en que contaban estensamente la vida del sábio americano, dando a conocer todas las prendas de su carácter i apreciando cada una de sus obras con una elevacion i una sagacidad que casi no podian esperarse de la juventud de aquellos escritores.

Estas relaciones entre don Andres Bello i don Miguel Luis Amunátegui llegaron a ser tan tiernas i estrechas como las de un padre que estimula i mira con orgullo los progresos literarios del mas distinguido de sus hijos. Entre infinitas pruebas de intimidad de que fui testigo, recuerdo que el primero obsequiaba invariablemente al segundo un ejemplar de cada nueva edicion de su *Gramática Castellana* o de cualquiera de las obras que publicaba, pidiéndole de palabra o por escrito que le comunicase las observaciones que su lectura pudiera sugerirle. En muchas ocasiones le entregó sus manuscritos, encargándole que los revisara ántes de darlos a la prensa. Una vez le obsequió un puñado de borradores de varias composiciones poéticas, que por el debilitamiento de su pulso o por la prisa con que habian sido trazadas, el mismo don Andres no podia descifrar. Amunátegui, con una intelijencia superior, i con aquella prolijidad que empleaba en todos sus trabajos literarios, interpretó aquellos borrones i los insertó en un notable estudio crítico sobre las poesías de don Andres Bello, que dió a luz algunos años mas tarde. En los últimos dias de su vida, Bello habia rimado una composicion titulada la *Moda*, semejante a la *Epistola a Andres* de Moratin, i la dedicó a don Miguel Luis Amunátegui. En ella censuraba con singular *donaire* los defectos mas comunes de lenguaje de los poetas hispano-americanos; pero como allí hacia ciertas alusiones críticas a

algunos de los escritores chilenos, a quienes por otra parte profesaba cariño, no quiso entónces que esa composicion fuese publicada.

Otro maestro ilustre que ejerció una grande influencia en la direccion de los estudios de don Miguel Luis Amunátegui, fué don Luis Antonio Vendel-Heyl, humanista eminente i profesor envejecido en un liceo de Paris, a quien la casualidad de un naufragio habia arraigado en Chile, en 1840. Habiéndose confiado a este sobresaliente filólogo una clase de latinidad superior en el Instituto Nacional, que poco mas tarde pasó a ser una clase suelta para los alumnos que quisiesen concurrir voluntariamente a ella, Vendel-Heyl casi no tuvo durante algunos años otros discípulos que los dos hermanos Amunáteguis. Esta circunstancia, tan rara como propicia, permitió a esos jóvenes enteramente desheredados de la fortuna, tener un maestro digno de príncipes, no solo por la ciencia de éste, sino por la manera particular con que les daba sus lecciones. Vendel-Heyl pudo consagrar así una atencion especialísima a la instruccion de sus dos discípulos. Hombre hábil, a la vez que poseedor de los mas variados conocimientos en humanidades, llegó a enseñarles, no solo la literatura latina, sino tambien la francesa; haciéndoles estudiar i apreciar minuciosamente, i valorizando bajo su direccion cada frase i cada palabra, un gran número de obras maestras antiguas i modernas.

Antes de mucho tiempo, los hermanos Amunáteguis pasaron a ser los amigos i los colaboradores del sábio profesor. Vendel-Heyl habia proyectado la composicion de un curso de temas latinos con frases sacadas de los autores clásicos. Para realizar su pensamiento, hizo

que sus alumnos se pusieran a leer, pluma en mano i con la gramática al lado, los principales autores de la literatura romana, para buscar ejemplos que dispuestos con método, facilitasen a los jóvenes una série de aplicaciones prácticas de las reglas gramaticales, i que al propio tiempo les fuesen poniendo a la vista preceptos literarios, nociones históricas, máximas políticas i axiomas morales.

Para ejecutar este trabajo, don Miguel Luis Amunátegui recorrió con una paciencia de erudito envejecido, un gran número de obras latinas, en prosa i en verso, recojiendo en todas ellas un vasto caudal de notas para el libro proyectado. Don Luis Antonio Vendel-Heyl, en el prólogo de la obrita que dió a luz en 1848 con el título de *Sumario de la historia de Grecia i de Roma*, menciona con aplauso la activa cooperacion que don Miguel Luis Amunátegui le prestaba para la formacion de un libro tan laborioso como la coleccion de temas latinos que estaba preparando.

Por desgracia, tan minucioso i molesto trabajo fué perdido. Por motivos que no es del caso esponer aquí, la obra proyectada no se dió jamas a luz. Sin embargo, fácil es concebir que este estudio tan prolijo i detenido de los principales prosistas i poetas latinos, no pudo ser infructuoso para Amunátegui. Se puede decir que ningun escritor chileno ha entrado en la carrera literaria con una preparacion mas sólida en la literatura clásica i seria. Solo así puede esplicarse la madurez de sus ideas, aun en los escritos de su primera juventud, i la correccion de su lenguaje en una época en que casi todos los libros i los periódicos que se publicaban en nuestro país, abundaban en los mas groseros defectos de lenguaje.

I V

En 1847, don Miguel Luis Amunátegui se inicia en la carrera del profesorado, despues de uno de los triunfos mas brillantes que recuerdan los anales de la enseñanza pública en nuestro pais.

Al cerrarse el año escolar de 1846, el ministerio de instruccion pública habia acordado dar a oposicion dos clases de humanidades en el Instituto Nacional. Los profesores que las obtuvieran debian enseñar el latin, la gramática castellana, toda la historia, la jeografía, la cosmografía i las matemáticas elementales. Aquel sistema, condenado mas tarde por la esperiencia, exijia profesores muí laboriosos, si éstos habian de cumplir regularmente las variadas obligaciones de su cargo.

Don Miguel Luis Amunátegui, que en esos mismos dias terminaba sus estudios de humanidades, corrió a inscribirse en la lista de los opositores para el certámen, sometiéndose al efecto a las pruebas exijidas para obtener una de esas clases. Entónces, sin embargo, se suscitó una dificultad. Segun las disposiciones vijentes, los aspirantes a las clases dadas en oposicion, debian haber cumplido 21 años : pero el consejo de la Universidad podia dispensar ésta u otra de las formalidades legales, en vista de los méritos de los pretendientes. Como a principios de 1847, don Miguel Luis Amunátegui solo habia cumplido diez i nueve años, tuvo que solicitar una dispensa de edad para tomar parte en el certámen.

En la sesion de 9 de enero de aquel año, el consejo universitario tomó en cuenta esta solicitud; i segun consta del acta respectiva, la peticion de Amunátegui fué calorosamente defendida por el sábio rector de la corporacion. Don Andres Bello alegó, entre otras razones, que habia presenciado el exámen final de latin rendido por Amunátegui, « en el que no habia dejado qué desear, habiendo mostrado un vasto i profundo conocimiento de aquel ramo. » Despues de oir esta opinion, el consejo autorizó debidamente a Amunátegui para concurrir al certámen. No estará demas observar aquí que esta es la única solicitud que en su vida hizo don Miguel Luis Amunátegui; i como se ve, lo que pedia no era la dispensa de tales o cuales estudios, sino la facultad de rendir una prueba enormemente difícil ántes de haber llegado a la edad que la lei consideraba indispensable para haber adquirido la conveniente preparacion.

Jamas podrá imaginarse cuál fué la tarea que se impuso Amunátegui durante los dos largos meses a fin de hallarse perfectamente preparado para el dia del certámen. Repasó una i otra vez todos los ramos que entónces constituian el curso de humanidades; i al fin, a pesar de su modestia característica, adquirió la conviccion de que estaba preparado para triunfar.

Las pruebas debían consistir en un discurso escrito i en una leccion oral sobre temas dados con plazos mui cortos para la preparacion. El jurado se compuso del rector del Instituto, don Francisco de Borja Solar, i de los miembros de la facultad de filosofia i humanidades don Luis Antonio Vendel-Heyl, don José Victorino Lastarria i don Ramon Briseño.

Recuerdo todavía, como si fuese cosa ocurrida ayer no mas, la impresion que produjo la prueba oral que

en esa circunstancia rindió Amunátegui. Según la cédula que sacó de la urna, debía traducir un trozo cualquiera de las obras de Ciceron. Hasta entónces los profesores de latin se habian limitado a traducir con mas o ménos elegancia, con mas o ménos exactitud. Los alumnos no habian oído nunca de sus maestros una noticia histórica o literaria acerca del autor que tenian entre manos. Amunátegui, que por consejo de Vendel-Heyl habia leído i releído el *Tratado de estudios* de Rollin, quiso romper con la rutina, i ántes de comenzar la traduccion pronunció un corto pero sólido discurso, en que despues de trazar una lijera biografía de Ciceron, apreciaba con verdadero talento la importancia literaria de sus escritos. Los condiscípulos de Amunátegui, que habiamos concurrido llenos de interés a verlo cómo se desempeñaba en aquella prueba, no pudimos dejar de aplaudir las dotes eminentes que desplegaba desde su primer ensayo en la carrera del profesorado.

El resultado de este certámen, por lo que toca a don Miguel Luis Amunátegui, está consignado en las palabras siguientes del informe que dió la comision en 31 de marzo de 1847 : « En la prueba escrita, dice ese documento, merece preferente recomendacion don Miguel Luis Amunátegui, por el bien concebido plan de su memoria ; por su estilo lójico, natural i sencillo, i por su lenguaje puro i castizo »... « En la prueba oral se ha mostrado tambien digno de preferencia el mismo señor Amunátegui por un verdadero conocimiento de la gramática, prosodia i jenialidades de la lengua latina, i por la propiedad i elegancia de su version. »

A virtud de este informe, el ministro de instruccion pública don Salvador Sanfuentes, nombró a Amunáte-

gui, por decreto de 6 de abril 1847, profesor de humanidades del Instituto Nacional. Este nombramiento le imponía tres horas tres cuartos de trabajo diario, sin incluir el tiempo de preparacion para sus clases, i le producía el sueldo anual de 800 pesos, con que desde entónces pudo atender a las necesidades mas premiosas de su familia. En cambio, el constante i penoso estudio de varios meses en que no habia desperdiciado una sola hora, i en que apénas habia dormido, le causó una molestísima enfermedad de la garganta, que por algun tiempo resistió a todos los medicamentos, i que algunos facultativos consideraron incurable i que lo hizo sufrir varios años.

Amunátegui se estrenó en el profesorado pronunciando en una reunion solemne de todos sus colegas, un hermoso discurso sobre las ventajas de los estudios clásicos. En seguida, comenzó a desempeñar su tarea en la enseñanza, desplegando desde el primer dia el tino i la sagacidad del mas experimentado de los maestros. Don Andres Bello, que vijilaba de cerca los progresos de la instruccion en el Instituto Nacional, se hizo un deber de recomendar las dotes especiales del jóven profesor i las esperanzas que su talento hacía concebir para los progresos de la instruccion pública. En la memoria que leyó a la Universidad el 29 de octubre de 1848, para dar cuenta de los trabajos de la corporacion durante el primer quinquenio de su existencia, se encuentran las significativas palabras que siguen : « En el Instituto Nacional, dice Bello, se hace actualmente el estudio del latin de un modo que no dudo satisfará en breve todas las exigencias razonables. Quizá es allí solo donde se ha comprendido que debe aspirarse a algo mas que a una tintura superficial, suficiente apénas para el eclesiástico,



jurisconsulto i el médico. Yo he visto muestras brillantes en los exámenes del último año escolar; i entre los alumnos que han completado esta parte de su educacion, los hai de un mérito sobresaliente que ejercen el profesorado en el mismo Instituto i en otros establecimientos. El discurso pronunciado por uno de ellos, don Miguel Luis Amunátegui, sobre esta misma materia, en un acto solemne del Instituto Nacional, es una produccion admirable por el talento i por el lenguaje; i revela en el jóven profesor una aficcion entusiasta a la lengua i literatura que recomienda. »

Se creeria que el hombre que dedicó en su primera juventud un estudio tan detenido i profundo a la lengua i literatura latinas, que el escritor que debe principalmente a ese estudio la solidez de su estilo i la propiedad de su lenguaje, hubiese sido siempre partidario ardoroso del aprendizaje obligatorio de esa lengua i de esa literatura. Ordinariamente se ve que los mas encarnizados enemigos de tales o cuales estudios, los que declaran innecesarios estos o aquellos ramos de la ciencia, son los que no tienen acerca de ellos la menor tintura. Pero Amunátegui, a las otras dotes eminentes de escritor i de pensador, agregaba una que sus mismos adversarios no han podido poner jamas en duda. No hablaba, ni escribia, no ha hablado ni ha escrito nunca, sobre una materia que no hubiese estudiado a fondo. Examinando la cuestion de si el estudio del latin deberia ser jeneralmente obligatorio para todos los que aspiran a las carreras profesionales, Amunátegui sostenia que aunque su conocimiento es mui útil para los eruditos i los literatos, puede ser reemplazado con ventaja para la mayoría de las personas por el de las lenguas i literaturas modernas, i por otros ramos cien-

tíficos de mayor aplicacion i de una utilidad mas práctica. Amunátegui defendió en varias ocasiones esta opinion, i especialmente en la discusion que sobre esta materia abrió la facultad de humanidades el año 1865. Es notable sobre todo el discurso que pronunció en la sesion de 13 de junio de ese año, i que constituye la mejor defensa que conozcamos de la opinion sostenida por Amunátegui. Las formas tan elegantes como correctas de ese notable discurso, en que el orador sostenia la inutilidad relativa de los estudios clásicos en un estilo i con lenguaje que revelaban la profundidad i la estension de sus conocimientos en la lengua del Lacio, nos hace recordar el caso del filósofo Malebranche, que segun la feliz espresion de Voltaire, empleaba grande imaginacion para probar que el hombre no tiene imaginacion. Años mas tarde, siendo ministro de instruccion pública, Amunátegui suprimió el estudio obligatorio del latin facultando a los aspirantes a títulos universitarios para reemplazarlo por el de dos idiomas vivos.

El brillo del certámen en que Amunátegui obtuvo una cátedra de humanidades en el Instituto Nacional, fué causa de que se le llamara a prestar sus servicios en algunos de los colejos mas acreditados de Santiago. Don Rafael Minvielle, que entónces dirijia un buen establecimiento de instruccion secundaria, confió a Amunátegui la clase de filosofia i de literatura. La obligacion en que está todo profesor sério de estudiar el ramo que enseña, indujo a Amunátegui a consolidar i a ensanchar los excelentes conocimientos que habia adquirido en todos los ramos que en esa época constituian la instruccion secundaria. Hasta en sus últimos años era curioso verlo en los exámenes a que era llama-

do como profesor o como miembro de la facultad de filosofía i humanidades, cómo recordaba las nociones que entónces adquirió en materias que indudablemente no pudo repasar mas tarde.

V

Cupo a don Miguel Luis Amunátegui la fortuna, buena o mala, de aparecer por primera vez en el campo de la política en aquellos años borrascosos. Su aparición fué modesta pero honrada; i desde entónces adquirió entre sus amigos i entre sus contrarios, la reputacion de hombre leal, incapaz de falsías i de mentiras, i de sacrificar sus convicciones a la conveniencia o al interés. Voi, pues, a entrar ahora en esta nueva faz de su vida.

La oposicion a la clase del Instituto Nacional i los primeros artículos que Amunátegui publicó en la *Revista de Santiago*, llamaron sobre él la atencion del gobierno, que siguiendo entónces una práctica inaugurada por las administraciones anteriores, buscaba para los puestos públicos a los jóvenes que mas se distinguían en sus estudios. Habiéndose decretado en junio de 1848 la organizacion de la oficina central de estadística, el ministro del interior don Manuel Camilo Vial dió al jóven escritor el puesto de oficial segundo de ella. Este cargo lo acercó mas i mas a algunos de los jóvenes que por entónces se preparaban a tomar parte en las luchas políticas como soldados de la causa liberal.

Todos conocen la calorosa agitacion que en aquel año

i los siguientes conmovió a nuestro país. Don Miguel Luis Amunátegui, que hasta entónces habia permanecido ajeno a las luchas de los partidos, se alistó decididamente bajo la bandera liberal, a la cual le atraian las aspiraciones de su espíritu, el recuerdo venerado de su padre i sus relaciones de amistad. Desde el principio de su carrera pública manifestó ya lo que habia de ser siempre, hombre recto i templado, exento de odios, capaz de hacer plena justicia al adversario, i lo que todavía es mas dificultoso, capaz de condenar las faltas de los amigos i de empeñarse en corregir sus consecuencias.

No se nos oculta que estas prendas debian traer sobre don Miguel Luis Amunátegui la reputacion de debilidad. A pesar de la fijeza invariable de sus principios, de la tenacidad incontrastable con que los ha defendido en sus libros, en la prensa periódica i en la tribuna parlamentaria, se ha acusado de débil a Amunátegui porque era enemigo de la violencia, porque no queria seguir a los suyos en el camino que creia estraviado, porque se negaba a echar mano de ciertos medios que condenaba su honorabilidad o el respeto i la lealtad que se deben a los adversarios, i porque nunca contestó con la injuria a las descortesés provocaciones que alguna vez se le dirigieron. Por poca esperiencia que se tenga en las luchas políticas, se sabe que en ellas es mucho mas difícil resistir la intemperancia de los amigos que dejarse arrastrar por las pasiones de éstos a los excesos que ordinariamente se aplauden como la espresion de la enerjía. El verdadero carácter en un hombre público consiste no en ejercer actos de violencia, sino en no dejarse seducir por los consejos i los aplausos de los hombres apasionados, en no apartarse jamas del camino

de la honradez, de la justicia i de la lealtad. « La debilidad, o mas bien la indecision que se reprocha a ciertos hombres distinguidos, a pesar de la entereza de que han dado pruebas, dice un moderno filósofo francés, parece nacer de la estension de sus luces i de su misma probidad. En las épocas de discordia i de perturbacion, en que la línea del deber no está perfectamente trazada, los que quieren seguir este camino no se deciden tan fácil ni tan resueltamente como los ambiciosos i los intrigantes que van al asalto del poder i de la fortuna sin reparar en medios. » La historia política de Chile ofrece particularmente dos grandes ejemplos de hombres débiles de esta clase, que supieron resistir leal i honradamente a las tentaciones peligrosas de las pasiones del momento. Fueron ellos don Manuel Antonio Tocornal i don Miguel Luis Amunátegui. La posteridad ha comenzado ya para ambos, i ella les ha hecho la mas espléndida justicia.

Como se recordará, en junio de 1849, hubo un cambio administrativo i político que elevó al ministerio a don José Joaquín Pérez como ministro del interior, a don Manuel Antonio Tocornal de justicia, i a don Antonio García Reyes de hacienda. Los nuevos ministros concibieron el patriótico i laudable propósito de formar un partido intermedio entre los bandos extremos, el cual moderase la exaltacion de las pasiones i procurase conjurar la guerra civil percibida ya como mui probable en la lontananza del provenir. Entre las personas que trataron de atraerse a este plan, se contó a don Miguel Luis Amunátegui, cuyo nombre, como debe suponerse, era mui prestigioso en las filas de la juventud. Por especial recomendacion de don Antonio García Reyes, el ministro Pérez llamó a su despacho a don Miguel Luis

Amunátegui, para ofrecerle la redaccion del periódico oficial, *El Araucano*, con la renta mensual de doscientos pesos. Un puesto semejante debia ser mui tentador para un jóven que se hallaba colocado en la situacion de Amunátegui. Sin haber contraido hasta entónces ninguno de aquellos compromisos políticos que arrastran a los hombres por esas pendientes de que no pueden apartarse sin menoscabo de su honor, Amunátegui podia sin desdoro afiliarse en el nuevo partido que se queria crear, i cuyo programa cuadraba tan bien con sus propias inclinaciones. Hijo mayor de una familia excesivamente pobre, i de cuyo sustento se habia encargado desde el fallecimiento de su padre, Amunátegui casi estaba en el deber de aceptar un puesto honorable que sin exigirle el abandono de sus estudios i de sus otras ocupaciones, le aseguraba una existencia mui holgada en aquella época. Amunátegui, sin embargo, rechazó en el momento con tanta modestia como firmeza el puesto que se le ofrecia. En vano el ministro Pérez le invitó con interés a que se tomara algun plazo para reflexionar. Amunátegui, junto con manifestar su sincero agradecimiento por la confianza que se depositaba en él, declaró inútil cualquier aplazamiento, esponiendo que estaba cierto que miéntras mas lo pensara, tanto mas persistiria en su negativa.

Conviene hacer notar aquí que Amunátegui simpatizaba en el fondo de su alma con el plan de conciliacion que queria realizar aquel ministerio, de cuyos miembros fué mas tarde amigo tan íntimo como leal; pero al propio tiempo comprendia demasiado que, considerada la posicion subalterna que ocupaba, el ardor intransigente de algunos de sus amigos i la malevolencia de otros, tomaria pretesto para atribuir a cálculos de lucro la

cooperacion que podia prestar al gobierno. Esto fué lo que lo hizo renunciar decididamente un empleo distinguido, que le aseguraba una entrada considerable, i que habria sacado a su familia de verdaderos embarazos pecuniaros. Así pues, don Miguel Luis Amunátegui, a quien muchas veces han acusado de débil, daba sin aparato i sin estrépito, esta prueba de imperturbable lealtad a los amigos entre quienes figuraba en una posicion modesta todavía. Así tambien, el jóven pobre i desamparado, a quien mas tarde acusaron sus enemigos de tener una sed insaciable de empleos, renunciaba por escrúpulos de la mas esquisita dignidad un puesto que habria cambiado por completo su situacion.

En la lucha que se siguió a aquellos sucesos, Amunátegui conservó siempre su lealtad. Si la templanza de su carácter no lo precipitó a la guerra cruda i sin cuartel que se hacía en la prensa, si su moderacion habitual, al mismo tiempo que la situacion precaria de su familia no le permitieron convertirse en agitador, don Miguel Luis Amunátegui fué consecuente siempre con sus amigos políticos, a quienes acompañó fiel i firme en todas las eventualidades desgraciadas de una de las mas ardientes conmociones civiles por que ha pasado Chile. En 1859, conversando yo en Buenos Aires sobre estos sucesos con don Francisco Bilbao, que fué uno de los héroes i de las víctimas de aquella lucha, este juez tan severo como competente, me decia lleno de entusiasmo: « Miguel Luis Amunátegui es no solo una de las mas altas intelijencias de Chile, sino tambien uno de los corazones mas leales i honrados. » Los lectores de estas pájinas han visto ya, i seguirán viendo en las que quedan si hai o nó motivo para ratificar este juicio.

V I

La reputacion literaria de don Miguel Luis Amunátegui, aun ántes de haber publicado obra alguna, estaba perfectamente establecida despues del espléndido triunfo que alcanzó en el certámen de 1847 i de los dos discursos que entónces pronunció. El año siguiente, uno de sus mas distinguidos profesores, don José Victorino Lastarria, fundaba una publicacion literaria quincenal con el título de *Revista de Santiago*. Se sabe el interés que este célebre escritor ha puesto siempre en fomentar en nuestro país el cultivo de las letras, i en estimular a todos los jóvenes en quienes su sagaz penetracion descubre las dotes del futuro escritor. Amunátegui i su hermano don Gregorio Víctor fueron llamados a la colaboracion de aquella revista; i ambos tomaron una parte activa en ella durante dos años, hasta fines de 1849 en que el señor Lastarria abandonó su direccion. Dos escritos de don Miguel Luis Amunátegui, una biografía del jeneral Borgoño i otra de Camilo Henríquez, dejaban entrever al prolijo investigador i al juez sereno e ilustrado de los hechos de nuestra historia.

Pero en breve se presentó a Amunátegui una ocasion mas propicia para desplegar sus dotes de escritor i de historiador. En 1849, la facultad de humanidades propuso como tema para el premio que debia discernirse el año siguiente, una memoria sobre aquel período luctuoso de nuestra historia que se conoce jeneralmente con el

nombre de la reconquista española. El escritor debía referir los hechos que se verificaron en Chile desde la desastrosa jornada de Rancagua en 1814 hasta la espléndida victoria de Chacabuco en 1817.

Aquella ocasion estimuló los instintos de estudio i de trabajo de los hermanos Amunáteguis. Poco ántes de esa época se habia discutido en el seno de la Universidad i fuera de ella, el método que debía seguirse en la composicion de los trabajos históricos. Preferian unos la historia filosófica, es decir, una historia con pocos hechos, formada de disertaciones mas o ménos jenerales, para apreciar la importancia de los sucesos i de los hombres i el desenvolvimiento del progreso de un país. Sostenian otros, i esta fué la opinion que sustentó don Andres Bello con su voto respetable, que estos trabajos denominados historia filosófica no podian ser útiles i provechosos, como tampoco podian ser exactos, sino cuando estaban basados en un estudio prolijo i cabal de los hechos. Segun la opinion del ilustre sábio, la historia narrativa era indispensable: era ella la que estudiaba atenta i detenidamente los sucesos de los tiempos pasados, la que esplicaba todos los pormenores, i la que servia de punto de partida a los trabajos puramente especulativos i filosóficos. Sin ella, decia perfectamente Bello, estos últimos estudios no pueden ser mas que una série de jeneralidades mas o ménos vagas, mas o ménos aplicables a todos los tiempos i a todos los países. Los sostenedores de la historia filosófica defendian su opinion con cierto talento fascinador. Citaban en su apoyo algunos trabajos europeos sumamente notables, sin fijarse que habian sido preparados solo despues de haberse hecho los mas estensos estudios en el jénero narrativo.

Los hermanos Amunáteguis no se dejaron arrastrar por estas brillantes teorías que parecían inventadas para halagar la imaginación utopista de los jóvenes, i para estimular la resistencia natural que los escritores novicios tienen para engolfarse en los estudios de prolija investigación, tan fatigosos la primera vez que se hacen i tan agradables cuando se ha adquirido la experiencia i el gusto por el trabajo. Los Amunáteguis se adhirieron resueltamente a la doctrina defendida por don Andres Bello, i desde entónces la sostuvieron en la discusión i en la práctica con argumentos nuevos, i con los mas brillantes ejemplos. Segun ellos la historia narrativa tiene el interés del drama, en que conocemos de cerca i en todas sus interioridades a los hombres del pasado, viéndolos moverse i obrar como si vivieran en medio de nosotros. Solo esta forma literaria puede desempeñar cumplidamente el papel justiciero de la historia, premiando las grandes acciones i condenando las malas. Por último, la historia narrativa no escluye las observaciones filosóficas sobre los hombres i las cosas; ántes por el contrario, ambos elementos se combinan perfectamente, como puede verse en los mas grandes trabajos de la escuela histórica moderna.

Con esta conviccion, don Miguel Luis i don Gregorio Víctor Amunátegui se engolfaron en el mas prolijo estudio de investigación, devorando todos los libros i periódicos en que se hallaba una sola palabra sobre aquellos sucesos, revolviendo los archivos así públicos como particulares, i averiguando todas las noticias que podían suministrarles los actores de aquellos hechos, que quedaban vivos todavía, i entre ellos los jenerales don Ramon Freire i don Juan Gregorio de Las-Heras i el ingeniero de San Martin, don José

Antonio Alvarez Condarco, quienes les proporcionaron noticias mui interesantes i curiosas acerca de la organizacion del ejército de los Andes i de la campaña de 1817.

Despues de un año de labor, en que trabajaban incansablemente todos los instantes que les dejaban libres sus otras ocupaciones, a mediados de 1850 presentaron a la facultad de humanidades un grueso manuscrito con el título de *La reconquista española. Apuntes para la historia de Chile, 1814-1817.*

La comisión encargada de dictaminar sobre el mérito de este libro fué compuesta de los señores don Miguel de la Barra i don Antonio García Reyes, dos hombres sumamente aficionados a los estudios de historia chilena. En el informe que dieron con fecha 15 de noviembre de 1850, declararon « con complacencia que habian quedado satisfechos de la manera como estaba desempeñado el tema que la facultad propuso. »

« Acopiando un caudal bastante rico i completo de noticias, agregaban en otra parte los informantes, se ha sabido esponerlas con una limpieza, juicio i lucimiento que permiten formar una idea cabal de la época, no solo en el carácter jeneral que la distingue, sino en la graduacion de los sucesos que se fueron encadenando hasta producir la pérdida del país por las armas españolas. »

Este parecer era estrictamente justo. *La reconquista española* es un libro excelente, que no parece ser el primer ensayo de historiadores noveles. Hai allí minuciosa investigacion, un plan hábilmente dispuesto, interés dramático en la narracion, rectitud i elevacion en los juicios, claridad i elegancia en el estilo, correccion i armonía en el lenguaje. Algunos errores casi

imperceptibles en los detalles, ciertos vacíos en algunas partes i un pequeño descuido en el método de la esposicion, no alcanzan a empañar el mérito real de este libro. Sin embargo, como sus autores llegaron en breve a trabajar obras mas acabadas i perfectas, i como otros investigadores, saliendo de este punto de partida, adelantaron algo mas el conocimiento de aquellos sucesos, los hermanos Amunáteguis condenaron a la proscricion i al olvido este primer ensayo histórico, que fué tambien su primer triunfo como literatos.

Años mas tarde, en 1868, emprendió don Miguel Luis Amunátegui una revision completa de ese libro. Habia rehecho sus primeras pájinas cuando llamado a desempeñar el ministerio del interior, se vió forzado a suspender este trabajo. *La reconquista española* se reimprimió así, parte con su antigua redaccion i parte con una redaccion nueva, en el tomo II de la coleccion de las memorias históricas presentadas a la universidad. Esta circunstancia, que deja percibir cierta diferencia en la forma literaria entre las diversas partes de la obra, no perjudica en nada a su alto valor histórico.

Debo referir aquí un rasgo que caracteriza la modestia habitual de don Miguel Luis Amunátegui. Los comisionados universitarios habian dado a ese libro una aprobacion franca i esplicita; pero recomendaban la conveniencia de adelantar la investigacion sobre ciertos puntos i de haber introducido modificaciones en otros. Amunátegui guardó su manuscrito un año entero, ensanchando las noticias, corrijiendo los detalles hasta quedar convencido de que habia satisfecho leal i cumplidamente los deseos de sus críticos. Solo entónces, esto es, a fines de 1854, dió a la prensa este libro. En su primera pájina escribió una corta dedica-



toria a don José Victorino Lastarria, que, según decía allí, era quien lo había estimulado a consagrarse a la carrera literaria. Amunátegui no había elegido para Mecenas a ningún hombre poderoso i altamente colocado. El señor Lastarria, destituido poco ántes del puesto de profesor del Instituto Nacional, se hallaba entónces pobre, perseguido i asilado en estraña tierra, pero conservando siempre la estimacion de los espíritus independientes.

En ese mismo año de 1851, los Amunáteguis presentaron al certámen abierto en el seno de la Universidad, otra memoria histórica. El año anterior, la facultad de humanidades había propuesto como tema para el premio anual, un libro sobre los sucesos de 1811 i 1812, a fin de llenar el vacío que existía entre la memoria histórica de don Manuel Antonio Tocornal i la de don Diego José Benavente. Los hermanos Amunáteguis escribieron otro libro con el título de *Los tres primeros años de la revolucion de Chile*, que era una historia de nuestro país desde que se hicieron sentir los primeros síntomas de independendencia hasta abrirse la era de las primeras campañas, a principios de 1813.

Sobre el mérito de este libro, informaron a la Universidad los señores don Ventura Blanco Encalada i don Antonio García Reyes en los términos mas encomiásticos. « La narracion, dice el informe, está concebida en aquel tono desembarazado i ameno que nos hace encontrar complacencia, no ya en las cosas, sino en el modo de referirlas; i que asemeja el escrito a esas conversaciones ilustradas i de buen tono que derraman un agradable solaz en el espíritu. A veces noble i calorosa, se eleva i dignifica al contar los hechos

solemnes de la revolucion; a veces picante cuando refiere los extravíos medio inocentes a que daba lugar la inesperienza de la vida pública de la antigua colonia; a veces viva e interesante cuando refiere las asonadas i funciones militares, ella sabe acomodarse a todo jénero de asuntos, i tomar el colorido de los sucesos, sin abandonar las dotes peculiares que hemos notado. Ha llamado del mismo modo la atencion de la comision informante, el tino con que el autor ha sabido animar los sucesos, asignando los motivos que impulsaban a los diferentes actores en la escena, i los principios e interéses que estimulaban la accion de los partidos. Dotado de un tacto feliz, i de no poco conocimiento de los procederes prácticos de la política, ha puesto de su propio caudal muchas reflexiones que ilustran i esplican los hechos, reflexiones que no traen las crónicas i que han sido sujeridas al autor por la contemplacion de los mismos hechos, i por el conocimiento que muestra tener del corazon humano. De aquí procede que los hechos están perfectamente eslabonados, i presentan el aspecto de un encadenamiento lójico que principia i se sostiene hasta el fin, i que satisface la mente del lector, dejándole dueño de la razon de los acontecimientos de que se le da noticia. »

Don Andres Bello, en la memoria que presentó al consejo universitario el 10 de marzo de 1854, sobre los trabajos del segundo período de su rectorado, ratificó el juicio que las respectivas comisiones informantes habian dado acerca de las obras que acabamos de mencionar. Hé aquí sus palabras : « La memoria presentada por don Miguel Luis i don Gregorio Víctor Amunátegui al concurso literario de la facultad de humanidades del año de 1850, narra los sucesos de una época aciaga de

nuestra emancipacion acopiando curiosas noticias, juzgando los hechos con discernimiento i esponiéndolos a menudo con animacion i lucidez. La comision que examinó esta obra, no fué mas que estrictamente justa en los elojios que de ella hizo. Igual suceso tuvo la memoria presentada por los mismos autores al concurso literario de 1852, sobre los acontecimientos de la revolucion en los años 11 i 12. »

Sin embargo, esta última obra no ha visto hasta ahora la luz pública. Se comprende que sus autores no se habian impuesto el trabajo asíduo i molesto de muchos meses para ganar por cada uno de sus libros la mezquina cantidad de doscientos pesos, a que montaba el premio, i que en realidad no alcanzaba a pagar la copia del manuscrito i de los documentos que era preciso recojer. Ambicionaban solo, como casi todos los escritores de nuestro país, la satisfaccion de ver circular impreso un libro suyo, i de saber que habian servido al esclarecimiento de algunos hechos históricos o a la difusion de algunas ideas útiles. Al emprender esos trabajos se habian lisonjeado con la esperanza de que el gobierno costearia la edicion de la obra, como habia acostumbrado hacerlo con todas las memorias premiadas en los certámenes anteriores. Pero esa esperanza se vió frustrada, a pesar de la práctica establecida. Cuando a fines de 1854, se trató de publicar la primera de aquellas dos memorias premiadas, el ministro de instruccion pública, por una malquerencia marcada a los dos jóvenes liberales, se escusó de pagar los gastos de la impresion, a pesar de las jestioniones del consejo universitario, alegando que se habia agotado la partida del presupuesto consultada para este objeto.

Por indicacion de don Andres Bello, el consejo

acordó entónces que la memoria premiada fuese publicada en los *Anales de la Universidad*, lo que no se habia hecho anteriormente con las obras que se hallaban en igual caso, cuya impresion habia sido costeada por el Estado. Los autores se resolvieron despues de esto a invertir la suma de cuatrocientos pesos a que ascendian los dos premios obtenidos, en hacer un tirado aparte de doscientos ejemplares de la primera de esas memorias. Esos ejemplares, compajinados en la forma fea e inadecuada para un libro que entónces tenian los *Anales de la Universidad*, e impresos con un tipo mui pequeño i fatigoso para la vista, fueron repartidos por los autores entre sus amigos i conocidos, i han llegado a ser con el tiempo una curiosidad bibliográfica, hasta que se hizo la reimpression de que hablamos mas atras.

Por lo que toca a la segunda memoria, es decir la que refiere la historia de los tres primeros años de nuestra revolucion, permanece inédita hasta ahora. Los hermanos Amunáteguis no tuvieron recursos para costear su impresion; i cuando a la vuelta de algunos años su situacion pecuniaria fué mas holgada, la publicacion de otros trabajos históricos habia quitado gran parte de la novedad del manuscrito preparado en 1851. Para publicar éste, don Miguel Luis Amunátegui, mucho mas exigente con sus propios escritos, hubiera querido rehacer aquella obra; pero una série incalculable de las mas variadas ocupaciones, i nuevos trabajos históricos i literarios, que iremos indicando en esta rápida reseña, han absorbido por completo su laboriosa vida.

VII

El triunfo decisivo del gobierno del presidente Montt sobre los partidos revolucionarios a fines de 1851, produjo al cabo de pocos meses la mas absoluta tranquilidad en todo el país. Apénas se hablaba una que otra palabra de política. El partido opositor habia sido enteramente aniquilado.

Don Miguel Luis Amunátegui, que no habia interrumpido sus estudios aun en medio de aquella lucha en que estaba tan interesado el mayor número de sus amigos, prosiguió consagrado con el mismo ardor i con el mismo entusiasmo a la enseñanza i al cultivo de las letras. Sus simpatías por la causa de los vencidos no podian ocultarse a nadie; i sin embargo, por un raro privilegio de los hombres que saben conservar la honradez de sus convicciones, guardando siempre la serenidad i la moderacion, llegó a granjearse sin pedirla i sin buscarla, la estimacion de los mas caracterizados de sus adversarios, como vamos a referirlo.

En 1852, el famoso literato napolitano don Pedro de Angelis, tan justamente estimado por sus estensas i variadas publicaciones sobre la jeografía i la historia de las provincias argentinas, habia dado a luz en Buenos Aires una obra que lleva el título siguiente : *Memoria histórica sobre los derechos de soberanía i dominio de la Confederacion Argentina a la parte austral del continente americano comprendida entre las costas del Océano*

Atlántico i la gran Cordillera de los Andes, desde la boca del rio de la Plata hasta el cabo de Hornos, inclusa la isla de los Estados, la Tierra del Fuego i el estrecho de Magallanes en toda su estension.

El ministro de relaciones exteriores de Chile don Antonio Varas, tuvo por conveniente hacer refutar la obra de Angelis. Encargó esta tarea a don Miguel Luis Amunátegui, cuya competencia en materias de historia de Chile era perfectamente reconocida. Púsose éste al trabajo con toda la resolucion que siempre ha empleado en empresas de este jénero, sacudió el polvo de los archivos, recojió cuantos documentos pudo hallar su incansable laboriosidad, i pocos meses mas tarde, ántes de mediados de 1853, habia publicado una obra notable que lleva por nombre *Titulos de la República de Chile a la soberanía i dominio de la estremidad austral del continente americano.*

El escrito de Amunátegui satisfizo completamente al señor Varas, i mereció los aplausos mas ardorosos de todos los hombres ilustrados de Chile. Pero quiero citar en recomendacion suya un juicio mucho mas desinteresado. En esa época estaba yo en correspondencia epistolar con don Pedro de Angelis, a quien pedia copia de ciertos documentos concernientes a la historia de Chile, que segun sabia, se hallaban en su poder. En carta escrita en Montevideo el 24 de diciembre de 1854, Angelis, aludiendo a aquella obra, me decia estas palabras : « Las producciones del señor Amunátegui, merecen ser conocidas i apreciadas por las sociedades científicas de Europa. » Dentro de esa carta me incluia otra para Amunátegui, a quien como adversario leal e intelijente, felicitaba ardorosamente por la brillante i sólida defensa de los derechos de Chile a toda la rejion

vecina al Estrecho. Aunque Angelis escribía corrientemente el castellano, esta carta estaba escrita en lengua francesa, porque el erudito napolitano estaba persuadido de que Amunátegui era uno de esos sábios europeos que los gobiernos americanos han conseguido traer a estos países para consultarlos en las mas arduas cuestiones científicas.

Angelis hizo mas que esto todavía. Se proporcionó algunos ejemplares de la obra de Amunátegui, i los envió a Europa a las corporaciones sábias con quienes estaba en correspondencia. Una de ellas, la sociedad de anticuarios de Copenhague, que ha dedicado importantes trabajos al estudio de la jeografía americana, i en especial a la historia de las expediciones de los normandos al norte de nuestro continente en el siglo X, envió a Amunátegui el título de miembro corresponsal, firmado por el ilustre erudito Rafn.

El gobierno arjentino sintió todo el peso del golpe que la obra de Amunátegui habia dado a sus pretensiones. Ya de antemano habia encargado la defensa de esa cuestion al mas eminente de sus jurisconsultos, al doctor don Dalmacio Velez Sarsfield. Publicó éste a fines de 1853 un nuevo escrito que lleva la denominacion de *Discusion de los títulos del gobierno de Chile a las tierras del estrecho de Magallanes*. Esta obra revela la confianza en que su autor estaba de que no era posible refutarla.

Mui diferente fué la conviccion que adquirió el gobierno chileno. El señor Varas llamó otra vez a don Miguel Luis Amunátegui i le encargó la réplica a esta nueva obra. Este fué el orijen del libro que dió a luz Amunátegui en febrero de 1855. Fortalecido con nuevos i mas vigorosos estudios sobre la cuestion que se debatía, pudo esta vez pulverizar uno a uno los argu-

mentos de su segundo adversario. Pocas veces hemos visto una refutacion tan concluyente i acabada como aquella. Amunátegui habia desplegado en ella, junto con una vastísima erudicion histórica que le habia permitido fundar su defensa en documentos nuevos i desconocidos hasta entónces, una fuerza de argumentacion que probaba la gran superioridad de su talento. Como veremos despues, Amunátegui consagró al estudio de esta cuestion una obra, mucho mas estensa, i tambien mas erudita.

La importancia de estos servicios esplica suficientemente el motivo de la confianza que Amunátegui recibió de un gobierno al cual no era afecto. En 1853, habiéndose dado por una lei una nueva organizacion a las secretarías de los ministerios, Amunátegui fué llamado a desempeñar un destino que parecia hecho espresamente para él. El 27 de setiembre de 1853, el ministro don Silvestre Ochagavía, lo nombró jefe de la seccion de instruccion pública del ministerio de su cargo. Amunátegui no vaciló un momento en aceptar el honroso puesto que se le ofrecia. En esa época existia en Chile la tranquilidad mas absoluta, porque habian desaparecido hasta los últimos vestijios de las pasadas agitaciones políticas. No se le llamaba tampoco, como en 1849, a defender en la prensa la política del gobierno. Iba a servir un importante ramo de la administracion, al cual habia prestado ya útiles servicios. Por otra parte, cualesquiera que fuesen sus opiniones sobre el gobierno de don Manuel Montt, Amunátegui estimaba i aplaudia la seriedad de sus propósitos en la manera de difundir i de consolidar la enseñanza que el estado da en los establecimientos de su cargo.

Por varios años, Amunátegui proporcionó al señor

Ochagavía i a sus sucesores en el ministerio, la mas activa cooperacion para reglamentar la instruccion pública en todos sus ramos, desde la escuela i la biblioteca popular hasta el colejio, la Universidad, el museo i el observatorio astronómico. A su celo se deben la organizacion de una estadística completa de la instruccion pública, cuyo resultado se publicaba cada año en la memoria del ministerio, i una gran variedad de medidas administrativas.

VIII

El 4 de setiembre de 1851, el presidente de la república don Manuel Búlnes i su ministro de justicia don Máximo Mujica, espedian un decreto por el cual, en virtud de la facultad que tenian de llenar por nombramiento propio el número de individuos universitarios que el gobierno debía designar para completar el de cada facultad, nombraron miembros de la de filosofía i humanidades a los señores don Silvestre Ochagavía, don Máximo Argüelles, don Anibal Pinto, don Juan Carlos Gómez, don Alejandro Reyes, don Félix Frias, don Carlos Riso i don Francisco Vargas.

En este decreto brillaba por su ausencia, como se dice comunmente, el nombre de don Miguel Luis Amunátegui, que en esa época figuraba con lucimiento en el profesorado despues de un brillante certámen, que habia obtenido el premio en el concurso abierto por la facultad de humanidades en 1850, i que habia presen-

tado un libro que era premiado en esos mismos dias en el concurso de 1851. Pocos meses mas tarde, la facultad de humanidades se halló en el caso de reparar esta omision. Estaba vacante un asiento dejado por la muerte de don Miguel de la Barra. En la sesion que celebró la facultad el 24 de diciembre de 1851 para designarle un sucesor, el rector de la Universidad, don Andres Bello, recomendó tan calorosamente los méritos relevantes de don Miguel Luis Amunátegui, que éste fué elegido por unanimidad de votos para llenar el puesto. Amunátegui se incorporó a la facultad en octubre de 1852, pronunciando al efecto un notable discurso en que, despues de hacer el debido elogio de su antecesor, esplicaba las condiciones de existencia i de orijinalidad de la literatura hispano-americana.

Como se ha visto mas tarde, Amunátegui estaba destinado a ser uno de los miembros mas útiles i laboriosos de la Universidad de Chile. A los pocos dias de incorporado en aquella facultad, el rector le confirió el encargo de escribir la memoria histórica cuya introduccion debia leerse para celebrar la sesion solemne de la corporacion el año de 1853.

Antes de acometer este trabajo, don Miguel Luis Amunátegui i su hermano don Gregorio Víctor dieron a luz, a principios de 1853, una obrita histórica titulada *Una conspiracion en 1780*, que fué publicada en los folletines de un diario de aquella época, *El Progreso*, i compajinada despues en un pequeño volúmen. Este libro era una revelacion de la mas alta importancia. El cronista don Vicente Carvallo i Goyeneche habia dejado en uno de los capitulos de su historia, inédita hasta entónces, el recuerdo vago i oscuro de una conspiracion fraguada en aquel año por dos franceses establecidos en

Chile, para ejecutar la independencia de este país. Los hermanos Amunátegui acometieron la investigación de este suceso con una laboriosidad infatigable; i despues de numerosos afanes hallaron en los archivos de la estinguida real audiencia, el proceso orijinal de aquellos desconocidos conspiradores. Como la relacion de ese solo suceso no daba materia mas que para un artículo de revista, o un capítulo de una historia, los autores se vieron en la necesidad de completar las pájinas del libro con noticias i apreciaciones sobre el réjimen colonial, i sobre la condicion i el número de los extranjeros en Chile ántes de la independencia, mui interesantes sin duda, pero casi enteramente desligadas del asunto principal.

Pero el renombre de don Miguel Luis Amunátegui como escritor i como historiador, no descansa solo en las obras que hemos mencionado hasta ahora. En la sesion solemne que celebró la Universidad el 11 de diciembre de 1853, Amunátegui leyó la introduccion de uno de los libros mas notables i hermosos que haya producido hasta ahora la literatura nacional. Titulábase *La dictadura de O'Higgins*. Hasta entónces las memorias históricas presentadas anualmente a la Universidad constaban de ciento o ciento cincuenta pájinas. Amunátegui alteró esta práctica presentando a sus colegas un verdadero libro, un volúmen de 500 pájinas.

La aparicion de *La dictadura de O'Higgins* fué un acontecimiento literario que despertó un interés nunca producido ántes por libro alguno en Chile, i que sirvió de tema de las conversaciones durante algunos meses. Bajo la forma histórica, Amunátegui ha desenvuelto allí, con grande independencia de carácter, los principios políticos que ha profesado siempre, i que por tanto

han constituido el guía de su conducta. Permitasenos hacer una lijera reseña de esos principios.

La opinion que habia imperado en Chile, en la constitucion i en las leyes complementarias, era que el poder ejecutivo, o sea el presidente de la república, debia reunir en sus manos la mayor suma posible de facultades. *La dictadura de O'Higgins* estaba destinada a demostrar con un ejemplo memorable de nuestra historia los funestisimos resultados a que puede conducir un sistema semejante. Sin desconocer la necesidad i las ventajas del principio de autoridad en límites razonables, Amunátegui combate la concentracion de los poderes en una sola mano, porque esto tiende siempre a constituir gobiernos personales i despóticos, en vez de fomentar el desenvolvimiento progresivo de la sociedad. Si bien es cierto que deben reunirse las fuerzas sociales para llevar a cabo aquellas obras o instituciones de interés jeneral que la escasez de recursos o la desidia de los ciudadanos no permitiria realizar conveniente a los simples particulares, importa en todo caso no aglomerar en una persona o en un corto número de personas una gran suma de poder, sino que por el contrario conviene dividir las funciones de la autoridad.

En los años que han trascurrido desde 1853, la instruccion de los chilenos en ciencias políticas i constitucionales ha adelantado tanto que estas teorías no deben sorprender ahora a nadie. Pero es menester trasladarse a la época en que *La dictadura de O'Higgins* fué publicada, a las circunstancias solemnes i aparatosas en que Amunátegui leyó la introduccion de su libro delante de los mas altos funcionarios del Estado i de infinitos hombres que condenaban casi como una blasfemia las doctrinas que de algun modo pugnaban con los prin-

cipios autoritarios consignados en la constitucion de 1833. Solo los que vivieron en aquel tiempo pueden comprender cuán audaces debian parecer las doctrinas que Amunátegui sostenia en su libro.

Esas doctrinas están perfectamente concretadas en el discurso de introduccion, que por su forma i su elegancia es una de las mejores piezas que se haya leído jamas en el recinto de la Universidad. El cuerpo del libro está destinado a referir de la manera mas dramática e interesante posible la historia de la administracion del jeneral O'Higgins, para sacar de ella lecciones que corroboren la teoría sobre los males que ocasiona la concentracion de los poderes en una sola mano.

Este libro, sumamente notable por el arte de composicion, por la manera como están desenvueltos los sucesos, por el interés májico que el autor ha sabido darles i por la correccion casi irreprochable del lenguaje, adolece a mi juicio del mismo defecto de casi todos los libros históricos concebidos bajo el sistema que los preceptistas llaman *ad probandum*. Es verdad que don Miguel Luis Amunátegui cuenta todos los hechos, los que favorecen como los que perjudican a la gloria de O'Higgins; es cierto tambien que en muchas pájinas tributa a éste francos i sinceros aplausos; pero en el conjunto de la obra aparecen en primer término los hechos en que se propone fundar su teoría histórico-política, es decir los errores i las faltas cometidas por ese ilustre patriota para afianzarse en el poder; i se encuentran mas o ménos perdidos en un fondo mas opaco sus grandes esfuerzos para crear ejércitos i escuadra, para asegurar la independencia de Chile, para llevar la libertad al Perú i para impulsar el progreso social i científico de nuestra patria. El mismo Amunátegui reconocia

lealmente estos inconvenientes de su libro; i en diversos trabajos posteriores se empeñó en tributar a O'Higgins el homenaje que se la debia de justicia. Mas de una vez me habló de que pensaba consagrar al gobierno de ese gran patriota un estudio especial en que pudiese dar a conocer sus servicios en un orden de hechos honrosos para su memoria en que hasta entónces no habian fijado su atencion los historiadores nacionales.

He dicho mas atras que este libro produjo una profunda sensacion, i nada lo prueba mejor que el hecho de haberse agotado en unas pocas semanas la numerosa edicion que habia mandado hacer la Universidad. Un editor de Santiago hizo cuatro o seis meses mas tarde una segunda impresion, en que el autor introdujo mui ligeras modificaciones. Esta última se agotó tambien en breve tiempo, i ha sido necesario reimprimirla de nuevo.

I X

Como se comprenderá, la publicacion de aquel libro habia sido un verdadero triunfo para don Miguel Luis Amunátegui. Tres meses mas tarde obtuvo otro no ménos lisonjero. El gobierno habia mandado dar a oposicion la clase de literatura e historia moderna i de América del Instituto Nacional. El entrar en posesion de ella era para Amunátegui, no solo un ascenso en su carrera de profesor, sino una ventaja por cuanto el desempeño de la última le quitaría ménos tiempo que

la que entónces desempeñaba, i lo pondría en comunicacion con estudiantes mas desarrollados, i por lo mismo mejor dispuestos para aprovechar las lecciones del profesor. Así, pues, sin vacilar se inscribió en el número de las personas que se alistaron para el certámen que debia tener lugar en marzo de 1854.

En esta vez, el jurado o comision examinadora, se compuso del rector del Instituto don Antonio Ramirez i de los miembros de la facultad de humanidades don Antonio García Reyes, don Rafael Minvielle i don Manuel Talavera. El tema sorteado para la prueba escrita, fué : « objeto de la historia i manera de tratarla ; » i el de la prueba oral : « la elocuencia i sus diferentes jéneros. »

Nada revela mejor el resultado de este certámen por lo que respecta a Amunátegui, que las palabras siguientes del informe dado por la comision en 20 de abril de 1854. « En la prueba escrita, dice esa pieza, don Miguel Luis Amunátegui ha dado muestras de haber comprendido cumplidamente el tema, presentando en su memoria tal claridad de esposicion, tal fondo de sana doctrina, tan alta idea de las dotes que debe reunir el historiador, que si ellos fueran el patrimonio de todo el que se dedica a escribir la historia, a ejercer esta majistratura política, como dice el autor, este ramo del saber humano llenaria su elevado fin. El señor Amunátegui, desviándose de las clasificaciones hasta cierto punto rutineras de los tratados de retórica, ha tomado por base de su trabajo las obras escritas en diversos tiempos i en especial en los modernos, bajo el influjo de diferentes escuelas históricas ; las ha analizado, i de su apreciacion en el campo mismo de la literatura real, ha deducido los preceptos del arte con una rectitud de

juicio i tan discreta erudicion, que los comisionados han quedado completamente satisfechos del desempeño de esta prueba. » La comision hace elogios análogos de la prueba oral rendida por Amunátegui.

En vista de este informe, el ministro de instruccion pública don Silvestre Ochagavía le nombró profesor de literatura e historia moderna i de América el 27 de abril de ese año. Amunátegui ha desempeñado este cargo hasta su muerte casi sin otra interrupcion que los pocos años en que desempeñó el cargo de oficial mayor del ministerio del interior, i el tiempo que ocupó el cargo de ministro. Consagrando a las tareas de la enseñanza todo el entusiasmo i toda la contraccion que pueden exigirse, prestó a esta noble causa los servicios mas valiosos. No es el menor resultado de sus afanes el haber contribuido poderosamente a despertar en la juventud el amor a la lectura séria i el haber guiado con sus preceptos i sus consejos los primeros pasos en la carrera literaria de muchos de los jóvenes escritores de nuestro suelo.

X

La incansable actividad literaria de don Miguel Luis Amunátegui se dió tiempo para emprender nuevos trabajos en medio de los afanes de la administracion i de las tareas del profesorado. A fines de aquel mismo año de 1854, dió a luz un nuevo volúmen de cerca de 400 pájinas en 8.º, escrito como muchas de sus otras obras, en colaboracion con su hermano don Gregorio Víctor.

Bajo el título de *Biografías de americanos*, contiene aquel volúmen una estensa vida de don Andres Bello a que hemos aludido ántes, i que ocupa cerca de 230 pájinas, i noticias mas cortas sobre don Simon Rodriguez, Camilo Henriquez, don Manuel Salas i el cronista de la guerra de la independenciam don José Rodriguez Ballesteros. Aunque estas últimas biografías son noticiosas e interesantes, sobre todo la del socialista americano don Simon Rodriguez, cuyas doctrinas están bien estudiadas i espuestas con una claridad que nos hace recordar los famosos estudios de M. Luis Reybaud sobre los reformadores modernos, es sin disputa la vida de Bello la pieza capital de este importante volúmen.

Los Amunáteguis, como ya dijimos en otra parte, habian recojido el inmenso caudal de noticias que contiene este trabajo de los labios mismos del sábio americano, cuyas confidencias íntimas recibian cada dia para darles mas tarde la forma bien elaborada de una vida completa. Así pudieron consignar noticias mui interesantes i enteramente desconocidas sobre los primeros dias de la revolucion de Venezuela en 1810, i sobre la juventud del famoso libertador de Colombia, Simon Bolívar. Los historiadores de aquel país han podido aprovechar las investigaciones que sobre esos sucesos hicieron los hermanos Amunáteguis. El doctor don Felipe Larrazábal, en el primer tomo de su estensa e importante *Vida de Bolívar*, publicada en Nueva York en 1835, i otros historiadores venezolanos, han citado con respeto la autoridad de los historiadores chilenos, i han sacado del libro de éstos algunas noticias importantes.

La *Vida de don Andres Bello* que escribieron los Amunáteguis, es tambien notable bajo otro aspecto. Se sabe

que el ilustre sábio americano escribió sobre muchas i mui variadas materias, de manera que el exámen de sus obras exige conocimientos sobre diversos ramos del saber humano. Los Amunáteguis manifestaron en esa ocasion que se hallaban en estado de hacer el análisis detenido i cabal de todas esas obras, tanto de las que se refieren a la lengua castellana como de las que tratan de derecho internacional, de filosofia i de las mas intrincadas cuestiones de erudicion i de historia literaria. Solo buscaron un colaborador para este estudio; i éste fué don José Eujenio Vergara, que analizó los trabajos de don Andres Bello acerca de la lejislacion civil.

X I

Poco ántes de ese época, el gobierno chileno, por decreto de 12 de junio de 1853, habia ofrecido un premio de mil pesos al autor nacional o extranjero que ántes de dos años presentase a un certámen especial el mejor libro sobre instruccion primaria. Segun ese decreto, las memorias debian tratar estos tres puntos diferentes : 1.º Influencia de la instruccion primaria en las costumbres, en la moral pública, en la industria i en el desarrollo jeneral de la prosperidad nacional; 2.º Organizacion que conviene darle atendidas las circunstancias del país; 3.º Sistema que convenga adoptar para procurarse rentas con qué sostenerla.

Un jurado compuesto de don Andres Bello, don José Manuel Orrego, don Manuel Carvallo, don Ventura

Blanco Encalada i don Francisco de Borja Solar, debia dictaminar sobre el mérito de las obras presentadas al certámen. Escusado parece advertir que, como se practica invariablemente en los concursos que abren las facultades de la Universidad, las memorias debian presentarse anónimas, pero acompañadas de una contraseña para conocer a su debido tiempo quién era el autor de cada una de ellas.

Presentáronse siete memorias a este certámen. Una de ellas era escrita por don Domingo Faustino Sarmiento, que goza con justicia del crédito de ser uno de los mas eminentes educacionistas americanos. La comision, despues de examinar detenidamente las siete memorias presentadas, discernió el premio a una que llevaba este título : *De la instruccion primaria en Chile : lo que es, lo que deberia ser*. Esta memoria habia sido escrita por los hermanos Amunáteguis, que despues de una série de triunfos de esta naturaleza, estaban destinados a obtener el premio en todos los certámenes a que concurriesen.

La comision informante, apreciando aquella obra, dice, entre otras cosas, las palabras que siguen : « El estilo correcto, natural i fluido de esta obra, la buena clasificacion de las materias que trata i la copia de documentos con que se ilustran, muestran a la vez en su autor, un espíritu observador mui sagaz, i teson poco comun para desempeñar con asiduo trabajo i con ciencia la tarea que se impuso, i en que ha logrado el éxito mas feliz. » La memoria de los hermanos Amunáteguis fué publicada a espensas del estado el año de 1856.

Habríamos querido hacer aquí un brevísimo análisis de esta obra tan importante por el fondo como agradable i amena por las formas literarias. Pero cedemos la pala-

bra a un juez mucho mas competente, que en Chile i en Europa goza de una reputacion sólidamente asentada. El célebre economista i filósofo don Juan Gustavo Courcelle Seneuil escribió sobre ella un notable artículo que fué publicado en el *Journal des économistes* de Paris el 15 de junio de 1856. Despues de analizar la obra de los hermanos Amunáteguis, resume su juicio en esta forma : « Toda la parte del libro que se refiere al estado actual de la instruccion primaria i a los detalles técnicos de su organizacion, es tratada con una gran superioridad. Empleados importantes en el ministerio de Instruccion Pública, los señores Amunáteguis se hallaban bien colocados para recojer noticias positivas. Al mismo tiempo, un conocimiento profundo de las obras de pedagogia publicadas, sea en Europa, sea en los Estados Unidos, el conocimiento de la teoría, en una palabra, les permitia estimar en su justo valor los datos de la práctica.

« En sus apreciaciones del estado de la instruccion primaria en Chile i de las consecuencias de este estado de cosas sobre el presente i el porvenir, no han temido decir todo lo que consideraban verdad, sin miedo de herir susceptibilidades poco ilustradas ni de incurrir en las censuras europeas. Esta manera viril de decir la verdad completa, es bastante rara en las dos Américas para que dejemos de notarlo aquí.

« Señalaremos todavía en este libro otra cualidad que es rara en las publicaciones americanas : la ausencia de todo espíritu de denigracion contra la Europa, sin que esto sea el efecto de un propósito deliberado. En una palabra, hallamos en el libro de los señores Amunáteguis una imparcialidad libre i elevada.

« En cuanto a la forma literaria, bien que ésta sea

solo un accesorio en un trabajo de esta naturaleza, se observan en el libro que analizamos, la elegancia i el brillo que distinguen otras obras de los mismos autores, quienes, aunque jóvenes todavía, han publicado muchos volúmenes mui notables sobre la historia de su país.

« Así, este libro es digno bajo todos aspectos de ser consultado, no solo por los habitantes de Chile, sino tambien por todas las personas que estudian el gran problema de la difusion de la instruccion primaria. Para la Europa, i sobre todo para la Francia, que se interesa con tan justo título por el progreso de las repúblicas hispano-americanas, el libro de que tratamos i las circunstancias en que se ha publicado, son una nueva prueba de que entre esas repúblicas hai una cuyo gobierno i cuyos ciudadanos piensan en el porvenir, seriamente, sin ilusion i sin debilidad, i se hallan determinados a estudiar resueltamente el grave problema espuesto delante de ellos, a dirijir las sociedades nacies por una senda digna de la civilizacion del siglo XIX, aprovechándose de toda la esperiencia de los otros pueblos i de todos los trabajos de la ciencia. Este grande hecho merece en el mas alto grado fijar la atencion de los pensadores que se interesan en los progresos de las distintas ramas de la familia neolatina. »

Las palabras que dejamos copiadas resumen, como ya dijimos, el juicio de tan ilustre crítico. M. Courcelle Seneuil, ha hecho, durante muchos años, el análisis de las obras que de alguna manera se relacionan con las ciencias sociales, para la revista de economia política que acabamos de recordar. Sus juicios se distinguen por una severidad a veces un poco intransijente, i por esa honradez inquebrantable que aleja de sus escritos todo espíritu de debilidad o de complacencia. Así, pues,

los aplausos tributados al libro de los hermanos Amunáteguis en el artículo que hemos extractado, espresan fiel i estrictamente la opinion de un juez tan competente.

XII

Muchas de las ideas indicadas por aquellos escritores en el libro que acabamos de mencionar fueron puestas en planta en Chile mas tarde o mas temprano. Esa obra ha ejercido bajo este aspecto una grande influencia en los progresos que Chile ha hecho en materia de instruccion pública durante los últimos treinta años.

Pero la propagacion de la enseñanza primaria debe otro servicio mucho mayor todavía al libro a que nos referimos. Los autores sostenian en él que para fomentar la instruccion en nuestro país era necesario sacudir la apatía i la indolencia de nuestra raza por los progresos sociales, que era indispensable que en Chile, como en Inglaterra i en los Estados Unidos, los particulares propendiesen con sus esfuerzos individuales i colectivos a la realizacion de la santa obra de ilustrar al pueblo. Con este motivo, proponian la fundacion de sociedades privadas que tomasen a su cargo una parte de tan difícil tarea, puesto que era casi imposible que el gobierno la desempeñase por sí solo, completa o satisfactoriamente.

Para poner en práctica estos importantes consejos, para probar que era hacedero i posible lo que hasta entonces podia considerarse como una simple utopia, don Miguel Luis Amunátegui buscó a sus amigos, les indicó

el pensamiento de realizar aquella obra; i poniendo en ejercicio la actividad incansable que siempre ha desplegado en trabajos de esta naturaleza, consiguió constituir la sociedad de instruccion primaria de Santiago. Recuerdo todavía el ardor que desplegó en este trabajo, i el entusiasmo i la modestia con que saludó la realizacion de su obra en un hermoso discurso pronunciado en la instalacion solemne de aquella sociedad.

En aquella época, muchas personas auguraban que la nueva institucion, resultado de las ilusiones juveniles, no habia de durar largo tiempo. Todos estos desagradables vaticinios salieron frustrados. La sociedad de instruccion primaria ha vivido hasta ahora i ha prestado los mas importantes servicios a la difusion de las luces. Su primer directorio se puso en comunicacion con muchas personas establecidas en las provincias, i éstas promovieron la creacion de instituciones análogas en otras ciudades, que las mantienen todavía. El ejemplo de esta sociedad ha bastado para inducir a muchas personas a establecer otras que tienen un objeto igual; i en nuestro tiempo es un hecho brillantemente comprobado que la idea propuesta i defendida por don Miguel Luis Amunátegui en 1855, no solo no es una utopia, sino que ha prestado los mas útiles i eficaces servicios a la difusion de la instruccion pública. Antes de pasar adelante advertiremos que Amunátegui fué por varios años miembro del directorio de la sociedad de instruccion primaria de Santiago.

Al lado de estos trabajos, don Miguel Luis Amunátegui ejecutó todavía algunos otros para estimular con todas sus fuerzas el cultivo de las letras i la difusion de los buenos conocimientos. En los diarios i periódicos de esa época insertaba frecuentes artículos críticos sobre

las obras mas importantes que se publicaban en nuestro país. En 1856, ademas, dió a luz un *Compendio de la historia política i eclesiástica de Chile*, que habiendo sido aprobado por la Universidad como testo de enseñanza, ha servido útilmente en los colejos i en las escuelas i ha tenido numerosas ediciones. Ese librito, sumamente elemental i compuesto solo de poco mas de 150 pájinas en 8.º, escritas con tanta sencillez como claridad, revela, sin embargo, a primera vista que el autor no estuvo reducido a extraer tal o cual obra, o a modificar otros compendios, sino que poseia ese conocimiento profundo de la materia que muchas veces se echa de ménos en los libros elementales.

En aquella época, el gobierno chileno, acogiendo con entusiasmo una idea que le habia suministrado don Domingo Faustino Sarmiento, dispuso la formacion de bibliotecas populares anexas a cada escuela, i decretó el gasto necesario para la publicacion de libros de lectura fácil e instructiva a fin de dotar esos establecimientos. Don Miguel Luis Amunátegui, en su carácter de jefe de seccion del ministerio de instruccion, redactó los reglamentos del caso, i dirijió con todo acierto la eleccion i la impresion de las obras que debian componer esas bibliotecas. Tradujo e hizo traducir las biografias de personajes célebres escritas por Lamartine, que por la forma elegante i poética, i por la moral elevada de su fondo, estaban perfectamente concebidas para satisfacer aquel objeto. Reimprimió igualmente algunas de las obras de Washington Irving i de Prescott, contribuyendo así a popularizar los buenos libros sobre la historia americana. Buscó i publicó algunas obritas sobre artes industriales para propender a la difusion de los conocimientos útiles. Si mas tarde se publica-

ron igualmente algunos libros que por la elevacion de su doctrina o por otros motivos no estaban perfectamente calculados para despertar en el pueblo el amor a la lectura, no debe acusarse de ello a Amunátegui, que desde 1858 dejó de tener participacion en aquella obra. Seguramente, si él hubiera seguido al frente de la direccion de las bibliotecas populares, esta institucion habria afianzado definitivamente su prestijio.

XIII

A mediados de 1857, la tranquilidad política que existia en Chile desde algunos años atras, desapareció por completo. Como era natural que sucediese, los vencedores en las conmociones civiles de 1854, se dividieron con el trascurso del tiempo, i los vencidos, por su parte, se recobraron de su abatimiento. Las cuestiones políticas tornaron a ponerse en tabla i a debatirse con calor.

Escusado nos parece recapitular aquí los antecedentes que produjeron aquella situacion, i las peripecias que mas tarde la desarrollaron. Escribimos solo la vida de don Miguel Luis Amunátegui, el cual desempeñaba todavía un papel mui subalterno en la política; i por tanto nos limitamos a referir los hechos en que intervino mas o ménos directamente. Se sabe que aquella situacion dió orijen a un cambio de ministerio en 27 de setiembre de 1857, i que entónces subieron al gobierno don Salvador Sanfuentes, como ministro de justicia, i

don Francisco de Borja Solar, como ministro de Hacienda.

La organizacion de este ministerio tendia a un objeto de conciliacion bastante análogo bajo mas de un aspecto, al que se habia buscado en junio de 1849, con la formacion de un gabinete de que hicieron parte Pérez, Tocornal i García Reyes. Las diferencias mas esenciales que habia entre el uno i el otro caso, eran solo las provenientes de la diversidad de las circunstancias. El fin a que se aspiraba en 1849 era la creacion de un partido poderoso, formado en cuanto fuera posible con los elementos mas sanos i templados de los dos partidos contendientes. En 1857 se buscaba ante todo el medio de reunir a los individuos que habian apoyado al gobierno del presidente Montt con el partido liberal.

Don Miguel Luis Amunátegui estaba mui léjos todavía de ser uno de los directores de este partido; pero su influencia habia crecido con el prestigio de sus triunfos literarios, i tenia ahora mucha mas importancia i valimiento que en 1849. Por otra parte, si sus convicciones lo arrastraban a apoyar un plan verdaderamente liberal, i segun el cual debian respetarse las opiniones de todos, de los amigos i de los adversarios, para hacer cesar el descontento i para guiar el país por el camino de las reformas pacificas i liberales, habia todavía otros motivos que lo arrastraban a sostener al nuevo ministerio. Figuraban en él dos hombres por quienes profesaba sincera estimacion.

El señor Solar, rector del Instituto una parte de la época en que Amunátegui hizo sus estudios i en el tiempo en que se inició en la carrera del profesorado, era para éste un maestro querido a la vez que un amigo sincero i estimado. Don Salvador Sanfuentes, liberal de 1849,

tan honrado como inteligente, habia contraído con Amunátegui en la política, en la Universidad i en la literatura, una de esas amistades estrechas i arraigadas que nada puede alterar, i que nada puede hacer desaparecer, como se ha probado cuando hemos visto al segundo hacer un culto de la memoria de aquél, escribir su vida, publicar sus obras inéditas, defender su nombre ilustre en toda ocasion i en todo momento. Así, pues, debe comprenderse fácilmente cómo Amunátegui, por un doble motivo, aceptó con gran decision el plan político propuesto por el ministerio de 1857. En la esfera de su posicion, modesta todavía, se esforzó con ardiente entusiasmo por que se le llevara a cabo. Desgraciadamente, por exigencias de una i otra parte, i por un conjunto de circunstancias estrañas al objeto de este escrito, i cuya esposicion nos llevaria demasiado léjos, no tardaron en desvanecerse tan patrióticas esperanzas. Los ministros Sanfuentes i Solar se retiraron del poder a los pocos meses. Los liberales volvieron a ponerse en pugna con los gobiernistas; i don Miguel Luis Amunátegui siguió fiel i lealmente a sus amigos políticos.

A consecuencia de la ruptura ocurrida entre los liberales i gobiernistas, o nacionales, segun la denominacion que entónces adoptaron, se formó entre los liberales i los conservadores, para auxiliarse mutuamente en las elecciones de 1858, una liga o fusion que estaba destinada a subsistir hasta muchos años despues. La contienda política siguió ajitándose con un ardor estraordinario. A los ataques de la prensa, i a los calorosos debates que sostenian en el congreso los pocos opositores que habian conseguido entrar a él, se siguieron en breve los banquetes políticos, como medio empleado por la oposicion de mostrar sus fuerzas a sus adversarios.

Habiendo Amunátegui asistido a uno de éstos en octubre de 1858, fué destituido de su cargo de jefe de seccion del ministerio de instruccion pública. La administracion perdió entónces uno de sus empleados mas inteligentes i laboriosos. Aquella medida, condenada entónces con violencia por la prensa de oposicion, se esplica sin embargo suficientemente por la efervescencia propia de las conmociones civiles. Ella demuestra, por otra parte, que Amunátegui, a pesar de la debilidad que se le atribuia, i de la ambicion a empleos que alguna vez le reprocharon con mucha injusticia sus adversarios, supo cumplir siempre sus compromisos políticos, i no temió nunca sacrificar el destino que ocupaba a la lealtad de sus convicciones.

Los sucesos políticos de aquellos años, acercaron a los hermanos Amunáteguis a un hombre mui distinguido, que figuraba con brillo como uno de los mas ilustres jefes del partido conservador. Don Manuel Antonio Tocornal, por la estension de su intelijencia, por la honorabilidad de su carácter, por la templanza de sus convicciones, estaba dispuesto a hallar la justicia i el mérito donde existieran, i estaba por esto mismo destinado a contraer con don Miguel Luis Amunátegui, a pesar de la diverjencia de opiniones en muchos puntos de la política, una amistad tan sólida como duradera. Este último profesó al primero el respeto i la admiracion a que lo hacian acreedor sus grandes virtudes públicas i privadas, i le ofreció sus servicios con aquella lealtad i con aquella decision que siempre ha puesto en sus relaciones con sus amigos. Tocornal le correspondió con el mas tierno cariño, i con una confianza sincera e ilimitada que no desmintió jamas. Cuando en agosto de 1867, Tocornal se sintió en los últimos momentos de la

vida, hizo llamar a los Amunáteguis junto a su lecho de muerte para despedirse de ellos con las palabras mas tiernas, i para darles los consejos del mas cariñoso de los amigos. En su testamento les legó, como recuerdo de su amistad, uno de los mas valiosos cuadros que poseia, i que los Amunáteguis han conservado con profunda estimacion, mas que por su mérito artistico, como un testimonio de la amistad de un ciudadano tan ilustre.

La lucha política de 1857 i de 1858, condujo, como se sabe, a las revueltas políticas a mano armada en 1859. Don Miguel Luis Amunátegui, aunque partidario de las reformas liberales, i aunque en muchos puntos estaba en diverjencia con su amigo Tocornal, seguia en materia de revoluciones la doctrina de éste, considerando siempre tan funestos los golpes de autoridad como las insurrecciones de los pueblos, que a su juicio no deben hacerse sino en casos especialisimos, como cuando se trata de asegurar la independenciam del país o cuando no hai otro medio de alcanzar la libertad. Asi se comprenderá que, simpatizando francamente con las reformas pedidas entónces i guardando a sus amigos una lealtad firme e imperturbable, Amunátegui no tomase parte, ni siquiera indirecta, en la preparacion de los sucesos que turbaron la tranquilidad del país en 1859.

XIV

Sin dejarse absorber completamente por las cuestiones políticas, que sin embargo seguía i discutía con el mayor interés, don Miguel Luis Amunátegui no descuidaba entre tanto el cultivo de las letras. En ellas, por el contrario, hallaba la satisfacción de uno de sus más nobles gustos, i a ellas consagraba todo el tiempo que le dejaban libre los trabajos que emprendía en servicio público. El año de 1858 insertó varios artículos en la *Revista del Pacífico*, que aparecía en Valparaíso. En 1859 escribía igualmente en el periódico literario titulado *La Semana*, que daban a luz en Santiago don Justo i don Domingo Arteaga Alemparte.

Este último año, se le presentó la ocasión de preparar uno de los libros que lo han hecho más conocido i más popular en toda la América. La facultad de humanidades había señalado en 1858 para su certámen del año siguiente, uno designado en estos términos: « Juicio crítico sobre las obras más notables de los principales poetas hispano-americanos. » Los hermanos Amunáteguis se sintieron estimulados por este tema, i con el ardor i la laboriosidad que siempre ponían en la ejecución de sus trabajos, compusieron el libro que lleva el título de *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. A pesar de que, como ellos lo declaraban al frente de su obra i hasta en el mismo título, la extensión del tema propuesto solo les había permitido hacer

el análisis de las obras de algunos de los mas ilustres poetas americanos, su libro fué premiado por la referida facultad, en vista de un informe mui lisonjero que dieron los señores don José Victorino Lastarria i don Joaquin Blest Gana.

La obra aludida contiene las biografias de quince poetas hispano-americanos, seguidas cada una de ellas de un estenso i minucioso análisis de sus producciones poéticas. En algunas ocasiones hemos oído decir, aun a personas regularmente ilustradas, que este libro adolece de dos defectos. Primero, que no siendo los autores propiamente poetas, no se hallan en estado de juzgar ese impulso del alma que se llama poesía. I segundo, que las inclinaciones del profesor se dejan sentir demasiado en la crítica, arrastrando a los autores a censuras de lenguaje que parecen nimias.

Por mi parte, debo declarar que no participo de esta opinion. Sin necesidad de una vasta erudicion literaria, se sabe que no es menester ser poeta para juzgar del mérito de las obras de imajinacion; mas aun, que el talento del crítico es casi siempre diferente del talento del poeta. Para no citar mas que cuatro ejemplos entre mil, bastará recordar que Johnson i Blair, en Inglaterra, Villemain i Planche, en Francia, han podido hacer la crítica majistral de la poesía sin haber escrito un solo verso. Por otra parte, no se puede acusar de rigorosas i de nimias las críticas de los hermanos Amunáteguis porque han censurado las formas literarias de algunos de los poetas de nuestro continente, sobre todo si se toma en cuenta que la incorreccion era uno de los defectos mas jenerales de la poesía americana. Se comprende que este defecto puede tolerarse con mayor induljencia en las obras que tienen otro interés que el

de las formas i el de la imaginacion, como seria, por ejemplo, un tratado científico, un escrito de filosofía i aun la historia, porque entónces los atavíos del estilo no son precisamente necesarios, desde que hai un fondo de ciencia o de investigacion que puede interesar por sí mismo. Pero en las obras poéticas no puede en manera alguna aceptarse la imperfeccion, ya sea gramatical, ya sea métrica, de la forma esterna.

Cualquiera que sea el juicio que el lector se forme sobre este libro, no es posible desconocer el gran trabajo de erudicion i de estudio que revela a su primera lectura. Los hermanos Amunáteguis recojieron con una paciencia infinita noticias biográficas i literarias acerca de cada poeta i de las circunstancias en medio de las cuales le tocó vivir, han leído i clasificado uno a uno todos sus escritos, i han hecho la esposicion de ellos con una claridad i con una transparencia que revelan la seriedad de su preparacion. Si algun defecto real i efectivo puede reprocharse a este libro, es el que sus autores no hayan podido cumplir la promesa que hicieron en su introduccion, de completarlo mas tarde con el análisis de las obras de otros poetas. Debíó estimularlos a continuar este trabajo la aceptacion con que la parte publicada fué recibida en los pueblos americanos, donde los diarios i periódicos han reproducido estensos fragmentos, i han discutido o elojado su mérito literario.

X V

Por esa misma época, don Miguel Luis Amunátegui suplió por algunos meses el cargo de secretario jeneral de la Universidad. Para llenaren propiedad este destino, se requiere la eleccion efectuada por todos los miembros de la corporacion en una sesion a que son citados exprofeso desde un mes ántes. Habiendo renunciado en 1860 el propietario, don Francisco Vargas Fontecilla, la Universidad fué citada a claustro pleno para el 16 de diciembre de ese mismo año. En aquella sesion, don Miguel Luis Amunátegui fué designado por unanimidad, esto es con el voto de un número considerable de sus adversarios políticos, para ocupar el primer lugar en la terna que debia pasarse al presidente de la república. El gobierno confirmó esta eleccion por decreto de 27 de diciembre.

Desde entónces, don Miguel Luis Amunátegui desempeñó este destino con la escrupulosidad i con el entusiasmo que debian esperarse de sus antecedentes. Tomaba parte en *todas las cuestiones* que se debatian en el seno del consejo, estudiando prolijamente cada punto, ya sea que se tratase de un asunto científico ya de la reglamentacion de la enseñanza. Cada vez que se discutia algo sobre este último particular, Amunátegui investigaba con una prolijidad incansable todo lo que sobre el mismo punto existe o se ha propuesto en los países mas adelantados, en Alemania, en Francia, en Ingla-

terra i en los Estados Unidos. Sostenia alli con una lójica invariable i a veces con una elocuencia poderosa, la existencia del estado docente, la necesidad indeclinable en que la nacion se halla de difundir la instruccion gratuitamente i en todos sus grados, no solo para que puedan gozar de sus beneficios los que no tienen con qué pagarla, sino para fomentar el desarrollo de la enseñanza en esa vasta escala a que debe aspirar el patriotismo ilustrado, i a que no puede llevarla el interés de la especulacion particular. En los años trascurridos desde entónces acá, no se ha iniciado en el consejo universitario una sola idea jenerosa, un solo pensamiento de reforma i de progreso científico para el país, que no haya tenido por autor a don Miguel Luis Amunátegui, o de que no haya sido éste el mas activo i eficaz cooperador. Reclamando siempre para todos la libertad de enseñanza, ha sostenido tambien firme i resueltamente la prudente seriedad en las pruebas i la conveniencia de que la Universidad no dispense sus diplomas sino a los individuos que han adquirido la preparacion indispensable para merecerlos.

En este puesto, don Miguel Luis Amunátegui estaba tambien en la situacion de prestar servicios de otro orden a la juventud estudiosa. Si por la seriedad de su carácter i por la conviccion de sus opiniones acerca de la necesidad de difundir los buenos conocimientos, fué habitualmente enemigo de las dispensas de estudios, prestaba en cambio sus bondadosos servicios a todos los jóvenes cuando se trataba de allanar una dificultad en los trámites o de pedir un consejo. La afectuosa franqueza con que en estas ocasiones Amunátegui recibia a los estudiantes, sin enfadarse por exigencias a veces impertinentes, i sin demorarlos nunca en la tramitacion

de sus jestionés, contribuyó no poco a afirmar el cariño que sus servicios de profesor i de escritor le habian granjeado en el ánimo de la juventud.

Una de las cualidades que mas han distinguido a Amunátegui en el desempeño de este puesto i que mas lo han hecho estimar de los que lo han visto de cerca en el trabajo, es la rectitud incontrastable en todos sus actos. Se sabe que desgraciadamente hai todavía en nuestro país algunas personas que piden como un favor el que se exima a sus hijos de tales o cuales estudios, o que se les apruebe cuando no tienen la conveniente preparacion. Compañero de Amunátegui en todos estos trabajos, durante muchos años, no he podido ménos de admirar la prudencia con que ha armonizado la suavidad habitual i ordinaria de su trato, con la firmeza incontrastable para resistir imperturbablemente a esas i a otras exigencias que no creia justificadas.

XVI

Hemos referido ya que en 1852 el rector de la Universidad don Andres Bello, encargó a Amunátegui la composicion de la memoria histórica cuya introduccion debia leerse en la sesion solemne del año siguiente, i hemos consignado que éste fué el motivo de la publicacion de *La dictadura de O'Higgins*. El deber de Amunátegui a este respecto estaba cumplidamente llenado. Pero habiéndose negado varios miembros de la Universidad a desempeñar esta tarea en algunos de los años

subsiguientes, don Andres Bello volvió a pedir a Amunátegui que ejecutara el mismo trabajo para 1861.

Hasta entónces, casi la totalidad de las memorias universitarias habia buscado para tema los asuntos del tiempo de la revolucion de la independenciam. Amunátegui creyó que en la historia de la conquista habia tambien un ancho campo para hacer un libro interesante i dramático, i para recojer provechosas lecciones para el presente i para el porvenir.

Tal fué el orijen del admirable libro titulado *Descubrimiento i conquista de Chile*, que a la época de su publicacion fué considerado no solo la produccion mas notable que hubiera salido de la pluma de Amunátegui, sino la primera obra de la literatura chilena. El rápido análisis que vamos a hacer de ella, probará que nuestra conviccion no es exajerada.

El libro se abre por una brillante introduccion que fué leída en la sesion solemne celebrada por la Universidad, el 6 de octubre de 1861. Esa introduccion, concebida con un elevado espíritu filosófico, parece el desenvolvimiento del discurso que precede a *La dictadura de O'Higgins*, porque una i otra pieza tienden a la demostracion de una idea fundamental. En 1853, Amunátegui habia manifestado al referir la administracion de O'Higgins, que los gobiernos personales, en que todo el poder público se halla en las manos de un hombre o de algunos hombres, tienden necesariamente, i a pesar de las mejores intenciones, a enjendrar el despotismo, a privar a los gobernados de toda iniciativa i a producir una situacion que entorpece el progreso social. En 1861, Amunátegui, tomando por base de su disertacion preliminar la historia de la conquista española en América, demuestra con toda evidencia que los pro-

dijos operados por unos cuantos centenares de soldados castellanos que subyugaron un continente en cerca de medio siglo, teniendo que luchar con los hombres i con la naturaleza, fueron debidos a la iniciativa individual de esos audaces aventureros. Léjos del poder central de la metrópoli, ajenos a toda sujecion a un rei que vivia a millares de leguas, ellos acometieron i consumaron por su propio impulso esas empresas temerarias i felices que parecen mas bien el asunto de una epopeya que los hechos de la historia. Amunátegui esplica en seguida que cuando la conquista fué afianzada, cuando los reyes de España reglamentaron desde su palacio de Madrid todos los detalles de la administracion de estos países, desapareció por completo la iniciativa individual, i principió el réjimen de la colonia, triste, monótono, sombrío, como un dique puesto para impedir la corriente de la civilizaci3n. La historia nacional no tenia hasta ent3nces pájinas mas filosóficas e instructivas que las que forman aquella introduccion. En otras obras posteriores, Amunátegui ha podido dar mayor desarrollo a este 3rden de ideas.

En seguida entra Amunátegui a referir en todos sus pormenores la historia del descubrimiento de Chile. Los antecedentes de este hecho, es decir la conquista del Perú, están contados en unas pocas pájinas con toda nitidez i con rasgos de colorido que no se encuentran aun en las mejores historias. El viaje de Almagro al través de la cordillera, forma despues uno de esos cuadros en que no se sabe qué admirar mas, si la prolijidad de la investigacion o el colorido de la descripcion.

La historia de la conquista propiamente dicha, ocupa la mayor parte del libro. Un eminente literato francés, M. Michel Chevalier, ha demostrado que ninguno de

los poemas épicos antiguos o modernos, tiene mas interés i mas animacion que ciertas pájinas de la historia de la conquista de América. Esta observacion es profundamente exacta si se toman en cuenta los viajes de Colon i de Balboa, i las conquistas de Méjico i del Perú; pero la conquista de Chile, contada en todos sus pormenores, como la de otros de los países americanos, parecia contradecirla abiertamente. El ejemplo mismo de Ercilla revelaba la dificultad de dar interés a la historia de la conquista de nuestro país, puesto que el cantor de la *Araucana* se vió obligado a eliminar de su poema un gran número de hechos, o mas propiamente a no referir sino aquellos que tenian un efecto poético, sin poder darle no obstante la unidad de accion i de interés. Amunátegui, con todo, ha sabido probar que la opinion de M. Chevalier es perfectamente exacta; i que estudiando las antiguas crónicas en sus mas menudos detalles, compulsando prolijamente todos los documentos, se puede dar a la historia de la conquista de nuestro suelo ese interés arrobador que solo es el patrimonio de las obras de imaginacion. Las figuras de Pedro de Valdivia, de Villagran, de Hurtado de Mendoza i la de tantos otros capitanes i soldados, cobran en su narracion, bajo el poder vigoroso de su pluma, tanta vida que nos parece conocerlos como si los viéramos. Ahí están contados con la mas artificiosa sencillez los horrores i el heroismo de la conquista, las luchas i sufrimientos de las dos razas rivales, i están esplicadas con singular maestría las ideas, las preocupaciones, los sentimientos de aquellos héroes, cuyas hazañas nos habia referido la historia hasta entónces de una manera incompleta, con palidez i sin lucimiento.

El estudio de las fuentes históricas que deja ver este

libro es verdaderamente considerable. Sin embargo, el hallazgo i la publicacion de nuevos documentos ha permitido echar mas luz sobre ciertos hechos i sobre ciertos caracteres, i aun rectificar algunos detalles. A pesar de esto, el libro de Amunátegui no necesita rehacerse. Para ponerlo al corriente de la nueva investigacion, habria bastado hacer algunas modificaciones de detalle en algunas de sus pájinas. Desgraciadamente, la segunda edicion de este libro hecha en Leipsig, es solo una reproduccion de la primera.

XVII

La aparicion de la obra que acabamos de mencionar, coincidia con un cambio administrativo i político que habia de dar oríjen a que en breve Amunátegui figurase en la escena pública desde puestos mas espectables que los que hasta entónces habia ocupado. El 18 de setiembre de 1861, don José Joaquin Pérez habia tomado el mando de la república. Los antecedentes de éste, el papel que habia desempeñado anteriormente en la política i en la administracion, i el hecho de no haber intervenido en las encarnizadas luchas que acababan de trasecurrir, eran la garantía de que su subida al gobierno significaria la inauguracion de una nueva política. Don Miguel Luis Amunátegui, como todos sus amigos liberales, prestó la mas decidida adhesion al nuevo gobierno.

Por esa época, esto es, a principios de 1862, se fundó

en Santiago un periódico titulado *El correo del domingo*, en que se destinaron algunas columnas a la defensa de la nueva administracion, o a recomendarle el camino que podia seguir. Don Miguel Luis Amunátegui fué uno de los mas útiles colaboradores de esa publicacion. Escribió particularmente para ella una série de notables artículos en que, despues de examinar con pleno conocimiento de causa el estado de la instruccion secundaria en Chile, propone las reformas que convenia introducir.

Pocos meses de gobierno llevaba el nuevo presidente cuando ya don Miguel Luis Amunátegui se vió obligado a tomar una injerencia inmediata i activa en la administracion pública. En julio de 1862 fué llamado al ministerio del interior i de relaciones esterioreas su amigo don Manuel Antonio Tocornal. Proponíase éste dar una nueva direccion a la política, sosteniendo una lucha encarnizada con un congreso, con municipalidades i con casi todo el personal administrativo, hostiles al nuevo ministerio. Tocornal exijió de Amunátegui que lo acompañase en la tarea como su secretario, esto es, como oficial mayor del ministerio del interior.

Pero aquel puesto no ofrecia ninguna ventaja para Amunátegui. Su posicion de fortuna, sin ser verdaderamente brillante, habia dejado de ser angustiada. Las tareas administrativas iban a alejarlo de la literatura i de sus trabajos queridos. Tenia que abandonar la direccion de su clase en el Instituto para ocupar una posicion evidentemente mui inferior a su mérito i a su prestigio, i para echar sobre sí un trabajo que en aquellas circunstancias debia ser abrumador. Sin embargo, no pudo resistir a las exigencias de Tocornal, sobre todo cuando supo por éste que su plan político se reducía a amortiguar los odios civiles enjendrados por una larga

contienda i a afianzar el ejercicio de la mas ámplia libertad práctica.

El cargo de ministro del interior era en aquellas circunstancias, excesivamente laborioso i delicado. La empresa de calmar a los partidos belijerantes era mucho mas dificultosa de lo que puede imaginarse ahora. A pesar de la rectitud, de la sagacidad i de la cortesanía admirable que caracterizaban a Tocornal, tropezó éste con las resistencias mas sérias i violentas. La hostilidad del congreso lo forzaba a vivir, puede decirse así, en las sesiones de ambas cámaras, procurando imprimir con su elocuente palabra una direccion acertada a la opinion pública. Tuvo entónces que discutir sobre las materias mas árduas i mas variadas. Aquel eminente orador desplegó en esta espinosa situacion una habilidad sorprendente i una entereza verdaderamente heróica para resistir a tantas fatigas, que sin duda acortaron su preciosa existencia. Al propio tiempo, tenia que atender a muchos i graves asuntos administrativos. Baste citar entre otros, el equipo i reglamentacion del ferrocarril de Santiago a Valparaiso que por entónces debia entregarse al tráfico en toda su estension, i que era la primera empresa de este jénero cuya administracion estaba a cargo del gobierno.

Don Miguel Luis Amunátegui lo secundó con una actividad extraordinaria en los complejos i delicados asuntos de la política i de la administracion. Frecuentemente tenia que trabajar con mui lijeras interrupciones desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche. La correspondencia solo del ministro con todos los funcionarios de la república i con un gran número de particulares, que Amunátegui redactaba con la mayor escrupulosidad i conformándose a las instrucciones de

Tocornal, mientras éste combatía denodadamente en las cámaras, le ocupaba varias horas del día.

XVIII

No debe extrañarse que Amunátegui se viera forzado a abandonar por el momento sus trabajos literarios. Pero por entonces surgió una de las más importantes complicaciones exteriores. Aludimos al conflicto con Bolivia, originado por la diferencia sobre la soberanía del desierto de Atacama. Algunos escritores i estadistas bolivianos habían sostenido la causa de su país en documentos diplomáticos i en publicaciones que no habían sido hasta entonces refutadas con el debido detenimiento. Amunátegui, que diez años ántes había defendido con éxito los derechos de Chile en la cuestión de límites con la República Argentina, emprendió entonces una nueva serie de estudios para sostener los derechos de Chile en su cuestión con la República boliviana. Este fué el origen del libro publicado por Amunátegui en 1863, con el título de *La cuestión de límites entre Chile i Bolivia*. Dilucidaba allí el asunto bajo un aspecto nuevo i convincente, trayendo al debate razones i documentos ántes desconocidos. No estará de más referir aquí que Amunátegui escribió este libro por su propia iniciativa, que lo imprimió a sus propias espensas para distribuirlo a sus amigos, i que solo cuando estuvo publicado, i cuando se vió el efecto extraordinario que había producido, el gobierno le exigió casi la totalidad de

la edicion para presentarlo como defensa oficial de los derechos de Chile, pagando solo al autor los costos de la impresion.

Esta obra ha sido apreciada en Chile i en el extranjero como la mejor defensa que pudiera hacerse de nuestros derechos en aquella cuestion; pero al mismo tiempo se han reconocido en ella méritos de otro orden. M. Vivien de Saint-Martin, haciendo en su revista de jeografía (*L'année géographique*, tomo III, páj. 305) la bibliografía de las publicaciones jeográficas concernientes a la América del Sur, dadas a luz en aquel año, cataloga el libro de Amunátegui, i agrega unas pocas líneas para dar cuenta de su contenido i para apreciar su mérito. « En este escrito, dice el célebre jeógrafo, el autor trata con estension la cuestion de Mejillones. Chile i Bolivia pretenden igualmente la posesion del desierto de Atacama i de la bahía de Mejillones : esta cuestion de límites ha estado a punto de producir la guerra entre las dos repúblicas. Lo que constituye el interés de ambas son las guaneras o depósitos de guano, que existen en el territorio disputado. El trabajo del señor Amunátegui, cuyo punto de vista es chileno naturalmente, tiene un valor histórico que lo hará sobrevivir a las circunstancias. »

Estas pocas palabras aprecian debidamente el mérito de aquella obra. La solucion dada a esa dificultad internacional por medio de un tratado posterior, i despues las victorias de Chile en la guerra a que fué provocado en 1879, han quitado sin duda al libro de Amunátegui el interés de actualidad. En nuestro tiempo es casi enteramente innecesario el ir a buscar los argumentos en que Chile fundaba la defensa de sus derechos; pero las investigaciones i la habilidad de Amunátegui le permi-

tieron dar a quel escrito un interés mas duradero. En él se encuentran noticias i documentos interesantísimos para la jeografía del desierto de Atacama i para la historia de los viajes que se han hecho a ese territorio, i de los pocos establecimientos que han existido en algunos de sus lugares. Esos datos i esos documentos, por otra parte, están espuestos con tal arte que aquel libro, que por su asunto parece ser árido i poco atrayente, se lee con el interés de una excelente pieza histórica.

X I X

Hasta entónces la política de la nueva administracion carecia de un órgano en la prensa que la sostuviese en la opinion pública. Miéntras sus adversarios contaban con diarios i periódicos establecidos i afianzados desde mucho tiempo atras, la defensa del gobierno no podia hacerse sino por medio de los discursos que los ministros pronunciaban cada dia en las cámaras. Al acercarse las elecciones de 1864, un gran número de conservadores acaudalados, formó una especie de sociedad por acciones para fundar el diario que subsiste hasta ahora con el nombre de *El Independiente*.

Cuando llegó el caso de organizar su redaccion, algunos de los jefes de aquella empresa buscaron con empeño a Amunátegui para pedirle que tomara su direccion. Despues de reiteradas negativas que no se querian aceptar, Amunátegui consintió en ello con la precisa condicion de que el diario proyectado habia de seguir

desde su primer número una marcha francamente liberal, sin permitir que se insertaran en él artículos que propalasen las que se llaman doctrinas clericales. Amunátegui ponía esta espresa i terminante condicion, porque ya entónces comenzaba a trabajarse por organizar un partido que obedeciera a los mandatos del clero, i habia fundamento para temer que muchos de los accionistas del nuevo diario abrigaban la aspiracion de contribuir a tal propósito. Por esto, Amunátegui declaró con su habitual honradez i con la mayor franqueza, que en su concepto era funestísima e injustificable la tentativa de atizar en pleno siglo XIX, i en las repúblicas hispano-americanas, las luchas de relijion, lo que indudablemente sucederia si el clero i sus secuaces descendian en su calidad de tales a la arena de las discusiones civiles. Amunátegui mostró en ese momento la penetracion que lo ha distinguido siempre, i aquella firmeza serena i templada que se ejerce con conviccion pero sin aparato i sin violencia.

Como se le repitiese una i otra vez que el nuevo diario no tendria el carácter que Amunátegui temia, i como se le hiciera observar con razon que él iba a ser el director del diario, que sin su conocimiento espreso no podria publicarse una sola línea, i que por tanto hallaria en sus propias convicciones la garantía contra los temores que manifestaba, puso manos a la obra para cooperar eficazmente a los trabajos de reforma liberal. *El Independiente* apareció, pues, el 1.º de marzo de 1864. Algunos colaboradores colocados bajo la direccion de Amunátegui, iban a ayudarlo en este trabajo.

Don Miguel Luis Amunátegui tuvo a su cargo la redaccion de ese diario durante cuatro meses escasos, es decir, hasta el 21 de junio siguiente. En este tiempo desplegó

las cualidades de periodista que lo han señalado mas tarde cada vez que por una u otra circunstancia ha hecho su aparicion en la prensa. Amunátegui creia que el artículo de diario no tiene por objeto llenar una o mas columnas con declamaciones mas o ménos elegantes, i tratando superficialmente el asunto de que se trata. Estudiaba atentamente todas las cuestiones que caian bajo su pluma, las debatia ilustrándolas con nuevos hechos, con frecuentes referencias a la lei o a la opinion de hombres eminentes, i con argumentos sólidos i poderosos, aunque presentados bajo la forma mas popular i comprensible. En sus escritos de polémica, por otra parte, revelaba igualmente una notable elevacion de miras, sacando la cuestion del terreno estrecho de las personas para llevarlo a los principios o a los hechos jenerales i públicos que puedan debatirse dignamente. Otra particularidad de su carácter como escritor en la prensa periódica, fué la fijeza de su plan de dejar sin contestacion todas las provocaciones personales que se le dirijian.

En la redaccion del diario a que aludimos, *El Independiente*, desplegó todas estas dotes. Quien recorra los números que se publicaron durante los cuatro meses que estuvo bajo su direccion, observará fácilmente que Amunátegui hizo cumplir con la mayor estrictez el programa que habia propuesto como condicion a los fundadores de la empresa. Antes de terminarse los cuatro meses a que nos hemos referido, Amunátegui tuvo noticia de que algunos accionistas del nuevo diario estaban disgustados con la marcha verdaderamente liberal que le habia impreso, i sobre todo por su resistencia inquebrantable para permitir la insercion de artículos en que se defendieran las teorías clericales. Entónces se retiró

resueltamente de la redaccion, junto con dos de sus colaboradores, don Francisco Vargas Fontecilla i don Alberto Blest Gana. Así salvó su dignidad personal i sus convicciones políticas.

X X

Segun lo hemos dicho mas atras, Amunátegui consideraba acertada i patriótica la política de Tocornal, i le prestaba su leal i decidida cooperacion. Aplaudia en efecto, los esfuerzos que éste hacía para aplacar la exaltacion de los ánimos exacerbados por los agravios recíprocos que los bandos contendientes se habian inferido en una lucha ardiente i prolongada, i para conseguir que prestasen su apoyo al gobierno muchos de los hombres mas o ménos prominentes que habian militado bajo opuestas banderas. Se comprende que una política de esta naturaleza, firme en el propósito primero de tranquilizar los ánimos, de contener la impaciencia de los amigos, i de guardar los fueros de la lealtad a los adversarios a quienes se queria inspirar confianza, debia ser del agrado de un hombre como Amunátegui, cuya templanza de espíritu lo alejaba siempre de las medidas violentas que el vulgo confunde con la enerjía, i que realmente no son mas que el fruto de la debilidad para resistir a las exigencias de los mas apasionados i vehementes entre los parciales. En este sentido, Amunátegui no cesaba de alentar a Tocornal a que perseverase en sus nobles propósitos, a pesar de la multitud de obstáculos que dentro de su propio bando se le oponian, i a

pesar de los amarguísimos desengaños que aquel honrado estadista solia experimentar.

Por desgracia, si Tocornal i Amunátegui estaban acordes en este punto, la armonía de sus opiniones desaparecia en otros asuntos de la política i de la administracion, i particularmente en lo que se referia a las relaciones exteriores. Era aquella la época en que el emperador Napoleon III habia concebido el extravagante proyecto de fundar en Méjico un imperio que tuviese a su cabeza un príncipe europeo, i en que el gobierno español, dejándose arrastrar por la mas desatinada de las imitaciones, habia abrigado la vana esperanza de recuperar bajo una forma o bajo otra, su perdida soberanía en sus antiguas colonias. Tocornal condenaba tan enérgicamente como Amunátegui estas odiosas i absurdas pretensiones.

Sin embargo, el uno i el otro estaban disconformes acerca de los medios que debian emplearse para combatir las. Creía el ministro Tocornal que debia recurrirse solo a la diplomacia i a la prudencia, porque estaba persuadido de que así se conseguiria hacer respetar derechos indisputables, i porque temia que cualquiera resistencia a mano armada impondria a la industria i al comercio de nuestro país los mas dolorosos sacrificios; i como en una lucha sumamente desigual, esa resistencia no habia de proporcionar las espléndidas i gloriosas victorias con que gustaba de halagarse la imaginacion popular, el resultado final sería un gran descontento contra los gobernantes, sobre los cuales se haria pesar una responsabilidad que, por ser injusta, no sería ménos abrumadora. Amunátegui, el amigo i el confidente mas íntimo del ministro, convenia en que una resistencia a mano armada impondria enormes sacrificios

pecuniarios a la nacion i a los particulares; pero representaba que como la resistencia decidida los impondria igualmente al agresor temerario, esto curaria de su locura a los promotores de tan insensatas aventuras, lo que nos aseguraria la paz i el respeto para mucho tiempo, i compensaria superabundantemente todos los gastos i sacrificios. Su opinion lo inclinaba, pues, a recomendar la conveniencia de armarse del mejor modo posible a fin de estar prevenidos para la resistencia, aunque de ella no debieran esperarse grandes triunfos. Amunátegui creia entónces que el pueblo chileno sentiria mucho mas el hallarse desarmado el dia de la prueba, que las pérdidas que pudiera ocasionarle la defensa de su soberania i de su dignidad. El tiempo vino a probar que no se habia engañado en estas previsiones i en los consejos que daba a su amigo en la intimidad de la confianza.

El atentado cometido por el almirante Pinzon en las islas de Chíncha en abril de 1864, produjo, como se sabe, una grande escitacion en Chile. Tocornal, que en el primer momento creyó confiadamente que aquella cuestion podia resolverse por la diplomacia, decidió retirarse del ministerio cuando conoció que la opinion de la inmensa mayoría de sus conciudadanos proclamaba la necesidad de unirse al Perú para rechazar aquel ultraje. Político de una honradez intachable, aquel ministro no quiso faltar a la conviccion que se habia formado sobre la manera de hacer frente a la situacion que creaban a estos países las pretensiones españolas.

Con la salida de Tocornal cesaba el compromiso que Amunátegui habia contraído para aceptar el puesto que desempeñaba en la secretaría de gobierno. Pero dos razones poderosas se oponian en ese momento a su salida. Sus opiniones respecto a la manera de resistir a

la agresion, coincidian con las de los hombres que en aquella crisis subieron al ministerio; i ademas el ministro del interior que venia a reemplazar a Tocornal, que fué don Alvaro Covarrúbias, tenia títulos análogos a los de aquél para reclamar la cooperacion de Amunátegui en nombre de una antigua i nunca interrumpida amistad. Forzoso le fué, pues, permanecer en el ministerio consagrando a las tareas de la administracion toda su actividad i todo su celo, en el estudio de las mas variadas cuestiones i en preparar el trabajo abrumador que en aquella época tuvo a su cargo la administracion.

Conviene advertir aquí que aunque el destino titular de Amunátegui era simplemente el de oficial mayor del ministerio, gozaba cerca del presidente i de los ministros de un crédito inmensamente superior al de su rango. Amunátegui era el depositario de toda la confianza del gobierno, i fué en muchas ocasiones el consejero de útiles e importantes medidas, de que sin embargo no ha hecho caudal para que sus conciudadanos reconozcan sus servicios. La lealtad i la honradez que en estas circunstancias desplegó Amunátegui, su prudencia habitual i constante, i hasta la modestia con que hacía oír su opinion o con que daba sus consejos, estrecharon a tal punto sus relaciones de amistad con los hombres que entónces figuraban en la política, que recibió de todos ellos esas muestras de confianza ilimitada que constituyen un título de honor para el hombre en quien recaen. Nos bastará citar un solo hecho. Don Miguel María Güemes, ministro de justicia de 1862 a 1864, no podia estar de acuerdo por sus principios en todos los puntos de la política con don Miguel Luis Amunátegui. Sin embargo, en la administracion i en el seno de la amistad conoció el corazon

de éste e hizo tal estimacion de sus prendas, que al morir pocos años mas tarde confió a Amunátegui uno de esos encargos que si bien imponen una responsabilidad al que los recibe, son al mismo tiempo una prueba de la honorabilidad de su carácter. En su testamento, Güemes nombró a Amunátegui curador de sus hijos.

Hemos dicho que Amunátegui no tenia apego alguno al destino que desempeñaba, i que lo servia solo por compromisos de amistad i por interés político. Tan pronto como cesó el recargo de ocupaciones impuesto por la guerra contra el gobierno español, don Miguel Luis Amunátegui hizo renuncia del empleo de oficial mayor del ministerio del interior, renuncia que le fué admitida por decreto de 3 octubre de 1866.

X X I

Amunátegui entró por primera vez al congreso como diputado por el departamento de Caupolican, en 1864. Reelegido constantemente ha conservado hasta su muerte su asiento en el congreso representando diversos departamentos. Su papel no se redujo al de mero espectador de los debates del congreso. Tomaba parte en ellos i los ilustraba frecuentemente con discursos que lo colocan en la categoría de uno de los mas eminentes oradores que han hecho oír su voz en la tribuna política de nuestro país.

En los primeros tiempos de su vida parlamentaria,

los trabajos de la administracion i probablemente tambien un exceso de modestia, lo indujeron a no tomar una parte mui activa en los debates del congreso, o a hablar solo en las discusiones sobre asuntos administrativos, como la jerencia de los ferrocarriles o la colonizacion de Arauco. Pero cuando hubo abandonado el puesto que ocupaba en el ministerio, i en los años posteriores, ha pronunciado una série de discursos que no pueden leerse sin interés i sin admiracion, aun despues de pasadas las circunstancias que les dieron orijen. Sus discursos en defensa del gobierno por los asuntos de la guerra contra España, i los que pronunció mas tarde para justificar la conveniencia de la tregua indefinida con esa nacion, algunos de los que dijo en justificacion de su conducta cuando fué ministro, los que se refieren a las cuestiones de instruccion pública i a impugnar la exajeracion de principios de los que han sostenido la incompatibilidad parlamentaria, produjeron en aquellas épocas una profunda impresion, i conservan hasta ahora su mérito i su interés.

A nuestro juicio, el secreto del poder oratorio de don Miguel Luis Amunátegui consistia, en no tomar parte sino en aquellas cuestiones que habia estudiado a fondo i que conocia perfectamente. No quiere decir esto que sus discursos hayan sido escritos de antemano, como con frecuencia suelen hacerlo otros oradores distinguidos. Léjos de eso, en muchas ocasiones he visto a Amunátegui despues de las sesiones del congreso afanarse por recordar las ideas que habia emitido para dictar su discurso o un extracto de él a los encargados por los diarios de hacer la reseña de las sesiones parlamentarias. Su preparacion consistia en hacer el estudio cabal i completo de todas las faces de

la cuestion que se debatia, en examinar sus antecedentes, sus circunstancias i el medio mas acertado de darle solucion. Adquiriendo esta preparación, segun la recomendacion de los mas hábiles maestros en el arte de la palabra, Amunátegui podia abrir el debate, hacer la réplica i tomar parte en todos sus jiros con toda facilidad. La palabra i las frases venian sin dificultad i sin aparato a dar cuerpo i forma a las ideas que habia recojido en la meditacion i en el estudio. Así, pues, cualquiera que sea la opinion que se tuviese acerca de algunas de las doctrinas que sostenia, era importante conocer sus discursos para formarse una idea cabal de esas cuestiones, porque cada uno de ellos descubre horizontes nuevos, contiene apreciaciones orijinales i un fondo de observacion que ilustra. Por esta misma razon, los historiadores que mas tarde han de narrar los sucesos de nuestro tiempo, no podrán escusarse de consultar esos discursos para conocer la opinion i los móviles que produjeron algunos de los sucesos mas importantes que han tenido lugar en Chile en los últimos años.

Otro mérito de los discursos parlamentarios de don Miguel Luis Amunátegui, proviene de la elevacion de su carácter. Como orador i como escritor ha guardado siempre a sus adversarios aquellas consideraciones de la mas esquisita urbanidad, sin que por esto haya dejado de sostener sus opiniones con toda enerjía i con toda franqueza. Su talento ha consistido en elevar siempre el debate, en sacarlo del terreno de las personas, en discutir las ideas i las opiniones, i en no descender nunca a contestar a las provocaciones que se le dirijian. En algunas ocasiones, i cuando hablaba en medio de la mayor exaltacion de sus amigos i de sus adversarios,

se le interrumpia una vez tras otra, i casi sin darle un momento de descanso. Amunátegui no perdía entónces su serenidad, i contestaba cortésmente a todas las interrupciones, encontrando muchas veces en éstas un nuevo argumento para continuar en la defensa tranquila i elevada de sus ideas i de sus principios. Así se comprende que en muchas ocasiones sus mismos adversarios fueran como amigos a estrecharle la mano despues del debate que acababan de sostener.

X X I I

Una vez libre de las tareas que le imponian los trabajos del puesto que desempeñaba en el ministerio, Amunátegui volvió a sus estudios queridos, al desempeño de sus clases en el Instituto, i al cultivo de las letras, consagrándose a la elaboracion de ciertas obras tan útiles como curiosas.

Ha profesado siempre Amunátegui una admiracion sostenida por todos los hombres que de un modo u otro han propendido al desenvolvimiento científico i literario de nuestro país, i les ha tributado el homenaje de la gratitud nacional siempre que sus elogios han podido hacerse en ocasion que no pudiera creerse que eran una alabanza interesada. En las memorias que como secretario de la universidad hacía cada año sobre los trabajos de la corporacion, cuidaba constantemente de recomendar los méritos contraídos en este ramo por los hombres cuya muerte recordaba al dar cuenta del

movimiento en el personal universitario. Pero emprendió además trabajos mas estensos e importantes sobre otros personajes cuyos servicios reclamaban un estudio especial. En una série de artículos publicados en una revista, ha hecho la historia de la antigua universidad de Santiago. Además, Amunátegui ha escrito las biografías de Camilo Henríquez i de don Manuel Salas, como escribió igualmente la estensa vida de don Andres Bello, de que hemos hablado anteriormente. En 1866 dió a luz dos trabajos de esta naturaleza, una *Vida de don Salvador Sanfuentes* que forma un tomito de 171 pájinas, i otra de don *José Joaquin Vallejos*, que forma otro tomo de 192 pájinas. El año siguiente dió a luz otros dos trabajos de este mismo jénero, relativos a *don Ignacio Domeyko* i *doña Mercedes Marin del Solar*.

En estas diversas obras, Amunátegui ha demostrado sus grandes cualidades de literato i de escritor. A un prolijo estudio de los hechos históricos, a una investigacion atenta i sostenida de todas las circunstancias en medio de las cuales tuvieron que vivir aquellos personajes, ha unido el exámen cabal de sus escritos, el análisis de cada una de sus obras, la apreciación de su talento i de sus méritos i la esposicion serena i elevada de la influencia que cada cual ha ejercido en el progreso de las ciencias o de las letras. Esas biografías, además, escritas en un tono familiar i sencillo, están llenas de anécdotas interesantes que contribuyen a dar a conocer el carácter del personaje de que se trata, i están dispuestas con tanto arte, que se leen con el mas vivo interés.

Posteriormente, Amunátegui escribió otros estudios de este mismo jénero, que poseen un notable mérito literario. Aparte de algunos que conserva todavía iné-

ditos, recordaremos aquí solo tres que han visto la luz pública, una *Biografía del doctor don Rodolfo Amando Philippi*, otra de don *Ventura Blanco Encalada*, i una larga *Vida de don José Joaquín de Mora*. Esta última obra, contiene las mas interesantes noticias sobre los progresos de la enseñanza en Chile i sobre los sucesos políticos de nuestro país durante los años trascurridos de 1828 a 1830. En la época en que se publicó en las páginas de una revista literaria, produjo una viva curiosidad en el ánimo de los testigos de aquellos sucesos i de todas las personas que en nuestro país se interesan por la historia de los tiempos pasados. Como caracterización del célebre escritor español que tanta influencia ejerció en la política i en el desenvolvimiento de la instrucción pública i de la literatura en nuestro país, la obra de Amunátegui es verdaderamente un retrato de cuerpo entero en el cual se puede conocer al hombre i el tiempo en que vivió. Pero Amunátegui pudo i debió dar mas desarrollo al análisis de las obras en prosa o verso de ese fecundo literato cuyo talento no puede ser apreciado sin conocer ademas de sus libros, los numerosos artículos que dejó diseminados en diarios i revistas.

Los apuntes biográficos sobre don José Joaquín de Mora estaban destinados a perderse en las páginas de una publicación periódica, o a no ser conocidos mas que por uno que otro curioso. En 1888, pocos meses después de la muerte de Amunátegui, su hermano don Gregorio Víctor los ha reunido en un volumen de 350 páginas que la prensa de Chile ha recibido con el mayor aplauso.

XXIII

Al abrirse la legislatura de 1867, Amunátegui que habia sido elegido representante por los departamentos de Santiago i de Chillan, fué designado por sus colegas para desempeñar el cargo de vice-presidente de la cámara de diputados. En sesion de 8 de setiembre del mismo año pasó a ocupar la presidencia de esa misma cámara.

La direccion de los debates parlamentarios era en aquellas circunstancias sumamente dificultosa. Las pasiones políticas habian llegado al mas alto grado de efervescencia, a lo cual habia contribuido tanto el curso natural de los sucesos i el encrudecimiento de las luchas de los antiguos partidos, como el descontento que habia producido contra el gobierno el que no hubiera tenido medios de imponer el mas ejemplar de los castigos a los perpetradores del bombardeo de Valparaiso. Los oradores tomaban a menudo en la discusion un tono acre i agresivo, i los asistentes a la barra se permitian con frecuencia espresar sus impresiones con aplausos o silbidos estrepitosos. Las sesiones dejeneraron muchas veces en tempestades parlamentarias, i mas de una vez hubo que suspenderlas a causa del tumulto.

En esta espinosa posicion, la mas difícil en que jamas se haya encontrado presidente alguno de la cámara, Amunátegui se manifestó siempre imparcial i cortés con los diputados, procurando mantener la tranqui-

lidad del debate sin coartar en lo menor la mas ámplia libertad de los oradores. Pero al mismo tiempo, conservando su serenidad en todo momento, se esforzó firmemente por cumplir las obligaciones de su cargo, haciendo que los asistentes a la barra guardasen a los representantes del país las consideraciones que les eran debidas i se abstuviesen de perturbarlos en sus deliberaciones. Para conseguirlo, desplegó una entereza i una constancia en hacer cumplir los reglamentos del caso, que sin ser del todo eficaces en el primer momento, no fueron, sin embargo, infructuosas para mas tarde.

Pero don Miguel Luis Amunátegui habia adquirido la mas profunda conviccion de que en todas las naciones parlamentarias i mui particularmente en las repúblicas hispano-americanas, tan propensas por el entusiasmo característico de nuestra raza a dejarse arrastrar a actos contrarios al órden, los cuerpos lejislativos que no disponen de la fuerza material para hacerse acatar en el ejercicio de sus altas funciones, deben estar rodeados de mayor prestigio moral; i por lo mismo pensaba que esto de dejar insultar o atropellar impunemente a los miembros de un congreso hasta por las personas mas insignificantes, i muchas veces por jóvenes imberbes que de ordinario eran los promotores del desórden, degradaba a los lejisladores i podia producir funestísimas consecuencias colocando los congresos bajo el imperio, sea de los gobiernos temerarios, sea de las turbas insubordinadas.

A fin de conjurar un peligro que, en vista de las escenas de violencia de que solia ser teatro el recinto de la barra, debia admitirse como mui inminente, Amunátegui, en union de gran número de sus colegas, propuso, en 1868, un proyecto que dió lugar a una larga i ar-

diente discusion. Pedíase en él que se concediera a los presidentes de las cámaras cierta jurisdicción para reprimir con penas relativamente pequeñas a los que cometiesen en la barra graves faltas contra el órden. Este proyecto fué impugnado con singular tenacidad por algunos oradores que creían ver en él una lamentable confusión de autoridades, por el hecho de conferir a los presidentes de las cámaras la facultad de imponer penas, por ligeras que fuesen, i aunque se tratara solo de un delito señalado. Amunátegui discutió esta materia con notable talento. Manifestó en discursos sumamente razonados i mui eruditos que las cámaras inglesas i las norte americanas ejercían una jurisdicción mucho mas amplia contra los individuos que inferían a sus miembros una ofensa cualquiera, no solo en el recinto de sus deliberaciones sino tambien fuera de él. Esta discusion dió lugar a que se acusara a Amunátegui de restrictivo i de antiliberal, porque queria mantener el prestigio i la independéncia de la representacion nacional, i porque reclamaba para ésta privilejios análogos a los que goza en los países mas liberales, i en que el réjimen representativo está mas sólidamente asentado. El proyecto a que nos referimos fué aprobado en la cámara de diputados por una considerable mayoría; pero el senado tuvo a bien aplazar su consideracion, sea porque los desórdenes dejaron de ser tan frecuentes, sea por satisfacer las exigencias de una parte de la opinion que lo condenaba estrepitosamente.

Ese mismo año de 1868, se promovió en la propia cámara un negocio de la mayor seriedad, que puso de manifiesto la independéncia de juicio con que siempre ha procedido Amunátegui. Nos referimos a la acusacion de la corte suprema. No solo hizo Amunátegui los ma-

yores esfuerzos para impedir que se iniciara, sino que una vez entablada, se empeñó activamente en que fuese rechazada. A pesar de todo lo que hizo, no consiguió su objeto, pues la cámara de diputados resolvió, por mayoría de votos, llevar adelante la acusacion. Este incidente vino a exacerbar las pasiones políticas ya demasiado ardientes, i a producir una crisis ministerial, despues de la cual Amunátegui iba a verse elevado al ministerio.

X X I V

La discordia de opiniones a que habia dado oríjen esta gravísima cuestion, se hizo sentir en el seno del gabinete, i entre sus mismos miembros. Estas dificultades produjeron una modificacion ministerial en los momentos en que la cámara cerraba sus debates sobre ese asunto. En esas difíciles circunstancias, el presidente de la república nombró a don Miguel Luis Amunátegui ministro del interior i de relaciones exteriores, por decreto de 13 de noviembre de 1868.

El nuevo ministro desenvolvió al dia siguiente en la cámara de diputados con la mayor sencillez, pero al propio tiempo con el acento de la mas profunda sinceridad, cuál sería en adelante el programa del gobierno. Como este discurso, ademas de ser de corta estension, tiene una importancia capital tratándose de la vida pública de Amunátegui, por cuanto fué el punto de partida de un ministerio tan justamente célebre por las contrarie-

dades que experimentó como por el trabajo político i administrativo que acometió, nos ha parecido conveniente publicarlo íntegro. Helo aquí :

« Hace algunos días, contestando a una alusion de uno de los honorables señores diputados por Copiapó, aseguré que era completamente inexacto el hecho de haberseme ofrecido el ministerio del interior i de relaciones exteriores; pero lo que entónces no habia sucedido, ha tenido lugar ayer.

« Su excelencia el presidente de la república se ha servido llamarme para que desempeñe este ministerio ; i yo he aceptado la confianza que el jefe del estado se dignaba depositar en mí, porque me ha parecido altamente honroso i patriótico contribuir en la medida de mis fuerzas a la realizacion del noble i elevado programa político que su excelencia me proponia, i que se manifestaban dispuestos a llevar a cabo mis honorables colegas, los señores ministros de justicia, de hacienda i de guerra.

« Me es grato poner este programa en conocimiento de los honorables señores diputados.

« Es perfectamente concebible que los ciudadanos de una república tengan diversidad de opiniones en las cuestiones de interés social. La uniformidad en las ideas en materias de tamaña importancia, sobre imposible sería perjudicial.

« Pero la diversidad de las opiniones, conveniente i necesaria, no justifica de ningun modo la existencia de odios profundos i encarnizados entre los individuos de una misma nacion, entre hermanos que deben trabajar por la prosperidad de la patria comun.

« Los gobiernos tienen el imperioso deber de garantir a todos la mas amplia libertad para difundir sus ideas

i hacerlas aceptar, pero al mismo tienen el no ménos santo de evitar en cuanto de ellos dependa los rencores i discordias civiles.

« El único juez, verdadero i lejítimo, en las controversias políticas i sociales es la nacion misma, que debe pronunciarse acerca de ellas por medio de elecciones de representantes, completamente libres i que sean la expresion sincera de su libertad soberana.

« Fiel su excelencia el presidente de la república a estos principios, i consecuente con las repetidas i solemnes promesas que ha hecho en diversas ocasiones, está determinado a convocar el congreso nacional a sesiones extraordinarias en el próximo mes de marzo para que se ocupe en la discusion de las leyes de imprenta i de elecciones, que asegurarán a los ciudadanos los medios de difundir sus ideas, i a la nacion aquellos de que ha menester para dar un fallo definitivo, ya que hace imposible dictarlas desde luego la urgente necesidad de discutir ciertas leyes constitucionales, como la de presupuestos i otras.

« Mas, por sábiamente concebidas que fuesen las leyes de imprenta i de elecciones, poco o ningun valor tendrian si los encargados de hacerlas observar estuviesen decididos a infringirlas i a falsearlas.

« El congreso i el pueblo de Chile pueden estar ciertos de que el gobierno actual cifrará su gloria en hacerlas cumplir religiosamente i con la mayor estrictez.

« Los ciudadanos tienen el mas pleno e indisputable derecho de sostener las ideas que tengan a bien : la mayoría de la nacion es la que debe decidir; todos estamos obligados a acatar sus resoluciones.

« El ministerio se lisonjea de ejecutar este programa, contando con la eficaz cooperacion de los miembros del

senado i de la cámara de diputados, i con el apoyo firme i leal de todos los buenos chilenos, cualesquiera que sean las diverjencias de opinion que pueden existir entre ellos. »

X X V

Este programa, aunque era tan poco aparatoso i talvez por esto mismo, causó la mayor sorpresa i la mas viva impresion en todo el país. En medio de la exaltacion de los ánimos, importaba algo de mui inesperado. El ministro Amunátegui procuró darle cumplimiento con la mas escrupulosa relijiosidad. Principió por ejercitar toda su influencia para poner término a la acusacion de la corte suprema, i lo consiguió. En seguida, se esforzó porque fuesen llamados al desempeño de los destinos i comisiones públicas, aquellos individuos a quienes correspondia por riguroso ascenso, o por su especialidad i antecedentes, sin tomar para nada en cuenta sus opiniones políticas.

El ministro Amunátegui opinaba que debiendo el gobierno, a causa de los progresos de nuestra civilizacion, renunciar a los antiguos i gastados medios de influencia, convenia procurar reemplazarlos buscando la cooperacion del mayor número posible de ciudadanos, i especialmente de ciudadanos prominentes por su ciencia i esperiencia de los negocios públicos, o por cualesquiera otros motivos de superioridad social. Esto explica su anhelo por dar prestigio al gobierno agrupando a

su alrededor a las personas que llenaban las condiciones mencionadas. En una palabra, aspiraba a reemplazar los antiguos medios de accion de los gobiernos, por otros fundados en el prestigio moral.

Estaba pendiente la deliberacion de un proyecto de reforma de la lei electoral que la oposicion creia dirigido a destruir el poder i la influencia del gobierno en materias eleccionarias. El ministro Amunátegui se empeñó por todos medios en que fuese aprobado para dar cumplimiento a su promesa. Como muchos de los miembros que constituian la mayoría gobiernista en la cámara de diputados habian recibido con marcada hostilidad al nuevo ministerio, que representaba una opinion mas liberal que la que ellos querian ver triunfante, i como pusieran embarazos a la aprobacion de este proyecto, no alcanzó a discutirse en lo que restaba del año 1868. Entónces, el ministro Amunátegui obtuvo del presidente Pérez i de sus colegas en el ministerio, que en cumplimiento de la palabra empeñada, convocasen el congreso a sesiones extraordinarias para el 15 de marzo de 1869, a fin de ocuparse de la reforma de la lei de elecciones i de la lei de imprenta.

La discusion del primero de estos proyectos, encontró en la cámara de diputados obstáculos e impedimentos que Amunátegui no podia vencer por las causas que dejamos mencionadas. Las cámaras no se reunieron hasta el 6 de abril de 1869; pero a pesar de todas las resistencias, el ministro del interior consiguió por su influencia cerca de un gran número de diputados, que se entrara en la discusion del proyecto. Habiéndose aprobado la parte relativa a la formacion de los registros, que era la mas urgente i sustancial, el mismo ministro Amunátegui, deseando obtener su sancion para cum-

plir sus compromisos, obtuvo de la cámara, en sesión de 10 de junio de ese año, que sin perjuicio de continuar la discusión del resto de la lei, se pasase al senado la parte aprobada como proyecto independiente. Gracias a los esfuerzos de Amunátegui, este proyecto fué tambien aprobado por el senado; i en consecuencia, fué promulgado como lei de la república en 6 de agosto de 1869. Así era como Amunátegui comprendia el deber de dar cumplimiento a la palabra empeñada en su programa ministerial.

A principios de la legislatura de 1868, don José Victorino Lastarria habia presentado un proyecto de reforma de la lei vijente sobre materias de imprenta, concebido con un espíritu liberal. Don Miguel Luis Amunátegui, en su calidad de diputado i en union con su amigo don Francisco Vargas Fontecilla, habia presentado otro proyecto sobre el mismo asunto, mas liberal todavía que el primero en muchas de sus disposiciones. En sesión de 17 de junio de 1869, el ministro Amunátegui, fundándose en que cualquiera de estos dos proyectos era mui preferible a la lei que entónces rejia, propuso que, sin entrar en una discusión minuciosa, se decidiera cuál de ellos debia adoptarse como lei. La proposición no fué aprobada en esa forma; pero se resolvió que los dos proyectos pasasen a una comisión especial para que diera su dictámen. Al fin se aceptó, con algunas modificaciones, el proyecto formulado por Amunátegui i por su amigo Vargas Fontecilla; pero, sin embargo, no fué convertido en lei sino algunos años mas tarde. Es ésta la que rije al presente; i cualquiera que la estudie, debe convencerse que la lei sobre materias de imprenta, que no es otra cosa que el proyecto de Amunátegui i de Vargas Fontecilla, con lijeras alte-

raciones que no modifican su espíritu ni cambian cosa alguna sustancial, es la mas liberal que rija en cualquiera parte del mundo.

Antes de pasar adelante, i solo por via de paréntesis, recordaremos en este lugar que algunos años mas tarde, cuando se trataba en la cámara de la reforma de la constitucion, Amunátegui se empeñó en que se consignara entre las garantías aseguradas a los habitantes de Chile, la libertad de enseñar lo que tuvieran a bien. Puede, pues, decirse que a Amunátegui le cabe la gloria indisputable de haber sido uno de los hombres que con mas entusiasmo i eficacia han defendido i afianzado en Chile, por las disposiciones de la lei, la mas amplia libertad de discusion, ya sea de palabra, ya sea por escrito.

Los hechos que acabamos de mencionar i otros que sería largo enumerar, manifiestan que Amunátegui procuró realizar con toda lealtad i como mejor pudo, el programa a que se habia comprometido. Vamos ahora a referir sumariamente las dificultades i las resistencias que halló entre los adversarios de la administracion i una fraccion considerable de los hombres que hasta entónces la habian apoyado.

XXVI

A causa de la grande efervescencia de los espíritus, su posicion política era de las mas espinosas. Gran número de los individuos del partido en que habia militado, le acusaban con acritud de mostrarse demasiado

inclinado a sus adversarios; mientras que un número considerable de éstos, en vez de prestarle algun apoyo siquiera, le atacaban por su parte con excesivo rigor acusándole de que protejiese a los individuos del partido gobiernista. La situacion de Amunátegui no es única en la historia. Hai muchos ejemplos de hombres eminentes que llegados al poder en circunstancias como aquellas, trataron con toda honradez i con toda lealtad de tranquilizar los espíritus, de acercar a todas las personas bien intencionadas, de infundirles confianza i de estimularlos a la paz i a la union; i que sin embargo han fracasado en esta empresa, porque el ardor de las pasiones excitadas en la lucha, era superior a la voz de la razon. Amunátegui habia llegado al poder despues de los ardientes debates sobre la acusacion de la corte suprema: i la actitud fria i serena que él habia guardado en aquella emergencia, lo ponía en pugna con los promotores de la acusacion, a quienes no habia querido seguir, i con los adversarios de éstos, a cuyo lado no se podía poner abiertamente sin faltar a sus antecedentes políticos i sin perder la imparcialidad que exijia su puesto. Así, pues, las circunstancias escepcionales en que le tocó entrar al poder, despues de una lucha que él no habia preparado ni dirigido, fueron para Amunátegui enemigos mil veces mas encarnizados que los escritores i los oradores que lo atacaron sin tregua ni descanso durante su corto ministerio.

Por lo mismo que Amunátegui estaba resuelto a hacer respetar su programa liberal i por lo mismo que los contendientes abrigaban la conciencia de que el ministerio estaba resuelto a no embarazar a los ciudadanos en la emision de su sufragio, las elecciones de 1870 fueron sumamente animadas. El resultado que dieron es una

de las pruebas que pudieran alegarse para patentizar la conducta leal i honrada del ministerio. Jamas los partidos opositores han obtenido en las luchas electorales de Chile mayor número de representantes.

El ministro Amunátegui hizo todavía algo que era enteramente nuevo en nuestro país. En vez de tratar de defender aquellas elecciones en que sus amigos políticos aparecian triunfantes, pero que adolecian de defectos mas o ménos graves, se apresuró a pedir que se rectificaran o que se repitieran. Así, pidió que se rectificaran los escrutinios de los departamentos de Copiapó i de Freirina, que en concepto de Amunátegui habian sido mal hechos; siendo de advertir que el escrutinio vicioso de Copiapó le proclamaba a él mismo diputado. Del propio modo obtuvo que se mandaran repetir las elecciones de Putaendo i de Cauquénés. Estos actos de deferencia i de respeto a la opinion del país, fueron vivamente criticados por algunos de los diputados que hasta entónces habian figurado entre los amigos del gobierno, i los decidieron a pronunciarse en guerra abierta contra el ministerio.

Con motivo de la discusion sobre las elecciones de Cauquénés, la gran mayoría de los diputados conservadores propuso un voto de censura contra el ministerio. El fundamento real de este voto era la acusacion que se hacia a Amunátegui de no haber desplegado todo el poder del gobierno para cerrar la entrada del congreso a los partidos de oposicion. En cambio, los diputados opositores, fundándose en motivos diametralmente opuestos, esto es, acusando al ministerio de haber intervenido en las elecciones en favor de los gobiernistas, apoyaron aquel voto de censura. Se operó entónces entre los partidos encontrados, como dijo el

autor de la indicacion, una conciliacion contra la conciliacion.

Sin embargo, el voto de censura fué rechazado por 44 votos contra 33, habiéndose abstenido de votar los ministros i todos sus parientes. A pesar de este triunfo, el ministro Amunátegui habia adquirido el amargo convencimiento de que el estado de los ánimos no era el que convenia para realizar su plan de poner término a aquella situacion por una política conciliadora.

Pocos dias despues, Amunátegui deseaba la declaracion de la nulidad de las elecciones de Petorca, en las cuales habia resultado una dualidad, habiéndose cometido, a su juicio, abusos vituperables por las dos partes. En la sesion 28 de julio de 1870, la cámara declaró válida la eleccion de uno de esos grupos de diputados. Esta declaracion aprovechaba sin duda a los antiguos partidos de oposicion; pero los conservadores, por una hostilidad que no conocia límite ni barrera, se unieron a aquellos para alcanzar en la votacion un triunfo que no los favorecia, i que tampoco aumentaba su fuerza. Amunátegui i sus colegas, cansados de esta lucha fatigosísima i aun estéril, pidieron al presidente de la república que se sirviese aceptarles su renuncia, i se alejaron del poder vencidos por una coalicion poderosa, pero seguros de haberse conducido como hombres leales i honrados.

Con el trascurso del tiempo, i habiéndose calmado la extraordinaria exaltacion de las pasiones, muchos de los hombres que entónces censuraron a Amunátegui, le hicieron la justicia que merecia. El voto de censura habia sido para ellos una necesidad política, hija de las circunstancias; pero ese acto no significaba que no estimaran la honorabilidad del hombre i la elevacion de

miras del ministro. Amunátegui, en efecto, habia caído proclamando i sosteniendo la necesidad que hai de reunir en un partido poderoso por el número i por el prestigio, a todos los hombres animados de propósitos análogos, con entera prescindencia de agravios pasados, i simplemente históricos, ya que era imposible obtener el olvido de esos agravios con el reemplazo de un partido por otro. Puede que nos equivoquemos mucho, pero nos parece que caer sosteniendo estos principios i preparando leal i honradamente la renovacion de los partidos por medio de la estincion de los odios personales, es caer gloriosamente.

X X V I I

Como se comprenderá con facilidad, el ministerio de Amunátegui fué esencialmente político. La época en que le tocó gobernar era mui poco propicia para los trabajos de un orden administrativo. Amunátegui, por las causas espuestas, tuvo que pasar los dieziocho meses que se mantuvo en el poder en un trabajo casi incesante en el congreso i en medio de la lucha de las pasiones encontradas. No debiera, pues, exigirse razonablemente a su ministerio la ejecucion de trabajos de otro orden; pero su laboriosidad incansable se dió tiempo para acometer reformas administrativas, de tal modo que es mui difícil que se pueda presentar otro período igualmente corto en que se hayan ejecutado tantas obras de utilidad jeneral. Es cierto que Amunátegui, con su mo-

destia habitual, recibió informes i consejos de todas las personas, así nacionales como estranjeros, que podian ayudarlo con sus luces. Pero conviene advertir que Amunátegui no acometió ningun trabajo ni sancionó ninguna innovacion sino despues de haberlos estudiado detenida i prolijamente por sí mismo, i de haber reconocido las ventajas i los inconvenientes de aquello que se le aconsejaba.

Iríamos mui léjos si hubiéramos de señalar una a una todas sus tareas administrativas i todas las obras que ejecutó. Nos limitaremos por esto mismo a las que consideramos mas importantes i trascendentales.

En mayo de 1869 contrató la construccion del ferrocarril entre Chillan i Talcahuano, como poco despues contrató igualmente la construccion del ferrocarril entre Llaillai i San Felipe. Propuso i obtuvo del congreso la sancion de una lei para la construccion del ferrocarril entre San Fernando i la Palmilla, obteniendo de los particulares interesados en esta via, una subvencion o donativo de 45,000 pesos.

Bajo su ministerio se abrieron nuevos caminos en diversas provincias de la república, se iniciaron otros i se repararon los existentes. Del mismo modo, fomentó i auxilió los reconocimientos jeográficos para la construccion de un ferrocarril trasandino por el Planchon. Dió impulso a los trabajos de colonizacion en la frontera araucana, creando al efecto los departamentos de Angol, de Lebu i de Imperial. Mandó hacer minuciosos estudios sobre la administracion del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso, e introdujo en ella útiles reformas. Dió nueva organizacion a las oficinas telegráficas, que produjo inmediatamente una notable economia. Aumentó un número considerable de estafetas. Estableció, por

decreto de 19 de diciembre de 1868, el jiro postal, que al paso que facilitaba extraordinariamente las transacciones mercantiles de los pequeños industriales, mejoraba la miserable condicion de los empleados en el importante ramo de correos. Amunátegui, ademas, inició otra reforma de la mas alta importancia social, la de dar ocupacion a las mujeres en las administraciones de correos i en las oficinas telegráficas; i conviene advertir aquí que ya desde 1855 recomendaba en sus libros otra innovacion de un alcance análogo, la de confiar igualmente a las mujeres la direccion de las escuelas primarias de ambos sexos.

En el ramo de relaciones exteriores, Amunátegui no se limitó a mantener la correspondencia diplomática. Celebró tambien diversas convenciones postales, consulares i de estradicion. Obedeciendo ademas a sus instintos de literato, i deseando hacer conocer a nuestro país en las repúblicas hispano-americanas, i que éstas fuesen conocidas en Chile, dió los primeros pasos para el canje oficial de publicaciones literarias, históricas, jeográficas i estadísticas. No se acusará de falta de actividad al hombre que en dieziocho meses de ministerio, i teniendo que luchar con tantas i tan grandes complicaciones políticas i parlamentarias, pudo ejecutar todos esos trabajos.

X X V I I I

Alejado de toda intervencion directa en los negocios de gobierno, Amunátegui, despues de los sucesos que acabamos de referir, volvió al seno de sus amigos i de

sus trabajos queridos, confiando en que el trascurso del tiempo i la marcha natural de los acontecimientos, tranquilizaria gradualmente los ánimos i se le haria la justicia que en los momentos de efervescencia se le habia negado. Aun en su caída, que fué mui estrepitosa, como lo es siempre la de todos los hombres de primer mérito, lo siguieron las simpatías de un gran número de personas; i al cabo de poco tiempo, Amunátegui, sin aspirar a nada, i sin buscar en sus actos públicos otra cosa que la satisfaccion de sus convicciones i la realizacion de sus principios políticos, vió restablecidos i aun estraordinariamente incrementados su crédito i su prestigio.

En esta época, compuso Amunátegui *Los precursores de la independencia de Chile*, cuyos tres gruesos volúmenes fueron apareciendo sucesivamente en 1870, en 1871 i en 1872. Esta obra, aunque fundamentalmente histórica, tiene un interés i un alcance políticos de los mas pronunciados. El autor se ha propuesto esponer allí con toda estension i con toda luz, la vida de la colonia, para que sirva de leccion i de ejemplo a los que quieran reaccionar contra las conquistas de la civilizacion i de la libertad política, industrial i relijiosa. Las tendencias de ese libro no se escaparon ni a los liberales, correligionarios de Amunátegui, ni a sus adversarios políticos. Por eso, miéntras los primeros saludaban su aparicion con aplauso i le tributaban los mas ardorosos i sinceros elogios, los segundos escribian contra esa obra artículos de diario i de revista i hasta un libro entero, a que Amunátegui contestó victoriosamente con una série de artículos que formarian otro libro.

Amunátegui era demasiado intelijente para no comprender que las simples disertaciones, por mas talento i por mas elocuencia que se desplegue en ellas, son mu-

cho ménos concluyentes que la exhibicion de los hechos i documentos. Por eso, al acometer esta obra monumental de erudicion i de arte literario, puso a contribucion toda la ciencia histórica i política que habia adquirido, i emprendió una nueva série de trabajos de investigacion que habria arredrado a cualquier hombre ménos laborioso i ménos intelijente que él. En su libro casi no quiso decir nada bajo su responsabilidad. Se propuso hacer hablar a los reyes de España que dieron sus leyes a las colonias americanas, a los presidentes que gobernaron nuestro país a nombre de aquellos monarcas durante dos siglos i medio, a los obispos que sosteniendo lo que ellos llamaban los fueros de la iglesia, pretendian dominar la sociedad por todos medios. Reunió con este motivo un cúmulo tal de noticias i de documentos que *Los precursores de la independencia* son no solo el retrato mas completo i exacto que pueda hacerse de la era colonial, sino una obra de mas alta i mas esmerada erudicion.

El mas encomiástico i cumplido elogio que de ella puede hacerse, se encuentra en una carta que acerca de su mérito histórico i político me escribia desde Paris, con fecha de 6 de diciembre 1873, don Juan G. Courcelle Seneuil. Este distinguido filósofo i economista decia allí que despues de leer con el mas vivo interés aquella obra, no vacilaba en asegurar que era la mejor defensa que podia hacerse del espíritu moderno, i la condenacion mas concluyente de un réjimen destruido por la revolucion, i por cuyo restablecimiento abogaba tanto en Chile como en Europa un partido empeinado i belicoso. « Por mas que parezca exajerado, agregaba, la Francia no tiene todavía un estudio tan completo, tan abundante de hechos i de documentos sobre el réji-

men que existia ántes de 1789. » Este juicio, perfectamente exacto a nuestro parecer, confirma la opinion de un gran número de los chilenos que en *Los precursores de la independencia de Chile* han visto no solo una obra histórica del mas alto valor, sino un programa político que demuestra las convicciones i las ideas del hombre que lo ha confeccionado.

Al mismo tiempo que este libro, i poco despues de su publicacion, Amunátegui dió a luz en los diarios i revistas una larga série de trabajos literarios, mitad históricos i mitad políticos. Defendia en ellos con tanta elocuencia como decision, la libertad civil; e impugnaba perentoria i resueltamente las tendencias denominadas clericales. Sus formas irreprochables de cultura, revelan que su alma sabía unir la firmeza a la urbanidad, i que sin salir de la templanza i de la moderacion se puede defender la causa de los principios sin herir a las personas que sustentan opiniones contrarias.

En algunos de esos escritos, Amunátegui quiso al parecer reparar cierta omision en que habia incurrido al referir en *La Dictadura de O'Higgins*, la historia de la administracion de este ilustre patriota. En esta obra, Amunátegui no habia dado cuenta de los trabajos de aquel gobernante para propender al progreso científico de nuestro país: habia omitido igualmente que él fué el primero que abogó en Chile por la libertad de conciencia, que construyó cementerios i que quiso que los extranjeros que pertenecian a otro culto fueran respetados en vida i honrados despues de su muerte con un entierro digno de nuestros semejantes i de nuestros hermanos. En los escritos posteriores en que Amunátegui refirió estos hechos, ha tributado a aquel patriota los mas sinceros i ardorosos aplausos.

Para difundir sus ideas sociales i políticas, Amunátegui apeló muchas veces a las formas novelescas, es decir, tomaba por base un hecho verdadero o creado por su imaginacion para esplicar las ideas i preocupaciones de otra época i establecer las ventajas que ha reportado la civilizacion moderna i las que deben esperarse todavía de la reforma completa de las viejas instituciones. Algunas de esas narraciones son completamente históricas, como los sucesos concernientes a la mujer de Cortés, a la sorpresa de Curalaba, etc., i suponen un prolijo estudio de los documentos. Otras son históricas en el fondo, pero han recibido algunas variaciones en los accesorios i pormenores.

Esas historietas, referidas con una notable sencillez, pero al mismo tiempo con un excelente colorido, fueron leídas con la mas viva curiosidad i reproducidas en los diarios i periódicos de casi todos los pueblos hispano-americanos. En ellas se hallaba algo mas que el interés de la invencion novelesca; porque bajo estas apariencias no era difícil descubrir el propósito político i liberal que envolvian.

Alguna vez hemos oído decir que estos cuentos eran indignos de un escritor de la altura de Amunátegui, no porque carecieran de mérito literario, sino porque no era propio de un hombre sério el escribir relaciones semi novelescas. Esta apreciacion, nacida a nuestro juicio de un error vulgar, pero mui comun en Chile, que consiste en creer que los hombres públicos no deben cultivar la literatura i mucho ménos la literatura amena, nos hace recordar otro hecho ocurrido en nuestro propio país. Hace treinta i cinco o cuarenta años se daba en la prensa con ciertas apariencias de escarnio, el título de *autor de El Campanario* a don Salva-

dor Sanfuentes, como si el haber escrito esta interesante i poética leyenda, hubiera inutilizado a aquel eminente ciudadano para prestar los distinguidos servicios con que contribuyó al progreso i al bienestar de nuestro país en la magistratura i en el ministerio. Si para combatir esta preocupacion fuera necesario escribir algunas líneas, nos limitaríamos a citar aquí el ejemplo de algunos hombres ilustres que, ocupando una alta posicion en la política, han escrito novelas i cuentos para distraer sus ratos de ocio o para vulgarizar sus ideas. Nadie ha puesto en duda en Inglaterra que Disraeli fuese un hábil estadista porque era autor de *Enriqueta Temple*, de *Sibila* i de muchas otras novelas, como nadie ha pretendido negar el derecho que Laboulaye tenia para ser uno de los jefes del partido liberal de Francia porque habia escrito los *Cuentos Azules*. En la misma España, de cuyo estiramiento somos herederos casi a nuestro pesar, don Francisco Martinez de la Rosa i don Antonio Jil i Zárate figuraron a la vez con distincion como ministros de estado i como autores de novelas i de comedias.

En esta época de su vida, Amunátegui recibió algunas distinciones que lo honran sobremedida, i que prueban que su crédito de literato i de erudito habia salido de los límites de nuestro territorio. Algunas sociedades científicas i literarias del extranjero, lo elijieron su miembro honorario o correspondiente. De estos diferentes títulos, solo vamos a mencionar tres.

El 18 de noviembre de 1871, fué designado miembro correspondiente del Instituto histórico i jeográfico del Brasil. Se sabe que esta corporacion ha prestado inmensos servicios al estudio de la historia i de la jeografía americanas, i que reúne en su seno un número consi-

derable de hombres mui distinguidos por su laboriosidad i por su erudicion.

El 28 de junio de 1875, Amunátegui ha sido elegido miembro correspondiente de la Academia española, institucion que, como se recordará, tiene por objeto fomentar los estudios sobre nuestra lengua i sobre nuestra literatura. En la sesion en que se hizo este nombramiento, algunos individuos de esa sábia corporacion recomendaron altamente los méritos de don Miguel Luis Amunátegui como profesor i como escritor. Aquella academia ha recibido con particular aprecio i con honorosas recomendaciones los trabajos gramaticales de Amunátegui, de que hablaremos mas adelante.

El 10 de febrero de 1883 la academia de la historia de Madrid lo nombraba miembro correspondiente, recordando los trabajos que colocan a Amunátegui entre los mas distinguidos historiadores americanos.

XXIX

Despues de su salida del ministerio, don Miguel Luis Amunátegui continuó observando la misma línea de conducta que habia seguido ántes de ser llamado a la direccion de los negocios, i durante el tiempo que habia estado en el poder, sin modificar sus doctrinas i sus propósitos i sin manifestarse ofendido ni mucho ménos irritado contra los que lo habian atacado. Tenia la mas plena conciencia de haber obrado con rectitud, i esperaba con confianza que andando el tiempo habia de ha-

cérsele la justicia de que se creia merecedor. Poco tiempo despues de haberse separado Amunátegui del ministerio, vacó el importante cargo de contador mayor, por jubilacion de la persona que lo desempeñaba. Aprovechándose de esta oportunidad, el presidente i los ministros ofrecieron este empleo a Amunátegui, quien junto con manifestarles su agradecimiento por la distincion que de él hacian, rehusó en el acto, espresándoles con toda franqueza que si se negaba a aceptar aquella honorífica i lucrativa colocacion era porque no queria dar el mas lijero pretesto de que pudiera decirse que habia consentido en recibir una remuneracion pecuniaria por los servicios desinteresados i patrióticos que habia deseado prestar a su país al encargarse del ministerio que acababa de dejar. Por estos fundamentos, preferia permanecer de simple profesor ántes que ser ascendido al elevado puesto de contador mayor.

En los últimos meses de 1871, estando inaugurada la administracion de don Federico Errázuriz, Amunátegui, que habia continuado en las filas del bando liberal que apoyaba al gobierno, concibió el proyecto de arreglar en la prensa un diario que pudiera propalar la idea de reunir en un solo partido a todas las fracciones mas o ménos divididas del liberalismo, i que al mismo tiempo, por la diversidad i la amenidad de las materias, contribuyera eficazmente a los progresos de la ilustracion. Pensó que el mejor medio de conseguir este resultado era organizar una redaccion múltiple en que, como sucede en los principales diarios europeos, pudieran tomar parte escritores especiales que dilucidasen con detenimiento los asuntos de su peculiar competencia. Habiendo conseguido que aceptaran el plan mencionado varios de sus amigos, Amunátegui formó una sociedad de es-

critores, cada uno de los cuales se comprometia, sin otro interés que el de defender i propagar sus ideas, a proporcionar cada semana cierto número de artículos.

Amunátegui habia contribuido con su dinero i con su trabajo a fundar en 1866 el diario titulado *La República*; i en distintas ocasiones habia escrito en sus columnas. Creyó que este diario, ya establecido, podia servir para la realizacion de la idea que meditaba. Habiéndose entendido con su propietario i con sus directores, se convino en entregar su redaccion a la sociedad de escritores que acababa de organizar. Para atender a los gastos que demandaba la empresa, Amunátegui procuró la organizacion de una sociedad de individuos que se comprometieron a erogar ciertas cuotas periódicas.

Principiaba a poner en ejecucion este pensamiento con pública aceptacion, cuando la obra fué desbaratada por un accidente inesperado. El 15 de enero de 1872, el ministerio de instruccion pública dictaba un decreto relativo a exámenes, que fué seguido de otras medidas cuyas funestísimas consecuencias para la seriedad i la solidez de la enseñanza no tardaron en percibirse. Amunátegui i algunos de sus amigos, previendo desde entónces los males sin cuento que iba a producir aquella reforma, i viendo en ellas el triunfo de las aspiraciones clericales, rompieron las relaciones políticas que tenian con el gobierno. Esta incidencia desorganizó la redaccion de *La República*, de la cual se retiraron Amunátegui i sus amigos.

Alejado de la prensa, Amunátegui halló en la universidad i en la cámara de diputados campo abierto para combatir con toda decision las reformas sobre materias de instruccion pública, que a juicio suyo tendian a la ruina rápida o irremediable de este ramo. Como ya

lo hemos insinuado mas atras, una esperiencia de muchos años de profesorado, i el estudio prolijo i atento de la organizacion de la enseñanza en Chile i en los países mas adelantados, habian inducido a Amunátegui a formarse la conviccion profunda de que solo una instruccion pública mui sólida i mui difundida, puede elevar a los pueblos hispano-americanos i hacerles ocupar en el mundo civilizado el rango correspondiente a su número i a la riqueza del territorio que habitan. Sin escluir la colaboracion que puedan prestar a esta obra las empresas particulares, Amunátegui creia con fundamento que el estado tiene el imprescindible deber de poner la instruccion al alcance de todos los chilenos, i de vijilar por su solidez i su estension.

Afortunadamente para el triunfo de estas ideas, los liberales del departamento de Talca proclamaron a Amunátegui uno de sus diputados para el congreso de 1873. Al poco tiempo de haberse abierto las sesiones lejislativas, ocurrieron ciertos hechos sobre los cuales se llamó la atencion de la cámara. Las reformas decretadas por el ministerio de instruccion pública habian producido sus consecuencias mucho ántes de lo que era de presumirse. La relajacion i el desórden habian surjido en casi todos los establecimientos de educacion, i los alumnos del Instituto i de otros colejos habian llegado a provocar tumultos contra la persona del ministro. Las incidencias de este último suceso, el empleo de la tropa de línea contra los muchachos alborotados, produjo una ardiente interpelacion al ministerio, de que se hizo órgano el diputado por Ovalle, don Guillermo Matta.

Con este motivo, el diputado Amunátegui apoyó el ataque de Matta, sacándolo del incidente que habia provocado la interpelacion, i haciéndolo estensivo a todo

el plan de instruccion pública que se estaba estableciendo. Pronunció entónces elocuentes discursos que sirvieron sobremanera para ilustrar al público sobre tan importante cuestion, i para ponerlo en guardia contra un bando político que, invocando el nombre de la libertad de enseñanza, buscaba solo la proteccion de los intereses clericales. Debe recordarse que en esa época comenzó a sostenerse la teoría de que el estado no debia fomentar la instruccion pública, i que el Instituto Nacional debia ser vendido en pública subasta.

Matta i Amunátegui perdieron la cuestion en la cámara ante una gran mayoría; pero la ganaron en el terreno de la opinion. El ministro de instruccion pública tuvo que retirarse del gobierno; i el exceso del mal denunciado por Amunátegui en la cámara i en la universidad, hizo modificar completamente las medidas dictadas en 1872. No estará de mas advertir aquí que Amunátegui desplegó en toda esta lucha la templanza en la forma i la firmeza en las convicciones que ha manifestado siempre.

En las sesiones de 1873, Amunátegui dilucidó todavía, con motivo de la reforma constitucional, dos puntos de la mayor importancia.

Fué el primero el relativo a la personería jurídica de las comunidades i asociaciones.

Los diputados del partido clerical, apoyándose en la teoría de la libertad de asociacion, pretendian que debia consignarse en la lei fundamental que toda asociacion, por el solo hecho de formarse, debia tener personería jurídica, i el derecho de heredar, contratar i poseer bienes raíces.

Amunátegui sostuvo entónces que él aceptaba que los individuos pudieran reunirse como quisiesen, i asociarse

para los fines que tuvieran a bien, poniendo en comun todos o una parte de sus derechos personales, sin sujetarlos a trabas molestas; pero que las asociaciones no podian tener por sí mismas una personalidad indefinida i distinta de la que correspondia a sus miembros, sin que alguna autoridad calificara oportunamente las ventajas e inconvenientes que podian resultar al estado de una concesion semejante. Es necesario no olvidar, decia Amunátegui, que las que se denominan personas jurídicas son simples ficciones legales, que no tienen en realidad otra existencia que la que les concede la lei. Despues de una larga discusion sobre un asunto cuya importancia política no puede escaparse a nadie, la cámara aceptó la opinion de Amunátegui.

El segundo punto a que nos referimos fué el de las incompatibilidades parlamentarias.

Sobre esta materia, Amunátegui sostuvo en discursos mui luminosos que no podia escluirse de la representacion nacional, a lo ménos de una manera absoluta, a todos los empleados, porque eso era coartar la libertad de los electores i privar al congreso de las luces de hombres especiales, que habiendo consagrado su principal atencion al manejo de los negocios públicos, los conocen naturalmente mucho mas a fondo que los que viven contraídos al cuidado de sus negocios propios. Por lo que toca a la independendencia parlamentaria, Amunátegui demostró con numerosos ejemplos que muchos de los senadores i diputados mas intejérrimos i mas intransijentes que ha habido en Chile, fueron empleados, miéntras que algunos de los mas sumisos habian sido poseedores de cuantiosos bienes i de todos los recursos que pueden asegurar la independendencia. Pero prescindiendo de esto, la garantía de independendencia, decia

Amunátegui, debe buscarse, no en la exclusion de los empleados, sino en la descentralizacion de la autoridad, i en la conveniente reglamentacion de los nombramientos, ascensos i destituciones para asegurar a los empleados una posicion independiente. El ministro Dufaure, uno de los estadistas mas eminentes i liberales de la república francesa, defendia poco mas tarde con aplauso jeneral i hacia triunfar ideas análogas en la asamblea de ese país, que ha visto alternativamente cámaras parlamentarias i liberales bajo el réjimen de la monarquía de julio, que no excluia a los empleados de la representacion nacional, i cámaras sumisas i abyectas bajo el imperio de Napoleon III, cuando la constitucion prohibia la entrada de los funcionarios públicos a la asamblea legislativa.

El año siguiente de 1874, Amunátegui tomó una parte mui considerable en la discusion del proyecto de lei de instruccion pública. Se empeñó sobre todo por que se diera a la universidad de Chile una organizacion independiente, parecida en esto a la de las universidades alemanas, i en que se dictaran disposiciones que afianzasen el acertado nombramiento de los profesores i los pusieren a salvo de las destituciones arbitrarias.

Se ha acusado a Amunátegui de ser contrario a la libertad de profesiones. El cargo, sin embargo, es completamente infundado. En la discusion a que nos referimos espresó su opinion a este respecto con toda claridad. Segun él, deberia dejarse a los individuos la mas amplia libertad para encargar la defensa de sus pleitos o la ejecucion de las operaciones científicas que hayan menester, a personas no tituladas; pero el título debe ser indispensable para el desempeño de las funciones

oficiales o de aquellas en que la autoridad impone a los interesados la admision de un árbitro o de un perito, o en que se ventilan los asuntos de menores o de otras personas que no pueden valerse por sí mismas. En cuanto a los médicos, Amunátegui declaró que no tendria inconveniente para aceptar combinadas las disposiciones que rijen sobre esta materia en Inglaterra i en los Estados Unidos de Norte América.

Se sabe que en los últimos tiempos, la cuestion eclesiástica ha tomado en Chile, como en el resto del mundo católico, una importancia formidable. Las cosas habian llegado al extremo, dadas las pretensiones exajeradas e intempestivas de cierta parte del clero, de que o el estado reconoce dentro de su propio territorio la soberanía temporal de las órdenes que salen del Vaticano, o tiene que hacerse respetar de los eclesiásticos batalladores por medidas coercitivas i violentas. Los dos extremos son lamentables. En tal situacion, no queda otro recurso que declarar la separacion entre la iglesia i el estado.

Esto fué lo que decidió a Amunátegui a presentar, en union de treinta diputados, en junio de 1874, un proyecto de reforma de los artículos constitucionales que fijan las relaciones del estado con la iglesia; i a fin de evitar conflictos por demas desagradables, indicaba allí la necesidad de dar a estas dificultades la solucion mencionada. En esa época se hallaba accidentalmente encargado de la redaccion de *El Ferrocarril*, por enfermedad del redactor propietario. Se aprovechó de esta oportunidad para sostener en aquel diario la justicia i la conveniencia de esta reforma. En seguida, desde su asiento de diputado, pronunció en la cámara algunos discursos tan brillantes como luminosos sobre esta im-

portantísima cuestion, que causaron no solo en Chile sino en las repúblicas vecinas una profunda impresion i le atraieron los aplausos de todos los hombres liberales. Este fué tambien el orijen de un opúsculo que publicó por entónces sobre la famosa encíclica del papa Leon XII contra la independenciam de América, acerca del cual nos permitiremos decir algunas palabras.

Sostenia Amunátegui en la cámara de diputados que la intervencion de la autoridad espiritual en los negocios políticos habia sido mas de una vez contraria a la causa de la libertad, i citaba en su apoyo la encíclica lanzada por Leon XII en 24 de setiembre de 1824, por la cual condenaba espresamente la revolucion de la independenciam americana. Negósele la autenticidad de ese documento por la circunstancia de no estar incluido en el Bulario que registra las resoluciones de los papas. En el momento, Amunátegui ofreció a sus colegas una disertacion en que espondría las pruebas de sus aseveraciones; i en efecto ántes de ocho dias los diarios publicaban una série de artículos que luego fueron reunidos en un opúsculo. Con una claridad admirable, i con una erudicion verdaderamente asombrosa, no solo demostraba allí hasta la evidencia mas absoluta la autenticidad de aquella encíclica, sino que probaba que el papa Pio VII habia espedido otra con un objeto análogo en 20 de enero de 1816. Aquel notable opúsculo probaba ademas que Amunátegui era al mismo tiempo que escritor distinguido i gran erudito, un liberal profundamente convencido en la justicia de sus principios, i dispuesto a defenderlos con lucimiento i valentía en todas circunstancias.

La actitud firme i resuelta de Amunátegui en la defensa de todas estas cuestiones, las brillantes dotes de

orador que desplegó en los debates, la inmensa variedad de conocimientos que dejó ver en todas las discusiones, apoyaron su prestigio i lo colocaron dentro de la misma cámara a una altura a que él mismo no habia aspirado. Así fué que cuando en 27 de octubre de 1874 la cámara debia designar tres individuos que ocupasen los puestos de consejeros de estado, una gran mayoría llamó a Amunátegui a ocupar aquel elevado cargo.

X X X

A pesar de esto i de muchas otras muestras de distincion i de aplauso que Amunátegui recibia de sus conciudadanos, estaba mui léjos todavía de creerse poseedor del prestigio inmenso de que gozaba. Su modestia característica por una parte, las grandes contrariedades que habia tenido que vencer en su vida para abrirse camino por sí solo i mediante sus esfuerzos i su propio mérito, le habian impedido reconocer la altura a que habia sabido colocarse. Diversos hechos que vamos a enumerar vinieron a esplicarle su propia situation.

El 12 de febrero de 1873 se inauguraba en Valparaiso una estátua de Lord Cochrane. El intendente de la provincia pidió a Amunátegui, que se hallaba allí de paseo, que pronunciase un discurso para contribuir por su parte a la solemnidad de aquella ceremonia. Como era natural, todos los oradores aplaudieron el heroismo que ese personaje habia desplegado como marino i como militar en el servicio de la causa de nuestra indepen-

dencia. Amunátegui encontró en esa ocasion un terreno propicio para elevarse a otras rejiones de que puede sacarse una enseñanza provechosa. Cochrane i sus compañeros, dijo él, no pelearon por el solo deseo de destruir el poder marítimo de los españoles. Buscaban algo mas grandioso que eso, querian destruir el reinado de absurdas preocupaciones, la intolerancia, el error, afianzados mas que en el poder de las bayonetas, en la ignorancia de estos países. La obra de Cochrane, de O'Higgins i de San Martin, añadia, estaba solo iniciada; i era indispensable consagrar a su completa realizacion todo el esfuerzo i todo el celo de que seamos capaces.

Este notable discurso, que sentimos no reproducir íntegro por no alargar este escrito, era un programa político lanzado en un momento en que el partido clerical i reaccionario se creia sólidamente afianzado en el poder. Jamas podrá imajinarse la impresion profunda que aquellas palabras dejaron en el ánimo de los liberales habitantes de Valparaiso. Despues de él, la personalidad política de Amunátegui quedó mucho mas acentuada de lo que estaba hasta entónces. Las discusiones parlamentarias de 1873 i 1874, los brillantes i vigorosos discursos que en ellas pronunció Amunátegui en defensa de las ideas liberales, los escritos que por esa época daba a luz con un propósito análogo, robustecieron de tal suerte su crédito, que a fines de este último año su nombre era pronunciado en todos los círculos liberales como el de uno de los mas prestigiosos candidatos a la presidencia de la república. La prensa lo dijo así en muchas ocasiones; i el rumor de los corrillos, así como las cartas que llegaban de las provincias, confirmaban este juicio.

Solo Amunátegui no daba crédito a estos anuncios

del prestigio que se habia conquistado. A fines de 1874 un respetable caballero de Santiago le referia las espresiones de estimacion a su persona i los deseos de verlo elevado a la presidencia, que habia oído emitir en un viaje reciente fuera de la capital. Amunátegui oyó aquellas espresiones con su natural modestia i le contestó estas testuales palabras : « Hai en Santiago un honrado vecino a quien algunas personas han precipitado a un estravío de juicio haciéndole entender que debe ser rei de España. Espero que mis amigos no querrán hacerme un daño semejante. »

Sin embargo, el crédito de Amunátegui continuaba creciendo. Habiendo vuelto a Valparaiso a principios de 1875, los liberales de esa ciudad le prepararon el dia 12 de febrero uno de los banquetes mas ostentosos i concurridos que jamas se hayan visto allí. En ese banquete no se pronunció la palabra candidatura; pero esta idea estaba en la mente de todos, como asaltó igualmente al pensamiento de los que en Santiago i en las provincias tuvieron noticia de aquella manifestacion. Desde ese dia, las espresiones de simpatía i de adhesion que habia recibido Amunátegui de todas partes, el entusiasmo que por su triunfo manifiestan muchas personas i particularmente la numerosa juventud que ha recibido sus lecciones, lo determinaron a aceptar la posicion de candidato a la presidencia de la República.

X X X I

Organizóse entónces dentro del partido liberal, una convencion a que debian concurrir todos los individuos de él que hubiesen sido alguna vez diputados o senadores, que ejerciesen el profesorado, poseyeran algun título profesional o que pagasen una contribucion directa. Esa asamblea, que se reuniria el 28 de noviembre de 1875, debia decidir quien seria el candidato del partido liberal.

La opinion estaba dividida entre dos hombres, don Miguel Luis Amunátegui i don Aníbal Pinto. ¡Este último, intendente de Concepcion por algunos años, i mas tarde ministro de la guerra, era por la estension i la variedad de sus conocimientos, por la claridad, la rectitud i la elevacion de su carácter, uno de los liberales mas prestigiosos de Chile. Ambos candidatos eran amigos de corazon, i a la vez rivales dignos el uno del otro por sus méritos personales i por la hidalguía con que entraron en la lucha.

Aquella asamblea, la mas séria que se haya reunido en Chile con un objeto análogo, era respetable por la condicion del mayor número de sus miembros i por el carácter de los dos candidatos. Una mayoría de cien votos, entre mas de mil asistentes, dió el triunfo al señor Pinto.

Pero aquella lucha iniciada con lealtad, i emprendida en nombre de dos hombres de gran patriotismo i de

espíritu elevado, no habia enturbiado las relaciones de éstos. Pinto i Amunátegui siguieron siendo los mismos amigos de ántes, i marcharon estrechamente unidos durante todo el curso de la nueva administracion i fueron amigos inseparables hasta el fin de sus dias.

X X X I I

En los momentos en que se debatia con mas calor esta cuestion de candidaturas, Amunátegui emprendia nuevos trabajos literarios. En los primeros meses de 1876 dió a luz los dos primeros tomos de una obra histórica titulada *La crónica de 1810*, cuyo tercero i último volúmen solo vino a escribir once años mas tarde, dejando al morir terminado su manuscrito. Esta obra es una relacion prolija i noticiosa de los primeros acontecimientos de la revolucion de la independenciam de Chile desde 1808 hasta la instalacion del primer gobierno nacional.

A pesar del modesto título de crónica, este libro está inspirado por un alto espíritu filosófico. Tomando la historia de Chile desde las primeras perturbaciones producidas en la colonia por la noticia de haber sido invadida la España por los ejércitos de Napoleon, Amunátegui analiza con una gran sagacidad i con una claridad absoluta, la evolucion de la idea revolucionaria, la manera vaga e incierta como aparece esta aspiracion, las modificaciones que experimenta, las causas i móviles que le daban vida, i por fin su afianzamiento

casi contra las previsiones i los propósitos de los mismos hombres que le daban impulso. Este análisis, seguido paso a paso, i en el mismo orden en que se sucedían los acontecimientos, demuestra de un modo evidente que la forma primera de la revolucion de los países hispano-americanos invocando su fidelidad al rei de España, cautivo entónces entre los francésés, no era, como se ha creído, una ficcion estratéjica, sino la espresion sincera de un sentimiento real que el curso de los sucesos fué modificando gradualmente hasta trasformarlo en un impulso irresistible en favor de la independendencia.

Para llegar a esta demostracion, Amunátegui ha dado gran desarrollo al estudio de los antecedentes biográficos de los personajes de ese drama. Ha hecho mas que eso todavía. Habiendo desentrañado un considerable número de documentos inéditos o poco conoçidos, los ha intercalado íntegros en su libro, ligándolos con la narracion i sacando de ellos las deducciones que sirven para apreciar los hechos a que se refieren. Este sistema puede hacer fatigosa la lectura del libro a los que buscan en la historia el agrado i el entretenimiento; pero es de una utilidad indisputable para los que desean conocer a fondo los sucesos pasados, descubrir su espíritu i apreciar el encadenamiento lójico de causas i de efectos, que constituye la grande enseñanza de la historia.

XXXIII

Al inaugurarse la administracion de don Aníbal Pinto, el 18 de setiembre de 1876, Amunátegui fué llamado a ocupar el ministerio de justicia, culto e instruccion pública. El país atravesaba entónces una tremenda crisis económica de que se resentian todas las industrias, i que se manifestaba por una reduccion cada vez mas amenazadora de las rentas públicas. Sus propósitos de dar proteccion e impulso a los establecimientos científicos i literarios, se vieron contrariados por las escaseces del tesoro nacional; pero apesar de este grave inconveniente, consiguió promover útiles mejoras e iniciar reformas que mas tarde han podido llevarse a cabo.

Creó algunas nuevas escuelas, trasladó otras de lugares poco poblados en que funcionaban a sitios mas aparentes i cómodos para llamar un mayor número de alumnos, i reformó convenientemente las escuelas. No pudiendo organizar escuelas superiores en el número que creia necesario, estableció en los colejos de instruccion secundaria i en liceos del estado la enseñanza nocturna i libre dada por profesores distinguidos, i a que concurría un número considerable de artesanos, que consagraban así a oír esas lecciones el tiempo que solian emplear en la disipacion. Queriendo dar el ejemplo en esta clase de trabajo, el mismo Amunátegui destinaba algunas de las noches que le dejaban libres las tareas del ministerio, a dar lecciones de *literatura* i de *historia*

en los institutos nocturnos. Este impulso estimuló la formación de nuevas asociaciones para dar esta misma enseñanza en otros establecimientos creados por la iniciativa particular. Amunátegui se empeñó igualmente por crear escuelas elementales agrícolas; pero el corto tiempo que permaneció en el ministerio no le permitió hacer otra cosa que echar las primeras bases para la fundación de estos establecimientos.

Prestando una atención especial a la enseñanza de la mujer, organizó en Santiago i en Valparaíso escuelas talleres en que, por falta de medios para darles mayor desarrollo, se enseñaba solo la costura, el bordado i todo cuanto se relaciona con la confección i adorno de trajes. Amunátegui, además, estimuló la fundación de liceos o colejos de instrucción secundaria para mujeres, prestando a esta obra toda la cooperación que podía dispensar el estado. Los vecinos de Valparaíso, al establecerse en esta ciudad el primer liceo de niñas, acordaron acuñar una medalla en honor de don Miguel Luis Amunátegui, que llevaba grabado su busto. Sirviendo a ese mismo propósito, Amunátegui resolvió por decreto de 6 de febrero de 1877 que las mujeres podían ser admitidas a rendir exámenes válidos para optar a títulos profesionales siempre que se sometiesen a las mismas condiciones que los hombres. En virtud de esta autorización, la universidad acordaba diez años más tarde el título correspondiente a las dos primeras señoritas, que habían hecho todos los estudios i rendido todas las pruebas que en Chile se exigen para entrar al ejercicio de la profesión de médico cirujano.

Durante este ministerio, modificó Amunátegui la organización del conservatorio de música i los planes de estudios de la escuela normal de preceptores, de la de artes

i oficios i de los liceos de instruccion secundaria. Todas estas reformas tenian por objeto dar estension i solidez a los estudios. La de los liceos importó una modificacion que dió orijen a largas discusiones i a sérias resistencias, pero que al fin quedó establecida definitivamente. Amunátegui suprimió el estudio obligatorio del latin, facultando a los estudiantes a reemplazarlo por el de dos idiomas vivos, ademas del que ántes exijian los planes de estudios. Antiguo profesor de latin, admirador entusiasta de la literatura clásica, Amunátegui creia sin embargo que el conocimiento de ese idioma no era en nuestro tiempo indispensable para el ejercicio de las profesiones literarias i científicas.

Si la escasez de recursos ne le permitió crear nuevos establecimientos de instruccion, Amunátegui se empeñó al ménos en mejorar en lo posible los existentes. Mostró el mas vivo interés en aumentar el material de enseñanza. Al efecto, pidió a Europa aparatos científicos para la enseñanza de la física i de la historia natural, i los hizo repartir entre los liceos que carecian de ellos, o que los tenian en número i en condiciones insuficientes. Del mismo modo, para estimular el estudio, abrió concursos jenerales literarios i artísticos dentro de los establecimientos de instruccion; i sino consiguió dejar definitivamente establecido este sistema, obtuvo resultados suficientes para dejar manifiestas sus ventajas.

Debemos recordar aquí otro acto del ministerio de Amunátegui que revela sus gustos por los estudios históricos. Se le informó que un particular poseia en Europa el archivo casi completo de la oficina de temporalidades de América, vasta coleccion de documentos históricos relativos a la espulsion de los jesuitas i al

secuestro de las propiedades que poseian en las colonias del rei de España. Esos papeles, depositados en un centenar de cajas, tenian un valor indiscutible para la historia de estos países. Amunátegui encargó su adquisicion al ministro de Chile en Paris, i aquella importante colección pasó a formar parte de la Biblioteca Nacional de Santiago.

El ministerio de Amunátegui no alcanzó a durar dos años. Las dificultades suscitadas en el congreso a la aprobacion de ciertas leyes propuestas por el ministro de hacienda en julio de 1878, hicieron necesaria la dissolution del gabinete. Amunátegui volvió entónces a la vida privada de que habia de sacarlo en breve uno de los conflictos mas sérios por que ha atravesado la República.

X X X I V

Las tareas administrativas no habian dado tiempo a Amunátegui para continuar los trabajos literarios que habia emprendido anteriormente. Sin embargo, en medio de esas tareas, publicó en el diario titulado *La República* numerosos artículos sobre diversas materias de política, de administracion i de literatura. Entre ellos son dignos de conservarse los que destinó a demostrar la influencia ejercida por don Andres Bello en el desarrollo de la cultura i de la ilustracion de nuestro país.

Pero Amunátegui recojia entónces materiales para otra obra que si bien tenia un propósito de circunstan-

cias, debía ser por su ejecucion, una fuente segura de informaciones históricas. Nos referimos a la *Cuestion de límites entre Chile i la República Arjentina*, libro importante cuyos antecedentes i cuyo objeto vamos a dar a conocer.

La diplomacia habia debatido con singular calor esta vieja cuestion de límites. Anunciábase que cerrada la discusion oficial, el gobierno arjentino se preparaba a hacer publicar algunos libros en defensa de sus derechos. El gobierno de Chile, por decreto de 12 de mayo de 1873, encargó a don Miguel Luis Amunátegui la preparacion de un nuevo trabajo que fuese el desarrollo i complemento de los que sobre esta misma cuestion habia dado a luz veinte años ántes.

Amunátegui aceptó esta comision con buena voluntad. Se le habia prometido un acopio considerable de documentos que se habian pedido a Europa; pero luego comprendió Amunátegui que no debía contar mas que con sus propios esfuerzos i con la diligencia con que su hermano don Gregorio Víctor contribuia a todos sus trabajos. Cuando hubo reunido los materiales con una paciencia infinita, puso manos a la obra, trazándose un vastísimo plan.

Consistia éste en recorrer toda la historia de Chile desde las primeras tentativas de conquista preparadas por los españoles que acababan de establecerse en el Perú; no precisamente para escribir esa historia sino para señalar uno en pos de otro todos los hechos i todos los documentos que directa o indirectamente se refieren a los límites que él rei de España asignaba a esta gobernacion. Con este motivo ha reunido las cédulas reales, las cartas de los gobernadores, los diarios de las exploraciones jeográficas, en una palabra todos los do-

cumentos que de un modo u otro se relacionan con el asunto de su libro. Amunátegui, empeñado en elevar la discusion i en revestirla de toda la lealtad posible, publica integros esos documentos, para que se comprenda bien su sentido i su alcance, evitando la falsa intelijencia a que suelen prestarse los fragmentos escojidos i desligados. Este sistema alarga, sin duda, su libro, pero lo hace mas útil, e infunde mayor confianza en el lector para que acepte las deducciones que el autor saca de aquellos documentos.

En 1878, publicó Amunátegui el primer volúmen de su obra que contiene mas de 500 pájinas en 4.º de tipo bastante metido. En 1880 publicó otros dos volúmenes que dejan la historia al terminar el siglo XVII. Amunátegui habia preparado el cuarto volúmen i lo tenia pronto para la publicacion, cuando por acuerdo de las dos repúblicas se celebró a mediados de 1881 un tratado de limites que puso término a aquella vieja i enojosa cuestion. Creyendo innecesario prolongar un debate que no tenia un objeto práctico, Amunátegui guardó su manuscrito.

Sin embargo, si el libro de que hablamos ha perdido su valor de escrito de polémica desde que aquella cuestion quedó definitivamente arreglada, conserva un mérito de otra clase que hará que siempre sea consultado por los hombres de estudio. Además de ser una buena muestra de polémica razonada i discreta, templada en la forma i vigorosa en el fondo, hai en esa obra un valiosísimo caudal de noticias bien investigadas i bien espuestas, acerca de la historia de la jeografía de estos países. No debe por esto estrañarse que esos tres volúmenes sean empeñosamente buscados por los hombres de estudio, i que fuera de Chile se les haya pagado en ocasiones a un precio exorbitante.

Haremos notar aquí que la composición de ese libro impuso a Amunátegui un trabajo asiduo i prolongado i gastos considerables en la copia de documentos. Apesar de esto i de la buena disposición con que el gobierno le habria pagado su trabajo, Amunátegui se negó a recibir remuneración alguna.

X X X V

En medio de estas tareas, Amunátegui fué llamado otra vez a tomar una parte activa en la administración pública. A principios de 1879, Chile se vió arrastrado a la guerra que contra él preparaban desde años atrás por un tratado secreto las repúblicas de Bolivia i del Perú. Desprevenido para tal emergencia, el gobierno chileno aceptó resuelto la situación que se la creaba, pero tuvo que organizar sus aprestos en mas largo tiempo del que exijia el patriotismo excitado por la provocación de los enemigos. La impaciencia popular pedia una acción enérgica i rápida, i acusaba al gobierno de tardanza en abrir las operaciones efectivas. En esas circunstancias por demás difíciles Amunátegui fué llamado al ministerio, i aceptó resueltamente la cartera de relaciones exteriores el 20 de agosto.

En ese puesto, fué Amunátegui un útil colaborador de los esfuerzos de Chile para salir airoso en la guerra. Se aceleraron los aprestos, se dió un vigoroso impulso a la organización de la escuadra i del ejército, i se emprendieron las operaciones con resolución i con habili-

dad. La victoria coronó esos esfuerzos en tierra i en el mar, en dos campañas consecutivas; i cuando en junio de 1880 fué necesario reorganizar el ministerio, incompleto por la muerte de uno de sus miembros, Amunátegui pudo retirarse a buscar el descanso del hogar, dejando a la patria victoriosa i en disposicion de emprender una tercera campaña que habia de llevar nuestro ejército a la capital misma del Perú.

X X X V I

Despues de los sucesos que acabamos de recordar, Amunátegui pasó siete años enteros sin tener participacion directa en el gobierno; pero interesándose siempre como diputado i como escritor en las cuestiones políticas, segun habremos de verlo mas adelante. En este tiempo, sin embargo, su labor fué principalmente literaria, i se manifestó por la publicacion de otras obras de que tenemos que hacer una rápida reseña.

Una parte considerable de esa labor fué destinada a realizar la memoria de don Andres Bello, el ilustre sábio a quien Chile debe en gran manera el desarrollo de la buena enseñanza i la propagacion de las luces. Amunátegui, que habia promovido con empeño i eficacia la publicacion de las obras completas de Bello por cuenta del estado, fué tambien el promotor de una gran fiesta popular celebrada en Santiago el 30 de noviembre de 1881, para solemnizar el centenario del nacimiento de aquel. Coincidió esta fiesta de la gratitud nacional con la pu-

blicacion de los primeros volúmenes de las obras del ilustre sábio.

Con este doble motivo, Amunátegui preparó una nueva *Vida de don Andres Bello* que forma un volúmen de cerca de 700 pájinas en 4.º publicado en los primeros meses de 1882. Esta obra no es, como podria creerse, una reimpression ampliada i completada de la que habia dado a luz en 1854. Amunátegui, en posesion de nuevos documentos, a la vista de una gran parte de la correspondencia de Bello, contando con numerosos datos pacientemente recojidos, formó un libro nuevo por su fondo i por su redaccion, mucho mas estenso i noticioso, i construyó la historia completa i definitiva de la vida de aquel hombre eminente que ocupa el primer lugar entre los literatos i los pensadores hispano-americanos. Sin embargo, si bajo el punto de vista de los datos biográficos la segunda vida de Bello es mucho mejor que la primera, ésta última conserva su valor propio por las interesantes pájinas en que Amunátegui hace el análisis juicioso e ilustrado de las diversas obras de aquel célebre literato.

Sin duda, Amunátegui creyó que este estudio estaba mejor en las introducciones que debian ponerse a cada uno de los tomos de las obras de Bello. Encargado él mismo de preparar la mayor parte de esos tomos, de reunir artículos diseminados en muchos periódicos, de interpretar los manuscritos i notas dejados por el ilustre literato, de dar orden a esos materiales, Amunátegui desplegó una paciencia infinita, la mas esmerada prolijidad en la correccion, i casi sin tener otro colaborador que su hermano don Gregorio Victor, consiguió vencer todas las dificultades, i hacer una edicion esmerada i correcta de esos escritos. Al frente de cada uno de los tomos

que preparó, puso Amunátegui una introducción crítica e ilustrativa. Esas introducciones, que contribuyen poderosamente a establecer la fisonomía literaria de Bello i a poder apreciar el inmenso caudal de sus conocimientos, revelan igualmente en Amunátegui un vasto saber i un juicio sólido i asentado para dar una opinión firme i segura sobre las mas variadas materias de las letras.

El mismo año de 1882 publicó Amunátegui otro libro de historia referente a un hecho particular, del cual se ha servido sin embargo para trazar un cuadro histórico de verdadero valor. *El terremoto del 13 de mayo de 1647*, este es el título de ese libro, es la descripción de un espantoso sacudimiento de tierra que convirtió en un montón de ruinas a la ciudad de Santiago, i todas las habitaciones construidas en una gran porción del territorio de Chile. Contando con un copioso arsenal de documentos históricos, de diversas relaciones contemporáneas, de escritos diversos que en algo se refieren a aquella catástrofe, ha podido describirla en todos sus accidentes i en sus consecuencias así físicas como morales para dárnosla a conocer perfectamente. Pero Amunátegui no se ha limitado a esto solo. Aprovechando como centro el asunto principal de su libro, ha trazado el cuadro de las costumbres de la época con un grande acopio de luz i de hechos prolijamente estudiados, i espuestos con una naturalidad que hace de ese libro una crónica tan instructiva como amena.

Los últimos trabajos literarios de Amunátegui que tengamos que recordar aquí son de mui distinta naturaleza. Sus gustos de profesor i de hablante correcto, lo inclinaban a los trabajos gramaticales. Lentamente,

en el curso de sus lecturas, habia reunido un número considerable de observaciones, a las cuales quiso al fin dar cuerpo. Este fué el asunto de dos obras diversas. Una de ellas, publicada en 1887 en un volumen de cerca de 500 páginas con el título de *Acentuaciones viciosas* es una especie de diccionario de voces de la lengua castellana que el uso vulgar acentua imperfectamente, o sobre las cuales no hai una práctica fija i fundada. Amunátegui resuelve las dificultades con arreglo a los principios de la prosodia castellana, al orijen etimológico de cada voz i al uso que de ella han hecho los mejores hablistas de nuestra lengua i en especial los poetas, que por la necesidad de la versificación, estuvieron en el deber de hacer marcar mejor los acentos. Así, cada artículo de su libro está acompañado de un número considerable de citas que revelan estensas lecturas i un admirable espíritu de observacion.

La otra obra de este jénero a que nos referimos, no es menos curiosa i útil. En 1886 comenzó a escribir i a publicar en forma de artículos sueltos distribuidos alfabéticamente como un diccionario, sus *Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile*. En el principio se habia circunscrito al lenguaje forense i legal; pero luego ensanchó su plan haciéndolo mas vasto i jeneral. Los artículos publicados, que constituian aproximativamente cerca de la mitad de la obra, revelan junto con un vasto conocimiento de la lengua castellana i de sus buenos hablistas, un prolijo i paciente estudio de los defectos comunes del lenguaje americano i en especial del chileno. Amunátegui no alcanzó a publicar un libro completo; pero dejó reunidos los materiales necesarios para terminarlo, i arreglados convenientemente por el celo de su hermano don Gregorio Victor, verán la luz

pública. Ese volúmen de apuntes será una muestra mas de la laboriosidad i de la vasta ilustracion de don Miguel Luis Amunátegui.

X X X V I I

Como hemos dicho antes, Amunátegui vivió esos años apartado del gobierno. Su intervencion en los negocios públicos solo se manifestó en la prensa i el congreso. Redactor de *El Mercurio* durante los años de 1884 a 1885, trató las mas variadas cuestiones de política interior i exterior con una grande elevacion de propósitos i con una notable independenciam. Fueron sobre todo notables sus artículos sobre los medios de poner término a las últimas complicaciones nacidas de la guerra contra la alianza Perú-boliviana; i los que destinó al estudio de las cuestiones financieras.

En el congreso, se hizo notar sobre todo en los debates político-relijiosos que se trataron en aquella época, i particularmente en la discusion sostenida en 1883 sobre la lei de cementerios, a cuya aprobacion contribuyó eficazmente. Amunátegui queria el cementerio único, no como una bandera de combate, sino como una garantía de union i de paz.

El 28 de junio de 1887 fué llamado Amunátegui por última vez a ocupar un lugar en el ministerio. Creyendo contribuir con sus esfuerzos a la solucion de algunas dificultades internacionales a la vez que a restablecer en el interior la tranquilidad de los espíritus perturbada

por las agitaciones políticas, Amunátegui aceptó el ministerio de relaciones exteriores. Su preparacion para trabajos de ese orden i la conocida benevolencia de su alma eran motivos suficientes para que este nombramiento fuera bien recibido por la opinion pública. Como resultado de sus trabajos pueden citarse sus esfuerzos para desarmar el contrato Grace-Aranibar, celebrado con el gobierno del Perú i una casa de comercio de los Estados Unidos; i el tratado de tráfico al través de las cordilleras de los Andes que celebró con la República Argentina para facilitar la construccion de vias férreas entre ambos países. La corta duracion de su ministerio no le permitió ejecutar otros trabajos que tenia en estudio.

X X X V I I I

Aunque Amunátegui no padecia de ninguna enfermedad orgánica, su salud era jeneralmente débil i con frecuencia estuvo espuesto a perturbaciones que sin ser graves en sí presentaban un carácter alarmante. La sobriedad de sus hábitos, la regularidad ordenada de su vida, i el cuidado incesante i cariñoso de los suyos, le permitian sobreponerse a esas pequeñas dolencias i soportar sin inconveniente las fatigas consiguientes a su incansable contraccion al trabajo i al estudio. Así se explica como ese hombre de apariencias enfermizas podia llevar una vida intelectual tan activa i laboriosa.

El domingo 15 de enero de 1888 habia concurrido a

su despacho desde las primeras horas de la mañana a preparar una contestacion que debia darse a la legacion inglesa por ciertos reclamos hechos en favor de los tenedores de bonos peruanos. Amunátegui, despues de trabajar algunas horas, se sintió acometido de una especie de resfriado violento, que le obligó a retirarse a su casa i a ponerse en cama. En los principios, aquel mal no presentaba ningun carácter de gravedad; i Amunátegui pudo dictar desde su lecho la terminacion del complicado despacho diplomático que estaba preparando.

Tres dias despues, la enfermedad comenzaba a tomar caracteres mas séríos. Una puntada que sentia al costado, se acentuó i se hizo permanente. La fiebre se agravó uno o dos grados. A no caber duda se trataba de una verdadera neumonía, tanto mas peligrosa que la edad i constitucion jeneral del paciente no eran las mas apropiado para vencer aquella crisis. Desde entónces, su casa se vió invadida por jentes de todos los partidos i colores que iban a informarse de la salud del ilustre enfermo, manifestando el mas vivo interés por su pronto restablecimiento.

Sin embargo, el mal seguia agravándose sin que pudieran detenerlo el celo de los médicos ni los cuidados de su familia. Amunátegui, que comprendió la gravedad de su dolencia, i que conservaba la lucidez de su espíritu, conservó tambien una tranquila entereza i aquella imperturbable benevolencia, que fué el rasgo distintivo de su carácter. Por fin, el domingo 22 de enero, a las cinco i media de la mañana, espiraba rodeado de los suyos sin dar un quejido i sin haber proferido otras palabras ni hecho otros signos que los que mostraban su cariño a sus hijos, a su esposa, a su anciana madre i a sus hermanos.

La noticia de la muerte de Amunátegui circuló en toda la ciudad en pocos momentos, e inmediatamente fué trasmitida por el telégrafo a todos los pueblos de la República. En todas partes produjo la impresion de un duelo público. Los periódicos enlutaron sus columnas para anunciar a sus lectores la gran pérdida que la República acababa de sufrir. Todos los diarios, sin distincion de bandos ni de colores, hicieron con sorprendente espontaneidad el elojio cumplido i sincero de las grandes virtudes i del gran talento de don Miguel Luis Amunátegui.

En las pájinas siguientes de este libro, hallará el lector junto con aquellos artículos de la prensa, los discursos que en honor de Amunátegui se pronunciaron en el senado, en la cámara de diputados i en el cementario, al sepultar su cadáver. Allí, tambien, podrán verse las demas manifestaciones del duelo público.

XXXIX

En las pájinas anteriores hemos trazado, segun nuestros propios recuerdos, pero con toda la exactitud posible, la carrera política i literaria de don Miguel Luis Amunátegui. Lo hemos visto huérfano i pobre a la edad de catorce años, entrar desde entónces en la vida de trabajos i de sacrificios, conquistar en buena lid i por su mérito indisputable, los puestos a que alcanzó i servir al país con toda eficacia i con todo lucimiento como profesor, como escritor, como orador i como estadista.

En toda su carrera, Amunátegui desplegó dotes eminentes, una inteligencia superior, una laboriosidad incansable, convicción profunda en los principios liberales, i esa independencia de carácter que se ejerce sin faltar a la lealtad que se debe a los amigos, ni al respeto que merecen las personas de sus adversarios.

Las complicaciones de la política lo colocaron en las mas variadas situaciones, opositor a veces, gobiernista i ministro en otras. En todas ellas conservó la elevacion i la seriedad de carácter, i lo que es mas, aquella llaneza que no siempre distingue a los hombres que ocupan una alta posicion social i política, i que lo hicieron querer con entusiasmo por todas las personas que lo trataban de cerca. Franco i afable en su trato, activo i laborioso para prestar sus servicios a todo el que los reclamaba, Amunátegui evitó siempre con toda resolucion el tomar parte en una intriga o el cometer una falta cualquiera contra la mas delicada honradez. Son estas cualidades tan sólidas como poco comunes, las que le granjearon una gran parte del prestigio de que gozó.

En el curso de este escrito hemos tenido ocasion de recordar algunos actos de la modestia singular e incontrastable de don Miguel Luis Amunátegui. Aquí señalaremos una circunstancia que confirma nuestra opinion. Inútilmente se buscaria en todos sus escritos, en todos sus discursos un solo rasgo de presuncion. Amunátegui no habló nunca de sí mismo, ni para hacer valer sus méritos i sus servicios, ni siquiera para vindicar su conducta contra las acusaciones que han podido hacerle. Aun en el trato familiar, en el seno de la mas íntima amistad, esta modestia le era tan característica que cuando tenia que referir algo que le tocaba de cerca, o alguna distincion que acababa de recibir, se dejaba ver

que estaba sorprendido de los aplausos que se se le tributan. Por esto mismo recibia siempre i en todo momento casi con humildad las felicitaciones que sus amigos solian darle despues de cada libro que publicaba o de cada discurso que pronunciaba. La vanidad, que muchas veces empaña el mérito de hombres mui distinguidos, era una debilidad que no tenia cabida en el corazon de Amunátegui.

Una de las cualidades mas sobresalientes de este gran ciudadano, era su amor ardoroso, apasionado, por el estudio. Cualquiera que fuese la situacion que ocupara, Amunátegui no abandonaba nunca los trabajos intelectuales. Así habia llegado a conquistarse el puesto indisputable de primer literato de Chile, en la estension propia de esta palabra. Pero sus estudios no se contrajeron solo a la historia, a la filosofía, a la literatura i a la gramática, sino que abarcaron un campo mucho mas vasto i estenso.

Amunátegui habia estudiado profundamente en los libros i en las revistas, la política i la administracion; i por eso, cualquiera que fuese el asunto que se tratase en nuestros cuerpos lejislativos, él estaba en posicion de dar su parecer i de ilustrarlo con un acopio tal de razones i de hechos que hacian de cada discurso suyo una obra notable de ciencia, de meditacion i de lójica. Esos discursos, irreprochables por su forma literaria i parlamentaria, son mucho mas notables todavía cuando se examina el saber verdaderamente inmenso que revela el orador.

En la vida privada, Amunátegui era todavía el modelo del ciudadano modesto, probo, i laborioso. Padre i maestro de sus hermanos desde la mas temprana edad, ha pasado a ser el profesor de sus hijos a quienes esti-

muló al estudio i en quienes completó con una laboriosidad infatigable la instruccion que recibian en los colejos. En sus relaciones de familia como en sus relaciones de amistad, Amunátegui demostró siempre una moralidad inquebrantable, nunca empañada i siempre inatacable por el veneno de la maledicencia.

La vida de Amunátegui, que nosotros hemos bosquejado en estas pájinas, puede escribirse íntegra, sin disimulos ni reticencias, porque allí no hai nada que disimular ni que callar para dar a conocer el carácter de un hombre de bien i de talento al cual no se le podria reprochar otro defecto que el exceso de su benevolencia.

DIEGO BARROS ARANA.